

PUNTO
ROJO



F.F. HA SIDO SECUESTRADA

peter debry

BB

F. F. HA SIDO SECUESTRADA

PETER DEBRY

**F. F. HA SIDO
SECUESTRADA**

Colección PUNTO ROJO n.º 07

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 12335 - 1963

PRINTED IN SPAIN . IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO 1963

© PETER DEBRY - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2750/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

674. — Sólo mueren los otros.

En Colección **SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**

42. — Peces de platino.

En Colección **PUNTO ROJO:**

60. — Susurros téticos.



CAPITULO PRIMERO

Rocky Spada repiqueteaba con los recios dedos sobre el cristal de la ventana. El ancho rostro de toscas facciones tenía ahora la huraña expresión que había sido la habitual en Rocco Spadaro, el camionero siciliano.

Veinte años en los Estados Unidos y la colaboración de sastres, masajistas y un secretario particular, no lograban borrar la íntima naturaleza rebelde, de terco luchador.

En la suntuosa biblioteca, los estantes alineaban volúmenes lujosamente encuadernados. Los compraba por metros y colores. Seguían intactos y vírgenes.

Rocky Spada leía solamente el «Reader's Digest», revistas de mecánica, y las columnas de sucesos. Poseía en su residencia una sala de cine y no aceptaba proyecciones de comedias amorosas ni dramas sentimentales. Semanalmente hacía la lista de su pedido: películas policíacas y de guerra.

Únicamente admitía una excepción: había visto muchísimas veces todas las películas cuya protagonista era Fausta Felina.

En la calle se agitaban por las esquinas y corrían por las aceras los vendedores de periódicos, pregonando los titulares:

—¡«Secuestro sensacional»! ¡«F. F. ha sido secuestrada»! ¡«El secuestro

de Fausta Felina»!

La puerta de la biblioteca se abrió, empujada por el pie de Tony Amalfi, el escolta personal de Spada.

—Aquí está todo lo publicado, Rocco.

Y el fornido escolta depositó sobre la mesa el montón de periódicos. Rocky Spada se abismó en la lectura de titulares y comentarios sobre la desaparición de la famosa estrella de cine italiana.

Tony Amalfi iba recortando con tijeras las columnas ya ojeadas por su patrón. A la media hora, Rocky Spada barrió la mesa abriendo violentamente ambos brazos.

Mantenía solamente una página de periódico en la diestra. Lo alisó y tocando repetidamente con el índice la fotografía colocada sobre la carpeta, dijo:

—Este asunto es mío, Tonio. Tráeme a este tipo.

Spada apoyó nuevamente el índice sobre la foto. Un individuo con uniforme de chófer. Al pie de la foto se leía:

«Bert Gordon, el conductor del “Cadillac” desaparecido»

Tony Amalfi se pellizcó el labio inferior. Síntoma de honda reflexión.

—¿Tienes los oídos taponados?

—La cosa no es tan fácil, Rocco.

—Si fuera fácil llamaría al ascensorista. Tú cobras el sueldo más alto de mi nómina precisamente para resolverme lo difícil, Tonio. ¿Cuál es la pega?

—Primera: este tipo ha sido interrogado hasta los tacones por la policía. Seguro que lo tienen acechado. Si lo llamo por teléfono, ofreciéndole unos billetes, nos localizan, porque la línea estará intervenida.

—Vas a su domicilio, que está apuntado aquí. Lo sacas por dónde sea. Lo tiras por la ventana o lo llevas a rastras, pero me lo traes. ¿Hay más pegas?

—Llevamos una temporada muy reposada, de verdaderos burgueses. Si nos relacionan con Fausta, son capaces de echar a rodar calumnias... y te puedes meter en jaleos, Rocco.

—Fausta, para mí, es como un monumento nacional. ¿Ibas tú a consentir que tapiasen con muros la playa de Taormina?

—No, pero dejaría que los arquitectos se ocupasen de echar abajo las tapias.

Los negros ojos de Rocky Spada, siempre acariciantes, adquirieron la expresión que Tonio Amalfi llamaba de «toro herido».

—No dije ni media, Rocco. Tú mandas.

—Eso es, Tony. No lo olvides nunca. Nunca. No vuelvas sin Bert Gordon. Puedes pedirle consejo a Luke.

En la calle, Amalfi alzó la mano y desde el aparcamiento especial acudió un «Chrysler» plateado. Al volante, Luke Renzio cambió de

comisura labial, el retorcido y negro cigarro.

Sentándose a su lado, rezongó Amalfi:

—Arreando a la 36 Norte. Entrás por la Transversal Este.

A la tercera señal roja del semáforo, Amalfi gruñó:

—Las topas todas. A ver si cazas dos verdes seguidas, hombre. Apaga la colilla. No es que apeste, sino que es fétida, hedionda y asquerosa.

—Tú eres un jovencito remilgado. Los hombres maduros fumamos tagarninas que desinfectan los pulmones y matan los miasmas.

—Es una pena que no seas un miasma.

—Te veo rabioso. Cuéntale tus penitas al viejo Luke. Lucca Renzio era un veterano. Calmoso y buen consejero.

—Rocco se empeña en que le traiga a casa el chófer del «Caddy» donde iba la «F. F», y que voló con ella dentro.

—Yo creo que Rocco está enamorado. Cada vez que nos larga un tostón con Fausta, parece que ve la película por vez primera. Admito que como hembra, Fausta es algo serio. Mira que yo estoy ya bastante baqueteado y me entusiasmo poco. Pero Fausta es algo serio. Vibra y apasiona...

—Déjala vibrar. Yo te hablaba de Bert Gordon, el chófer...

—Yo te lo traigo.

—¿No? —boqueó Amalfi—. ¿Cómo, viejo?

—No es cómo, sino cuánto. Afloja cien pavos. No me beses.

De su billetera, extrajo Amalfi los dos de cincuenta y doblándolos, los introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta de Renzio.

—Cuéntame el truco, viejo.

—¿Recuerdas el «yo-yo»? Era una idiotez redonda, colgando de un bramante, subiendo y bajando. Le dio un dineral al inventor. Cuando la gente veía aquel cacharrito redondo, comentaba que era una canallada pagar un pavo por comprarlo. Lo compraban y el gandul del inventor se reía a mandíbula batiente. Si hubiese explicado el truco antes de patentarlo, seguiría siendo un mendigo.

—Conmigo tienes confianza.

—Ni a mi nodriza le expliqué yo cómo hacía para exprimirla con más provecho que los demás rorros. La exprimía a fondo y a otra cosa, mariposa. Por cierto que hoy en día, ya no se dan hembras como mi nodriza. Cada vez que veo globos...

—Es ahí. Para ya. Sin doblar la esquina, por si hay, que los hay, mirones.

—Aguarda aquí, pichón.

Tony Amalfi, desde el coche detenido, vio doblar la esquina con paso firme al primer inscrito en la nómina fija de Rocky Spada. Por entonces, ambos eran camioneros. Hacía ya quince años.

En el poste inferior de las escaleras dando acceso a veinte pisos, entre ellos el domicilio de Bert Gordon, un individuo leía con gran atención el

periódico. Otro le imitaba en el rellano interior. Luke Renzio apoyó el dedo en el botón correspondiente al cuarto piso. Y en el cuarto piso mantuvo un pie entre el dintel y la puerta corredera, mientras colocaba a ras de suelo y sobre su pie en cuña, un periódico amazacotado en seis dobleces.

Salió y el ascensor permaneció parado, entreabierto el dintel.

Bajando por las escaleras, adoptó un aire alarmado, y al desembocar en el pasillo del tercer piso, habló dirigiéndose a los peldaños a su espalda:

—Está bien, mujer. Ya avisaré, pero no es asunto mío ni tuyo. Allá ellos dos.

Por el pasillo se le aproximó un hombre de pelo canoso, preguntando:

—¿Pasa algo, ciudadano?

Era curioso que a un policía se le adivinase apenas hablaba. Y muchas veces, boca cerrada. Algo así como un sexto sentido muy agudizado en Luke Renzio.

—Mi costilla que vio a dos sujetos calando el ascensor. Por esto bajo yo a pie.

El policía subió las escaleras de tres en tres.

Luke Renzio llamó a la puerta segunda del tercer piso. Abrió una chiquilla, que dijo como si recitara una poesía:

—Papá no está. Salió y no sé cuándo volverá.

—Dile a papá que si sale por la escalerilla de incendios, encontrará un «Chrysler» en la esquina norte. Media hora apenas —y dirigía Renzio la voz hacia el interior— y resuelto su caso, Gordon. Quieren ayudarle. Un empleo fijo y bien pagado. Porque le despedirán. Esperaré diez minutos. Ni uno más.

Seis minutos después, Luke Renzio abandonó la esquina y pasó tras el volante:

—Este es el de la foto, Tonio.

Bert Gordon se inclinó en la ventanilla. Jadeaba un poco:

—Antes de decidirme, deseo saber...

Tony Amalfi señaló con el pulgar hacia atrás:

—Suba y le explico por el camino. No tiene que inquietarse, ya que no es usted un sospechoso, sino un testigo y puede movilizarse sin tener que pedir permiso, ¿verdad, tú?

Luke Renzio asintió gravemente.

Instalándose en el asiento posterior, replicó Gordon:

—Hay tres policías custodiando la casa.

—Y la casa sigue custodiada. ¿Le vieron salir?

—No. Empleé la escalerilla de incendios. ¿Quiénes son y dónde vamos?

—El director de nuestra empresa desea hacerle unas preguntas —expuso Amalfi sin volverse—. Usted contesta a modo, y saldrá ganando. Rocky Spada es generoso.

—¿Rocky Spada? —silabeó Gordon—. ¿El transportista? Escuchen, yo no... yo prefiero apearne.

—En marcha, se rompería un hueso —y volviéndose a medias, Amalfi reclinado en el respaldo, añadió persuasivo—: Lo que hayan podido decirle de Spada es falso. Envidia tiñosa de la competencia. Hace años que no hay *gángsters* por el país. Volvieron a emigrar. Ahora solo quedan honestos financieros. Hágame caso, Gordon. Usted le contesta bien a Spada y no se preocupe.

Muy preocupado entró Bert Gordon en la vasta estancia que era despacho y biblioteca. Tras la enorme mesa de liso ébano, Rocky Spada, sentado en amplio sillón giratorio, señaló varias cosas con ademanes tajantes: una silla frente a la mesa, una licorera en la mesita y una caja de habanos abierta.

—Tenemos que considerar su visita como muy privada y reservadísima, Bert Gordon. Ni le interesa a usted ni me interesa a mí, que nos emparejen. Volverá a su casa por sus propios medios. Le preguntarán dónde estuvo, a menos que sepa entrar por dónde salió.

—Procuraré no ser visto.

—Si le ven, fíjese bien en lo que le aconsejo: diga que vino a buscarle un desconocido. Rubio y con acento polaco. El desconocido rubio le dijo que era detective privado y le llevó en un «Buick» negro por la ciudad.

Rocky Spada señaló hacia el techo:

—Dios no ayuda a los que se acoquinan, Gordon. Nos dotó de corazón y riñones para hacer buen uso de ellos. Invente lo que le dé la gana sobre lo que dijo el rubio. Si cita mi nombre, quedaría incapacitado toda su vida para volver a llevar no ya un volante, sino una bandejita.

Iba asintiendo Gordon que, maquinalmente, vació la copa en la que, a su lado, Amalfi había escanciado *whisky*.

—He leído los papeles, pero ensartan monsergas y adivinanzas. Vamos a procurar seguir un orden cronológico. ¿A qué hora le notificaron que debía ir a recoger a Fausta Felina?

—A las tres y veinte me llamó el encargado del garaje de la «Car-Warr».

—Coches de lujo con chófer y garantía. Usted es uno de los chóferes. Dígame, Gordon, ¿dónde demonios está la garantía?

—Edwin Keller era el guardián de turno hoy.

—Sentado a su lado. Y se esfumó con la pasajera y el coche. ¿Lleva tiempo tratando a Keller?

—Unos tres años. Es de toda confianza... Lo he repetido a la policía, porque sinceramente yo creo...

La mano de Spada ondeó en el aire, como aventando humo.

—Lo que usted cree es muy respetable, Gordon. ¿Vio en Keller alguna rareza, algo distinto en su comportamiento?

—Nada en absoluto. Como siempre. Es más bien taciturno.

—¿A qué hora y dónde recogió a Fausta?

—A las cuatro en punto en «Bel Site», en Forrest Hill. Hace ya tres fechas que nuestros coches especiales la...

—¡Tony! —atajó Spada—. Toma nota de que debemos obtener la lista de los chóferes y escoltas que acompañaron a Fausta desde su llegada. Bien, Gordon, a las cuatro recoge a Fausta. Y según los papeles, a las cuatro y veinte le recogen a usted, tumbado en una cuneta, convertido en una momia. Esparadrapo colocado con técnica.

Había rojeces y puntitos hinchados, en torno a la boca de Gordon, en sus muñecas, pómulos y arcadas superciliares.

—Ahora frenemos y conduzca a marcha lenta, Gordon. Usted lleva el volante, a su lado está Keller, el taciturno, y atrás, Fausta. Ella le daría una dirección.

—El «Nápoli» donde sus compatriotas daban una reunión en su...

—¿Cómo pasó del volante a la cuneta, Gordon?

—En la salida al este de Forrest Hill, la alameda desemboca en un «pulpo» distribuidor de tráfico, sin paso preferente.

—De acuerdo, frenó.

—Y entonces, oí el chasquido del neumático delantero izquierdo. Keller se apeó y me dijo que el caucho estaba perforado. Bajé y algo chocó en mi cabeza.

Se palpó Gordon el apósito en la coronilla. Tenía estrías sanguinolentas en los ojos, reveladoras de la repercusión del golpe.

—¿Te diste cuenta, Tony? Vaya porquería de cauchos que montan en sus especiales —rezongó Spada.

—Tienen un blindaje extra. Y solo pueden vaciarse, sin son perforados, por algo realmente punzante, no una tachuela ni un guijarro.

—Cuando bajó, ¿vio algo sospechoso por los alrededores?

—A ambos lados hay arboleda y no pude ver nada ni lo intenté. Recibí el culatazo y ya no sé más.

—¿Un culatazo? ¿Cómo lo sabe?

—Eso dijo la policía.

—¿Dónde estaba Keller?

—Junto al caucho. Yo bajé y me aproximé al caucho, inclinándome. Pero garantizo que Keller no...

—¡Tony! Consigue una copia de la ficha de Keller, completa. Nada más, Gordon. Acepte este pequeño obsequio por la molestia del desplazamiento.

Rocky Spada alzó tres dedos, y de su billetera extrajo tres de a cien, que dobló, colocándolos en el bolsillo superior de Gordon.

—Gracias, señor Spada. Su... secretario me dijo que podría contar con un empleo, si la compañía me despide.

—No le despedirán... salvo si usted tiene algo que ver con el secuestro

de Fausta. No proteste de su inocencia. Se demostrará o no. Adiós o hasta otra, Gordon.

Minutos después regresaba Amalfi. Por una puerta lateral, entre dos estanterías de libros, entró un elegante individuo, de crespo cabello negro, cortado a navaja.

—Lo oíste todo, Jack. Tus comentarios nos ilustrarán, como siempre.

Jack Driscol, gerente de la empresa de transportes «Flighter» era perito mercantil licenciado en leyes.

Su despacho, adjunto al de Spada, contenía conexiones con grabadoras. Sentado en el sillón recientemente abandonado por Bert Gordon, manifestó:

—Cabe una hipótesis que no puede descartarse del todo: Publicidad.

—Fausta no necesita esta clase de truco. Es la «Star» número uno.

—Segunda hipótesis: Edwin Keller, sobornado por una pandilla especializada en el secuestro. Tercera hipótesis: un admirador tan ferviente, que recurre al secuestro, no por lucro, sino por pasión.

Tony Amalfi ladeó la cabeza, intrigado. Aquella tercera hipótesis, incubaba lentamente en su seso desde hacía horas.

Rocky Spada rió ruidosamente, bonachón.

—Pongamos bien en claro, un punto esencial, muchachos. Yo soy un romántico muy práctico. Fausta para mí representa la mujer cabal, para contemplarla románticamente. Tratarla en persona, me defraudaría. Tenéis que descartarme, vosotros dos. Hicimos un pacto sólido. Lo recordáis perfectamente. Os elegí porque sois jóvenes, arrolladores y sensatos. Ninguno de nosotros puede cometer el error de tratar de engañar a los otros dos. Sería un pecado mortal.

Asintió Amalfi gravemente. Driscol repicó entre sí las yemas de sus dedos, acodado confortablemente. Hablaba con precisión:

—Ninguno de nosotros puede actuar directamente en este caso, donde movilizarán hasta el F.B.I., si se ratifica que es un secuestro. Nos atenemos a una realidad; en estos instantes, andan husmeando pistas los siguientes interesados: el departamento de detectives de la compañía aseguradora de Fausta Felina; sus colegas de la «Car-Warr»; los elementos disponibles de todos los Precintos; varios funcionarios federales y nubes de privados, atraídos por las primas de recompensa. Por consiguiente, expongo como mejor solución la de recurrir a Trevor Duncan.

—Tony, tráeme a Duncan.

—Me permití hablar con Duncan particularmente —
expuso Driscol—. Por teléfono.

—A veces produces la impresión de que piensas que Trevor Duncan tiene poderes sobrenaturales. Y no eres un siciliano supersticioso, Jack.

—Duncan es inteligente y honrado. Nos cubre en esta investigación y es el símbolo viviente de que nos guía una intención honorable. Es legendaria la rigidez de Duncan: si le encomiendan una indagación y descubre que el delincuente es él mismo, se entrega al juez.

—Lo suponía en licencia por enfermedad.

—Sigue en uso de la licencia conseguida por mediación de la bala que le produjo un desgarró muscular en el costado izquierdo.

Rocky Spada se arañó delicadamente el negro bigote:

—Duncan no me aprecia, y sin embargo, por dos veces, ha consentido en hacerte caso, Jack. ¿Es por amistad contigo, Jack?

—No.

—¡Tony! Tráeme a Laura.

Tony Amalfi se pellizcó el labio inferior. Acudió Driscoll en su auxilio:

—Laura asiste hoy a su reunión de siete a nueve, en el club. Si puedo contestarle yo, Spada...

—¡Claro que, puedes! ¿Cuántos años tiene Duncan?

—Unos treinta y dos.

—Laura tiene dieciocho. Echad números. Yo no hago caso de los anónimos, porque son asquerosos. Hago caso de mi gente, la de confianza: tú, Tonio y Lucca. He quemado ya veinte papeles que venían a decir más o menos que mi hija sale mucho con Trevor Duncan. ¿Y quién demonios es Trevor Duncan para atreverse a rondarle a mi hija? Te pregunto a ti, Jack.

—Duncan es teniente de la Brigada de Homicidios. Un hombre honrado, con buena paga y grandes posibilidades de ascenso.

—¿Oíste, Tonio? —y ahora empleó Spada el dialecto—. El señor letrado considera al «carabinero» un buen partido para mi chica.

—Parece mentira —afirmó Tonio escandalizado—. Se oye cada cosa...

Jack Driscoll escuchaba sonriente, sin desconcertarse. Preguntó Spada:

—¿Qué club es el de siete a nueve de Laura?

—Melómanos de quince a veinte años. Se embelesan con el «twist».

Rocky Spada se irguió:

—¡Basta, Tony! Tráela acá, aunque sea agarrada por una oreja.

Amalfi salió apresuradamente y Spada mascullo ceñudo:

—«Twist», ¿eh? Mira si será pernicioso e inmoral que hasta lo han prohibido en algunas naciones. Este meneo cara a cara lo considero indecente, Jack.

—Lo mismo decía mi padre, cuando yo bailaba el «son» cubano.

—Es muy distinto. Tú eras un muchacho y ella es una chica. Esta misma noche quiero arreglar lo de Laura y el tenientillo. Me consigues una cita con Duncan.

CAPITULO II

En el estrado, Pinky Holigan acompasaba con su guitarra eléctrica el balanceo de sus caderas, al ritmo de su canción, coreada a ratos por sus tres músicos acompañantes y los socios del club que no ocupaban la pista.

En la pista, varias parejas, con gran devoción y ensimismamiento, se contorsionaban ágilmente. Laura Spada se apartaba de vez en cuando el rubio mechón que pugnaba por mezclarse con sus pestañas.

En el umbral de la sala, Tony Amalfi se repitió que aquel modo de bailar era inocente, practicado por aquella juventud. No lo sería, si las parejas ya hubiesen pasado de cierta edad indeterminada, donde la picardía alegre era ya perversidad melancólica. Esto decía Jack Driscol.

Aguardó a que enmudeciese Pinky Holigan. El «twist» finalizó rematado por un alarido de aprobación.

Y Laura Spada, luchando por domesticar su mechón, comentó:

—Pinky es la «debámbana». Tiene impacto desde la coronilla hasta las calcaños.

—Vale, vale —aprobó su compañero, perdurando la trepidación en su flaca anatomía.

—Buenas noches, Laura —saludó Amalfi.

—¿Quién es el «pochoncho» ese? —inquirió el flaco estudiante.

—Luego nos vemos, Bub —replicó Laura y cogiendo del brazo al lugarteniente, Laura lo alejó de la pista.

—Esto de «pochoncho» a ver si me lo traduces —exigió Amalfi.

—Significa que ya pasaste de los años dedicados al análisis del futuro.

—Traduce otra vez.

—Practicar una profesión. Ya no estudias.

—Entonces siempre fui «pochoncho». Rocky quiere verte, ahora mismo.

—Dentro de media hora, Tony. No me digas que el «twist» te escandaliza.

—Una tórtola puede bailar la danza de los siete velos, y siempre será una tórtola. Vámonos, Laura. Yo estoy de acuerdo contigo que aquí es la gloria, pero la bronca, ¿a quién se la pegará tu padre?

—A ti —rió ella—. Vámonos, pelmazo. Ya sabes que te quiero con

rabia y asquito.

En la acera, Amalfi hizo la señal y el «Chrysler» conducido por Luke Renzio siguió al descapotable bólico anaranjado que Laura guiaba con precisión temeraria.

—Me pone furioso que una chica tan fina como tú, con estos ojos de gacela y una carita de medalla, diga palabrotas —aseguró Amalfi. ¿Qué es eso de «querer con rabia y asquito» y «pelmazo»? Y tu padre empeñado en que seas embajadora...

—La carrera diplomática me encanta, pero no da título, Tony. ¿Qué le pasa ahora a mi tirano?

—Él te contará. Y si él es tu tirano, yo soy el ministro de Justicia. ¡Tú, chica! —y tras la exclamación, resopló Amalfi—: Hay que adelantar por los lados, no por encima de los otros coches.

—Lo que os ocurre a vosotros es que sois de una generación reblandecida por la comodidad y atrofiada por la codicia.

En la biblioteca, Rocky Spada contempló con secreta adoración a Laura que, avanzando, se empinó sobre la punta de sus sandalias y le besó en la barbilla.

—Hola, niña. ¿La viste bailar, Tony?

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Estos bailes son excelentes, Rocky. Una gimnasia sana.

—A veces me das la impresión de que todo lo que hace Laura, a ti te parece indiscutible e irreprochable.

Tony Amalfi apuntó con el índice a la que escuchaba divertida. Y Spada cambió de zona de ataque:

—Se acabó el siete a nueve, Laura. No vas más a retorcerte ahí como una anguila que se tragó una escoba.

Rió ella, tomando por testigo a Amalfi, que miró al techo:

—¿No ves? Otra generación. Rigorista, intolerante y sin sentido de la realidad. Tenéis que pensar vosotros dos, que el día menos pensado, un químico se equivoca y en vez de botar por la ventana su colilla, tira la bomba «J» y pulveriza el orbe. Ante un porvenir tan lisonjero, lo magno es embriagarse con ritmos trepidantes de protesta musical.

—Vete a ver si estoy por fuera, Tony.

Amalfi salió y agregó Spada:

—La atómica es la mejor arma para impedir la guerra, y la torta que te arrearé si vuelves a «twistear» en público, valdrá por las docenas de sopapos que no te di a su debido tiempo. A tu edad, yo... Conformes, conformes. Tengo cuarenta y cinco años, soy un vejestorio y no tengo la menor idea de lo que es la vida. Tú me enseñarás. ¿No andarás en serio con Duncan?

—Es un hombre educado, y yo... ¡Ya me pillaste, zorro! No te hablé

antes de Trevor porque pensé que te enojarías.

—Entonces reconoces que no está bien.

—No es que esté bien o mal, sino que como él es policía...

—Y yo ¿qué soy? ¿Un atracador?

Encima de la puerta, una lucecita roja parpadeó dos veces. Dijo Spada:

—A tus habitaciones, niña. Espérame estudiando. Pronto.

Obedeció ella, porque sabía cuándo podía abusar y cuándo demostrar plena docilidad.

A solas, Rocky Spada se dirigió a la mesa y entreabrió un cajón, sentándose. La señal de Amalfi significaba «visita peligrosa». Si fuera la policía, la señal roja parpadeaba tres veces.

Abrió la puerta Amalfi, invitando:

—Está usted en su casa, Janis Reynolds.

Pero entró él primero, adosándose a un lado.

Janis Reynolds avanzó con decisión. Una espléndida otoñal, esbelta y distinguida. Rubia clara de grandes ojos verdes y fácil sonrisa. Tras ella entró un atleta sombrío, casi imberbe, que vino a respaldarse al lado opuesto de donde se adosaba Amalfi.

—¿Qué tal, Giana, qué tal? —exclamó Spada, inclinado sobre la mesa, tendiendo las dos manos que ella palmoteó afectuosamente—: Hacía años que no nos veíamos y me encanta tu visita. Más que encantarme, me enternece.

Sentándose, cruzó ella las piernas y siguió mirando en sonriente silencio a Spada, que añadió:

—No es reproche, Giana, pero casi me ofende que te hagas acompañar por este mentecato —y el índice de Spada apuntó al imberbe, cuya expresión sombría, siguió inmutable.

—Evans es como si dijéramos mi angelito de la guarda, Rocco. Entra conmigo hasta en el probador de la modista.

—Feliz él, pero me amarga su pinta.

Janis Reynolds volvió un poco la cabeza:

—Espérame fuera, Evans. Abajo.

Guido Evans salió. Y añadió ella:

—Mejor será que te quedes aquí, Tony. Ya bastó con la impertinencia que le soltaste a Evans. El muchacho no puede olvidarla.

—¿Qué le dijiste, Tony? —preguntó ceñudo Spada. Lo sabía.

—Por favor, Rocky —dijo ella amablemente—. Bien sabes que nunca fui una cándida. Tony ya debió alardear ante ti de que llamó afeminado a Evans, empleando un calificativo mucho más rotundo. Intervine porque no quiero que ninguno de nuestros empleados se peleen entre sí. He venido a hablar de negocios, Rocky.

—Soy todo oídos, Giana.

—Mis cuatro locales están bien abastecidos porque tengo un

transportista de toda confianza: Nat Orland. El hombre está preocupado y casi al borde de la congestión cerebral.

—No me digas... Natale tiene el pulso de un lagarto y la sangre espesa de un caimán. ¿Qué le ocurre al majadero de Nat?

—Últimamente se producen graves averías inexplicables en sus camiones y algunos de sus empleados empiezan a despedirse... ¿Desde cuándo nos conocemos, Rocky? Déjame pensar...

El índice de Spada señaló la puerta. Amalfi salió y cerró por fuera.

—Sí, ya recuerdo... Tenía yo veintidós años y era corista.

—Eras una gran artista, Giana. Una escultura de nácar, quieta. Andabas y se incendiaban los cortinajes. Para mí, fuiste una chica maravillosa.

—Nunca olvidaré aquella noche de fin de año. Entró un siciliano con cara hambrienta. No quería alcohol. Quería café con leche y tuve que intervenir para salvar al camarero... ¿Cuánto duró lo nuestro, Rocky? ¿Un año, trece meses? Exactamente un año y doce días de enero. Desgraciadamente, fuimos ambiciosos. Quisimos prosperar y cada uno echó por su lado. Hoy, no puedes tratarme como a una rival en tu negocio, Rocky. No está bien.

Mostró Spada las dos manos abiertas, con cara de pesadumbre:

—Tiene que existir un error, mujer. Me cortarías ambas manos, antes de emplearlas en nada que pudiera perjudicarte.

—No digo que lo hagas contra mí personalmente, pero el resultado es el mismo. Si Nat Orlando no puede transportar lo que necesito, pierdo a diario mucho dinero y me costaría encontrar un buen sustituto. Dicen que Nat puso en funcionamiento una línea por tu sector y hay quien asegura que vas a hundirlo. Es peligroso, Rocky. ¿No sabías que soy dueña del cincuenta y uno por cien de las acciones de la compañía «Orland»?

—Vamos a hablar liso y pelado, Janis. Ya que confieras ser casi la propietaria del negocio de Nat, tenías que saber que existe un código, no escrito, pero que ata y obliga. Yo no lanzo ni un solo camión por ningún distrito donde ya esté cubierto el cupo. Nat pudo meter sus sobrantes cacharros por otro sector. Está el de los irlandeses, el de los polacos, y muchos otros... No, «il egregio commendatore» Natale, eligió mi sector, precisamente.

—Admites entonces que los incidentes constantes, y los despidos que solicitan los empleados de Nat, se deben a tus manejos.

—Una hogaza de pan, repartida entre cuatro, permite rebañar la sopa a los cuatro. Entre cinco, uno se queda sin pan o sin sopa.

—Me apenaría irme con la certeza de que ya perdimos la amistad, Rocky.

—Si conviertes en tragedia romana un vulgar incidente de merma de dólares, nos complicamos la existencia, mujer.

Poniéndose en pie, afirmó ella:

—Pasaste mucha miseria y hambre, Rocco Spadaro. Pero, ¿es que no quedó sensibilidad en tu corazón?

—¿Acaso me has hablado de corazones y sensibilidades? Hablaste de averías, transportes y el dinero que pierdes.

—Porque sé que suplicarte es perder el tiempo. Me dolerá mucho, Rocky. Nunca podré olvidar al muchacho siciliano que una Nochevieja mordió mi hombro para no llorar. ¿Lo olvidaste ya, Rocco Spadaro?

—Hoy eres Janis Reynolds. ¡Pobre de mí si mordiera hoy tu hombro! En aquella Nochevieja me hablaste de los rosales de tu aldea, del molino de «mamma» Rinaldi. Tu madre es hoy dueña de la aldea y donde hubo rosales, hay «bungalows» para turistas. En tu hombro ya no hay tibio nácar, Janis. No late... Ya no somos emigrantes sensibles, sino cajas registradoras. Ya no tenemos hambre, Janis. Solamente queremos digerir billetes de Banco, sin parar... Dile a Nat Orlando que retire su línea, se vaya de la ciudad y tan amigos, Janis.

—No me acompañes, Rocky. Adiós.

Momentos después, Spada ordenaba:

—Tony... Avisa a Luke y a Jack que tomen todas las medidas posibles, porque Orlando y Janis nos van a incordiar. Doble turno en los garajes y en las rutas.

En la antesala espera Trevor Duncan.

—Hazle pasar, hombre. Casi es ya de la casa. Vete a lo que te dije.

En la puerta, se cruzaron Amalfi, abriéndola, y Trevor Duncan, entrando.

El teniente Duncan era alto y flaco. Parecía lento. Sus rasgos eran firmes y sus ojos grises eran penetrantes.

—Buenas noches, teniente. Nos conocemos de lejos, muy superficialmente y le agradezco se haya dignado visitarme, porque yo estaba dispuesto a verle allá donde usted eligiese. ¿Una copa? ¿Un pitillo?... Ah, me olvidaba. Régimen severo de convalecencia.

Trevor Duncan, sentándose, seguía contemplando al que fingió hacer memoria.

—Trato de recordar la fecha de su ingreso en la policía, Duncan.

—Febrero del cincuenta y cuatro.

—Nueve años de carrera. Ingresó joven, ¿no?

—A los veintitrés. Cumplí treinta y dos hace un par de meses. Soy soltero.

Rió ruidosamente Spada.

—A veces me da la impresión que el hombre que habla claro, es el más difícil de entender. Tengo mucho trabajo, muchas preocupaciones y no puedo estar al corriente de todo... Al parecer, han visto a Laura con relativa frecuencia, en su compañía.

—Conocí a su hija cuando Jack Driscoll me encomendó la pesquisa del

caso de los dos camiones despachados.

—Que se remonta a cinco meses y pico. Y yo en el Limbo... ¿No resulta su actitud algo clandestina, teniente?

Se endurecieron las facciones del policía.

—Le ruego me aclare lo que entiende usted por clandestinidad.

—Si su intención es correcta, lo normal es participármelo. No lo hizo.

—Hubiera sido muy prematuro. En todas mis entrevistas con Laura, no se rozó siquiera la posibilidad de matrimonio.

—Naturalmente. Ella tiene 18 años.

—La edad no es prohibitiva. Creo haber oído decir que cuando usted se casó, su esposa tenía los 18 recién cumplidos.

—Mi primera esposa murió en Sicilia. Su alusión es intempestiva, Duncan. Hablamos de mi hija, en presente, no de mi pasado. ¿Le resulta grotesco si le pregunto qué relación existe entre Laura y usted?

—Amistad. En ella, curiosidad y en mí, mucha simpatía. Si algún día, esta simpatía se transformase en un sentimiento más hondo, se lo haría saber primero a ella. Según ella me contestase, se lo haría saber a usted.

—Trámite secundario que podrá ahorrarse. Reservo para Laura un mejor futuro que ser la esposa de un policía... No, no es manía contra la gente de su gremio. Todos hemos de vivir de una manera u otra, teniente. Somos hombres con un estómago por llenar y un cielo estrellado bajo el cual soñar. Yo quiero evitarle a mi hija posibles sueños con un mal despertar. El plomo que pretendieron alojarle en la válvula cardíaca, teniente, mañana puede ser un plomo hincado con mayor tino, ¿comprende? No quiero que Laura tenga que conservar su vestido de novia como posible mortaja de un marido policía. Eso es todo.

—Lo molesto en este caso, si se presentase, Spada, es que son ellas siempre las que deciden. Por el momento, no hay problema. Yo seguiré entrevistándome con Laura y si llegase la ocasión de tener que exponerlo, le diría a ella que la esposa de un policía es candidata a viuda. Pero todas las esposas lo son, Spada. Las estadísticas lo dicen: setenta y ocho por ciento de viudas y un veintidós de viudos. Usted pertenece a este corto porcentaje.

—No me agrada usted ni pizca, Duncan —dijo Spada muy amablemente.

—Lo lamento. Driscoll me comunicó que usted consideraba casi como un asunto personal, la pronta resolución de hallar el paradero de Fausta Felina.

—Le revelaré un secreto, Duncan. Mi segunda esposa, que murió en Capri, era también napolitana, como Fausta. Con cierto parecido racial: volcánica, impetuosa y muy vital. No creo que usted llegase a conocerla. Fue enterrada en Capri hace ya ocho años.

—Si usted decidió que ella ha muerto, sería por el bien de Laura.

—Una frase alambicada, teniente. Discúlpeme. Mi incultura me impide captar el significado de la frase.

—Lo importante es que Laura nunca echó de menos a su madrastra. Pero usted no debió mencionarme una tumba inexistente.

—Hable en cristiano, teniente. ¿Qué insinúa usted?

Y de pronto, Rocky Spada parecía muy cansado, casi abatido.

—Hay hechos que ningún gremio investigador tiene derecho a juzgar ni sancionar. Usted propagó la noticia de que su segunda esposa falleció en Capri. La Prensa lo dio por noticia fidedigna. Hace dos años, pasé una larga temporada por Italia, debido a cierta investigación, ajena por completo a usted. Pero casualmente, supe que su segunda esposa, de la cual no podía usted divorciarse, sigue en vida...

Se levantó Spada lentamente. Le imitó Duncan.

—Por mí, Spada, mientras no se presenten ulteriores complicaciones, el secreto que comparten usted y su segunda esposa, seguirá siempre siendo un secreto. Porque creo que lo hizo usted, por el bien futuro de Laura. Sobre todo, un ruego, Spada. Nunca se le ocurra pensar siquiera, que yo podría hacer uso de este secreto en determinada oportunidad. Recalcaré que nací incapacitado para ninguna mala acción y el chantaje lo considero una de las peores malas acciones.

—Quiero creerle, teniente.

—Ahora bien, y no me aludo para nada... Si usted le prohíbe a Laura que siga viéndome, cometerá un error.

—¿Sí?

—Cuando a una jovencita se le prohíbe intentar leer una novela interesante, suele no parar hasta poder leerla. En este caso, para su hija, yo soy la novela interesante. Buenas noches.

A solas, Rocky Spada paseó con lentitud. Era ya evidente que Trevor Duncan sabía que «ella» existía, que «ella» había aceptado volver a su país natal y guardar siempre silencio, a cambio de una pensión mensual.

Y debía también saber que «ella» no había cumplido una de las bases del pacto convenido: nunca regresar a los Estados Unidos.

* * *

Fausta Felina, hacía ya algunos años que estaba acostumbrada a dormir en blandas y perfumadas camas, donde sobraba espacio.

Pero en aquella suave noche primaveral, dormía en el suelo.

No se hallaba en una alcoba con paredes acolchadas y mobiliario último modelo de una «suite» de gran hotel, primerísima A.

Su opulento busto, quimera y pesadilla de millones de espectadores, crecía y menguaba al ritmo de su respiración, en aquel aposento largo y

estricho, abovedado como un invernadero.

Una extravagante decoración formaba cuatro paredes sin puertas ni ventanas. Un pincel pueril, morboso y tosco, había cubierto las paredes con plantas y flores selváticas; máscaras horribles; fetiches groseros y felinos alucinantes.

Por el suelo se esparcían pieles de leopardo.

El techo en bóveda, estaba pintado como un cielo nocturno de luna llena y rutilantes estrellas. La luna tenía un halo verde y las estrellas destilaban goterones de sangre.

Una luz indirecta, difuminaba reflejos amarillentos. Las bocas de las máscaras y los pistilos de las flores exhalaban soplos de aire exterior. Fausta Felina, dobladas las piernas, acurrucada y tendida de costado, vestía un modelo exclusivo de Christian Dior. Una pamea, también de creación exclusiva, yacía arrugada, lejos de los negros cabellos que habían perdido su arquitectura enhiesta y se desparramaban en greñas. Los zapatos, modelo único, distaban de los pies enfundados en primoroso celaje.

La napolitana se removió en lánguido escorzo sensual. Inconsciente, innato en ella, como el aterciopelado azabache de sus inmensos ojos o la fina textura de su nariz.

No había cámaras enfocando ni director supervisando posturas y ahora, los gestos de la sensacional artista eran naturales, humanos y muy corrientes. Se rascó un costado, removió los labios, masticando aire y buscó mayor comodidad en su encogimiento.

Quedó extendida boca arriba y un ronquido se repartió en escalas entre su naricita delicada y el sonrosado paladar. Sus párpados azulados se alzaron con mucha dificultad, como si contuvieran plomo derretido. Volvió a unir las larguísimas pestañas y encogiendo las piernas, tanteó con el hombro hasta encontrar una piel de leopardo, donde se extendió de costado, suspirando de gratitud física.

Su mente aletargada en semivela de turbia percepción sensorial, no lograba diferenciar si era real o era soñado, el negro cielo de sangrientas estrellas y luna macilenta que había avistado en leve pestañeo. En una esquina opuesta a la que se hallaba, una lona se cerraba en triangular tienda de campaña, colgante su puerta. En el rincón, junto a la cabeza de Fausta Felina, había un hueco, donde un empotrado pebetero exhalaba un humo aromático, cuyas volutas parecían acariciar la estatuilla representando al dios Eros.

De repente, Fausta Felina, aún enturbiada la mente, se incorporó con flexible distensión. Quedó sentada sobre la piel de leopardo, dilatados los de por sí, enormes ojazos.

Y su legendario rostro, reproducido en miles de pantallas, revistas y cabeceras, asumió la conocida expresión colérica, irascible. Pero con

mezcla de desconcierto...

Oía una voz y miró hacia la pared de donde procedía. No veía sino yerbajos de floresta africana, máscaras desagradables y fieras monstruosas.

La voz parecía surgir de una de aquellas máscaras de negras facciones, ojos amarillos, cabello erizado en púas, nariz ancha y boca abierta, mostrando agudos dientes canibalescos.

La voz era masculina, acariciante y hablaba en italiano:

—Quisiste venir al país del dólar. Eras una niña cuando los yanquis inundaron tu ciudad. Entonces cantabais en coro: «Bendito dólar, chocolate y chicle». Creciste y estás en el país del dólar. No debiste nunca venir, Marichuela... Los benditos dólares que te atraieron como un imán, pronto los maldecirás, Marichuela...

Fausta Felina se puso en pie, mirándose el vestido sucio y arrugado. Colocó los puños en las caderas y furiosa, quiso increpar, pero se tambaleó mareada.

La voz seguía siendo acariciante, insidiosa:

—Es cierto que ya no eres Marichuela, sino la eximia Fausta, la enervante Felina... Procura interpretar lo mejor que puedas tu nuevo y ultimo papel. Será una gran interpretación, Fausta. Muy sincera y sin corte de claqueta... Morirás lentamente de miedo, de hambre y de sed...

Fausta Felina se llevó las manos al rostro, oscilando al influjo de un vértigo que incrustaba zumbidos en sus sienes y hacía estallar ante sus pupilas, lucecitas multicolores.

El pebetero emanaba densas volutas de pegajoso aroma a almizcle y jazmín.

Doblando las rodillas, volvió ella a sentarse, intentando vencer el desmadejamiento que la invadía. Una de las máscaras emitió una prolongada risa aguda, femenina.

Fausta Felina se tendió de lado y cerró los ojos, crispadas las exóticas facciones en mueca asombrada que fue alisando la inexpresividad del sopor en misericordiosa e infinita lasitud.

CAPITULO III

Brenda Dolphin se abrochó el gorro de goma y se sumergió, dejándose ir hasta el fondo de la piscina. Una masa verdosa gravitaba sobre su bronceado cuerpo elástico y esbelto. Se tendió, casi inmóvil, hasta que sus tímpanos empezaron a latir.

Remontando a la superficie, nadó con creciente ritmo, recorriendo por diez veces el largo de cincuenta metros. Saliendo del agua, se quitó el gorro y sacudió sus cortos cabellos castaños.

Sentándose al borde de la piscina enmarcada por los amplios jardines, permaneció mirando el agua con intensa fijeza, preocupada.

Un claxon emitió su breve ladrido metálico.

Brenda Dolphin recogió su breve albornoz sin mangas y lo revistió, sin ajustarlo, poniéndose en pie. El tejido esponjoso y rojo no bajaba más allá de la segunda pieza del bikini escarlata.

Un «Corsair» azul repitió su aviso, terminando de ascender por la alameda entre los pinos recortados. Y Brenda Dolphin se dijo que sus futuras preocupaciones iban a venir del que iba al volante. Un desconocido para ella.

El coche se detuvo al otro lado del seto florido que separaba la piscina del jardín. Un hombre alto y flaco descendió. Lento en su andar, penetró por el paso dando acceso a la terraza de la piscina y sus grises ojos contemplaron el semblante de Brenda Dolphin. No era un rostro bonito. Irregular y triste.

—Soy Trevor Duncan. Le agradezco que me concediese una entrevista.

—Brenda Dolphin. Esta propiedad es de acceso muy difícil, pero no podía yo negárselo a un teniente de policía.

—Recalqué telefónicamente que mi visita no tiene carácter oficial.

—No obstante, usted sigue siendo una autoridad policial, teniente.

Los grises ojos se posaron en el trapito escarlata en forma de ocho horizontal. No ocultaba gran cosa. Ascendieron los ojos masculinos hacia las pardas pupilas de la que poseía un cuerpo precioso y un rostro poco agraciado. Dijo ella:

—Usted me indicó que vendría entre nueve y diez. Pensé que tenía tiempo de darme un baño. ¿Desea tomar algo? —y señaló ella la mesa y las sillas bajo un inmenso parasol.

—No, gracias. Procuraré ser lo más breve posible.

Se sentaron junto a la mesa sombreada y ella se ajustó el albornoz, uniendo las solapas.

—Gracias —sonrió Duncan.

—¿Por qué?

—Los bikinis siempre me distraen la imaginación. Excúseme.

—No tiene por qué excusarse, ya que su mirada es recta y limpia. No es de soslayo —definió ella seriamente.

—Heredó usted una magnífica mansión.

—Fue lo único que heredamos mi hermana Mabel y yo. Preferimos no venderla y ponerla a disposición de agencias artísticas que quisieran alojar en un sitio tranquilo a artistas de paso por Los Ángeles.

—¿Tiene muchos artistas alojados actualmente aquí?

—No. La agencia que contrató nuestra morada, lo hizo con carácter de exclusividad para Fausta Felina.

—Queda garantizada la completa soledad para sus huéspedes que desean reposar, huyendo de periodistas, fotógrafos y curiosos. ¿Cómo lo garantiza, señorita Dolfin?

—La propiedad está tapiada con altos muros, con letreros anunciando un voltaje suficiente y autorizado. No electrocutaría, pero las descargas hacen desistir y además, cómo pudo ver, varios dogos alemanes recorren libremente los jardines. Son dóciles para los visitantes a los cuales abre la verja el jardinero Osaka. Son temibles para los intrusos.

—Leí sus declaraciones y son sensatas, señorita Dolfin. No podía usted saber nada revelador, puesto que el secuestro tuvo lugar fuera de estos muros.

—La obligación de la policía consiste en sospechar de cuantas personas podían conocer el horario seguido por Fausta Felina.

—Es cierto. ¿Es ella agradable de trato?

—Al principio parece orgullosa y reservada. Luego, con el trato, es cordial y simpática. Congenió mucho con mi hermana Mabel.

—Su hermana Mabel hizo unas declaraciones... pintorescas, si me permite la calificación.

—Mabel disfruta intentando escandalizar. Quiero prevenirle de que no se formalice, si Mabel dice barbaridades o se comporta con extravagancia —y miró hacia la terraza de la gran casa de dos plantas—. Si desea hablar a solas con Mabel...

—No es preciso que usted se ausente. Recalco que mi visita es estrictamente particular. Indago por mi cuenta, ya que estoy en uso de licencia de convaleciente.

Trevor Duncan se levantó, al irse aproximando Mabel Dolfin.

Era baja de estatura y rellenaba con exuberancia, muy bien contorneada, el pantalón negro y el sutil jersey ceñido, de color carne.

Calzaba sandalias negras de altísimo tacón.

Su rubio cabello en alto, enmarcaba facciones de muñeca bobalicona. Tenía una boca pequeña, de labios gruesos en forma de corazón. Su voz era algo aguda:

—¿De modo que usted es el lince de pupila infalible?

—Soy Trevor Duncan, y...

—Y puede sentarse. Tan alto me achica más. Yo soy Mabel Dolfín, viuda Corbet. Viuda porque ningún hombre podía igualar a mi Lester.

—Lester Corbet, según tengo entendido, era un gran cazador y escribió relatos de *safaris* muy interesantes...

—Murió víctima de un leopardo hembra. No acabé de darme a conocer, teniente. Tengo treinta y cinco años. ¿Se me notan?



La policía les siguió de cerca

2 • SECUESTRA

—En absoluto. Los luce usted con excelente arrogancia, casi agresiva — y contempló Duncan el jersey satinado.

—Simpático el polizone, ¿verdad, Brenda? Me tiño el cabello, porque hay manchas canosas. Peso sesenta y siete kilos y mido un metro cincuenta y seis. Me agrada la carne cruda y prefiero el *whisky* a la leche. Los hombres guapos me atraen, si son varoniles como usted... Brenda ya no protesta, porque sabe que es inútil. Soy sincera, ¿comprende? Una cualidad que choca por contraste. ¿Qué más intimidades quiere descubrir y puedo revelarle, teniente?

—Las que estime prudentes —sonrió Duncan—. Ayer declaró usted que el secuestro de Fausta Felina era un caso sencillo de resolver. Según usted, bastaba detener e interrogar a todos los de la Mafia. Pero, en California no hay Mafia, señora Corbet.

Rió ella secamente. Seguía sin sentarse, apoyada de espalda en la mesa.

—Cualquier italiano que haga fortuna es de la Mafia, afirmaba Lester.

—La Mafia es una organización local y regional que actúa por Sicilia.

—Y por Chicago, Nueva York, Los Ángeles y el mundo entero —afirmó ella con rotunda seguridad—. Un italiano de la Mafia es el autor del secuestro, como jefe de banda...

—Los italianos de nuestra ciudad, en su mayoría, son ya ciudadanos yanquis y comerciantes alejados de toda actividad ilegal.

—Yo le repito lo mismo que ya declaré y que me contó la propia Fausta. Ella temía ser objeto de una venganza. Intenté averiguar la identidad de su enemigo, pero no pude.

—Enemigo a enemigo... Le hizo ella confidencias importantes.

—Yo inspiro confianza. No le habría hecho confidencias a Brenda, que es más bien, adusta. Yo soy abierta y me entrego pronto.

—Percibo una contradicción... Si Fausta Felina temía algo, hubiese elegido escoltas especiales de toda su confianza y no se hubiera contentado con los servicios de la «Car-Warr»:

—Me han llamado a veces cosas feas, pero nunca mentirosa, teniente.

—No pretendo decir que altere usted la verdad, pero pudo interpretar erróneamente cualquier divagación de la estrella.

Durante el diálogo, Brenda Dolfin se esforzaba en contemplar un punto indefinible entre la redonda faz de su hermana y el anguloso rostro del policía.

—Fausta pudo querer hacerse la interesante conmigo, pero lo cierto es que, me confesó su temor de una venganza y también aludió a la Mafia. Me dijo que la exigieron en una ocasión, millones como contribución a remediar la miseria de muchas pobres madres italianas.

—Folletín, señora Corbet.

—No me envejezca. Mi nombre es sabroso como un bombón —afirmó ella.

—Esta versión de la Mafia y los millones, es una de las tantas propagandas inventadas por agentes artísticos de relativa escrupulosidad. Concretamente, Mabel, ¿dijo Fausta Felina algo que sirva de orientación a una indagatoria positiva?

—Salta a la vista. Interroguen a los italianos de la ciudad.

—¿Algún italiano la ofendió, Mabel?

La pregunta fue dicha en tono benévolo. Pero los descarados ojos azules de Mabel Dolfin adquirieron un destello malévolo.

—Ayer declaré que considero a todos los italianos unos insolentes aventureros y compadezco a sus mujeres, las pobres.

—Ellas no se quejan —y poniéndose en pie, añadió Duncan—: Les quedo agradecido por su atención al recibirme.

Brenda Dolfin inclinó la cabeza en mudo saludo y levantándose, se quitó el albornoz, volviendo a sumergirse en la piscina.

Acompañando al policía dijo Mabel riendo:

—Mi hermana tiene instinto de pez. ¿Le gustan las italianas, teniente?

—Me gustan las mujeres bonitas.

—¿Altas o bajitas? Yo odio a las mujeres altas.

—Fausta es bastante alta.

—Un metro setenta y siete. Mi complejo, Duncan, es ser pequeña, aunque me considero bien repartida. No es un flirteo, Duncan. Es un ataque frontal y recto. Me gusta usted.

Junto al coche, sonrió Duncan algo molesto. Trató de ironizar:

—Dígale lo mismo a un italiano y tendrá que pedir auxilio.

—Ojalá... Siempre y cuando yo ignorase que era de la raza de Benito.

Ante la excesiva y casi adherente proximidad de la extraña viuda, optó Duncan por mirar de pronto hacia la piscina. Volvió ella la cabeza, y se deslizó Duncan tras el volante.

—Hasta pronto, Mabel.

La sonrisa de los gruesos labios femeninos era indescifrable, pensó Duncan conduciendo por la alameda, hacia la verja. Podía ser una sonrisa decepcionada, pero contenía desprecio.

El rechoncho jardinero japonés, escoltado por un enorme dogo, abrió la verja de complicados cierres y elevada estructura.

Cuando el «Corsair» llegaba a la esquina del lago y alto muro de la propiedad Dolfin, frenó Duncan. El hombre que se había apeado del detenido dos plazas «Nash», le hacía señales en medio de la carretera.

Detuvo Duncan, reprimiendo una mueca de fastidio al reconocer a Sterling Ambros. Pelirrojo, de rostro triangular y mefistofélico, el detective privado habría podido ilustrar gráficamente la imagen de un diablo burlón,

moderno.

—Le saludo y envidia, teniente. A mí, las hermanitas Dolfin no me dejan entrar. El jardinero es insobornable y los perros también. ¿Me permite sentarme? —y sentándose junto a Duncan, agregó
Ambros—: ¿Qué le pareció la rotunda Jane Mansfield en miniatura? Es una imprudente.

—¿Quién?

—Mabel. Yo soy un ferviente cineasta y para ejercer la memoria apodo a las personas por sus parecidos con gente del cine.

—¿Conoce a Mabel?

—De lejos. No es que sea insensible a sus curvaturas y su cara de pepona, pero soy fiel a mi esposa.

—Usted es soltero.

—Pero me reservo intacto para el tálamo nupcial. Quiero tener una prole de seis pares de mellizas. Siendo familia numerosa, ellas me pagarán el biberón.

—Llevo algún tiempo analizándole, Ambros. Soporto sus banalidades, porque sé que de pronto soltará algo importante. Hizo alusión a que Mabel es una imprudente.

—Provoca, ¿y sabe qué pasa? Me contaron que tiende los labios, el galán se entusiasma y recibe un puntapié. Es cruel y maligna. Y su acusación contra los italianos y la Mafia, podrá ser pueril, pero hay italianos susceptibles.

—Cíteme uno, por ejemplo.

—Yo mismo. El autor de mis días, se llamaba Mario Ambrose. Su colaboradora en la obra de arte que soy, decidió bautizarme Sterling, porque era inglesa y le gustaban las libras.

Sterling Ambrose describió un ademán tendido el brazo, abarcando todo el parabrisas:

—Fausta Felina se halla cerca, en este perímetro. Le pido perdón ya que usted es el catedrático y yo el párvulo. Usted ya lo husmeó.

—Actualmente, ¿quién es su cliente, Ambros?

—Mi menda. Deduzca pues si trabajo con ahínco, como un verdadero perdiguero con radar. El total de primas ascendía esta mañana a las ocho, a sesenta y ocho mil dólares, y rezo para que pasen aún dos o tres días más sin que aparezca Fausta Felina. Llegaremos así a los doscientos mil.

—Y usted presume de saber que Fausta Felina se halla oculta por los alrededores.

—Nunca presumo. Me camuflé con humo de paja y lanzo serpentinas, pero de pronto «¡ecco cuí!» —Y Ambros imitaba las manipulaciones de un prestidigitador: —Desde los senderos de esta colina al «pulpo» donde la carroza de la emperatriz Fausta, pinchó prosaicamente un caucho, podemos trazar un círculo de unas tres millas a la redonda. Muy

confidencialmente, ya que usted me merece cierta confianza, le bisbiseo que Fausta se halla prisionera en un puntito interno del círculo en que nos encontramos. Yo sería un canelo cegato y no un sabueso avisgado, si no comprendiese que usted llegó ya a la misma conclusión. Un caucho pinchado, arboleda, mansiones aisladas por espaciosos jardines y pinares... ¿Colaboramos, teniente? Para usted la gloria, para mí la pasta.

—Es curioso que no logre enojarme con usted, Ambros. Lo tengo catalogado como un simpático sinvergüenza, pero le ruego no abuse.

—Su visita a las hermanitas Dolfin, se me antoja similar a un pastelillo de hojaldre. Parece un pastelillo inofensivo, pero tiene hojaldre. ¿Colaboramos, teniente?

—Bifurcamos, Ambros. Yo soy funcionario y usted es un asalariado libre.

—Usted se lo pierde. Pero no se pierda una visita al «Peach». Hmmmm... —y suspirando se llevó Ambros los dedos a los delgados labios —: Por el tablado llamado escenario, desfilan unas delicias de melocotones que provocan grandes oleadas de piropos de todo calibre en la muy diversa clientela.

—El «Peach» es el cabaret de Janis Reynolds.

—Ella es la dueña, pero lo regentan Dino Lambert y Guido Evans. Dos prendas. Conste que no he dicho nada.

—Usted ha aludido al teatrillo de Janis Reynolds, y nunca habla sin segunda intención.

Sterling Ambros miraba por el retrovisor el semblante del policía.

—Estimo que cuando una mujer es estrepitosamente guapa, admirarla es un deber público. En el «Peach» presentan una nueva atracción. Formidable y sublime. No es una pueblerina desbastándose en Yanquilandia, sino una Mesalina experta, sazónada y jugosa. En el tablado, se quita el primer guante y hasta el acomodador se agarra a una silla para no acudir al asalto. Se apoda Silvana ¿Usted recuerda a la Pampannina? Yo sí. Muchas noches, para coger el sueño, me arrullaba cantándome una nana de mí creación, que decía: «Silvana, mía Pampannina, bacia tu *bambino*»... Vaya a ver a Silvana, teniente, y sabrá que es una verdadera mujer que arrebató y abruma. Dada su influencia, teniente, ¿no me podría dar un pase para entrar ahí? —y Ambros señaló hacia el muro blanco.

Bajando del coche, añadió:

—Dele recuerdos de mi parte a Laura. Lástima de papi que tiene la nena.

Y el pelirrojo se alejó con larga zancada.

Trevor Duncan puso en marcha, pensativo. Catalogaba al detective Ambros como un cerebro tortuoso, pero de muchos quilates.

Pasó por el lado del «Nash» y decidió que la teoría del pelirrojo era

atinada: aquella colina era el sitio ideal para ocultar a la secuestrada.

El «Corsair» entraba en el viraje cuando se ladeó a la izquierda y Duncan frenó bruscamente, arrimando al talud.

Asomó la cabeza por la ventanilla para cerciorarse de si realmente el silbido que oyó era del caucho reventándose.

El segundo silbido era también agudo y perforante.

La bala se alojó en la sien izquierda del teniente Trevor Duncan.

CAPITULO IV

Había sido un día atareado para Rocky Spada y sus hombres. Tras la cena, reanudó Laura su tema favorito:

—Nos traen lo más succulento de la excelsa carta del mejor restaurante con solo llamar el señor Spada. Nos sirven camareros que parecen altezas. A diario, un equipo de freganchines dejan la casa más limpia que un sol, en dos horas. Ya sé que tienes razón y no quieres una servidumbre fija para evitar fisgones y sentirse más en tu casa.

Spada leía una revista de mecánica y Amalfi hacía un solitario.

Prosiguió ella, paseando por el vasto salón:

—Pero aquí hace falta calor femenino. Hace falta una mujer mimosa y que os atienda bien a vosotros dos.

Spada miró resignado a su lugarteniente. Amalfi elevó las cejas.

—¿Por qué no te casas y pronto, Tony? —inquirió—. Así tendríamos mujer.

Rocky Spada cerró su revista.

—A veces me da la impresión de que tu sitio adecuado es un pensionado suizo, donde educan a lo fino, con idiomas y lo que es necesario. Yo y Tony no podemos pasarnos el día tras tus faldas.

—Ya estuve en un pensionado hasta los quince y no paré hasta lograr que me sacases de ahí. Si no me traes a tu lado, me hubiera hecho monja. Ser monja no significa ser melindrosa, sino ser bondadosas y alegres. Sus ojos nunca envejecen...

—Cambia el disco, ¿quieres? —gruñó Spada—. Tienes un lindo rostro sonrosado y reluciente como una manzanita y tus ojos siempre chispean... Nada de pensar en conventos. Hablemos de otra cosa.

—¿De Trevor Duncan?

Spada miró a Amalfi, que se equivocó de carta.

—Le telefoneé al hotel donde vive. Se marchó esta mañana a primera hora y a las seis de la tarde no había vuelto aún. Lo sé, porque le dejé un recado.

—¿Y qué le decías, si puede saberse?

Laura Spada vino a sentarse en el brazal del sillón de Spada:

—Anoche agarraste la gran perra conmigo. Y como yo no quiero que te enfades ni se te acelere la sangre, he decidido no ver más a Duncan.

Total... Tengo suspirantes así —y juntó ella los dedos de ambas manos—. Y prefiero los bestias buenos que sin saberlo son matachicas.

Y deslizó ella una mirada hacia Tony Amalfi que procuraba encajar sus naipes donde correspondía.

—La embajadora —masculló Spada—. Estamos listos. ¿Qué son matachicas?

—En tus tiempos por lo que he leído, los llamaban conquistadores, donjuanes y castigadores. Debían ser unos lirios empalagosos como la mermelada de calabacín.

—Hablas cada día peor. Si esta es la moda que ahora se lleva... En mis tiempos, las señoritas que hubieran hablado así, las hubiesen confundido con otras que no eran señoritas.

—Hoy es al revés —sentenció ella—. Id con cuidado con vosotros dos. Cuanto más finolis os hable una mujer, ojo con ella. Despista. Bueno, y ahora, ¿por qué no vamos a ver «Dulce pájaro de juventud»? Paul Newman está jamón.

—Tony... Llévala a ver este dulce pájaro. De noche, no quiero que andes sola por las calles.

—¿Por qué no la lleva Jack? —insinuó Amalfi.

Hundidas las manos en los amplios bolsillos de la bata, abandonó ella el brazal, sopló hacia arriba para apartar el rubio mechón y dijo:

—Puedo muy bien ir sola. No soy la «F. F».. A mí no me secuestran ni por una apuesta. ¿Por qué no quieres venir conmigo, Tony?

—Porque esta película, seguro que es un lío para intelectuales y... Bueno, vamos —finalizó sintiendo la mirada de «toro herido» de Spada.

—Voy a ponerme distinguida —anunció ella, saliendo aprisa.

La mirada de Spada volvió a ser humana. Comentó Amalfi:

—No me haría gracia que estando yo fuera, vinieran tipos listos a visitarte. Jack no maneja argumentos sonantes y Luke empieza a estar un poco ajado.

—Y yo soy un «pochoncho» —rió Spada. Con su risa natural, sin ruidosa exageración—. Anda y déjate de tonterías. La chica tiene que divertirse un poco. Los gastos de mi cuenta. Luego, si te lo pide, protestas, pero la llevas a bailar en algún nocturno decente. Nada de «twist». ¿O crees que ella puede...?

—Claro que puede, si es una cría inocente. El que no puede soy yo, porque el meneo ese no lo he aprendido todavía.

—Pues apréndelo. Ya que ella ha de bailar lo que se estila, que sea contigo o con Jack. Con Luke no, porque lo recogen en camilla.

Rieron ambos y agitaron los dedos en despedida.

En el «Chrysler», conduciendo, Amalfi escuchaba distraídamente:

—... y la próxima vez que me hagas un feo, te estampo un pinchazo en los dientes. Pues no tiene pretensiones el hombre... ¿Es que no estoy de

buen ver? ¿Es que no te das cuenta que silban los varones cuando me cimbreo?

—La película me huelo que tiene que ser de poetas.

—De poetas, ¿eh? Se trata de una vieja que le paga el tabaco al chico, para no quedarse sola. No vamos al cine, Tony. Vamos al «Peach».

Tony Amalfi sopló, encogió los músculos y logró por fin, rectificar el desvío del brusco giro de volante. Paró junto a un parquímetro y echó la moneda. Ladeándose en el asiento, se acodó en el volante.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella arqueadas las cejas.

—Él «Peach» no es un cine.

—Anda, mira lo que acaba de descubrir el talento... Es un «burlesk».

—¿Y sabes tú lo que es un «burlesk»?

—Empieza a amoscarme que sigas considerándome una colegiala de primer año. Soy ya una mujer, para que te enteres.

—Te he preguntado si sabes lo que es un «burlesk».

—Hay un escenario, sale una señora vestida y va quitándose ropa, como en la playa.

—Es espectáculo para hombres, no para chicas.

—Que te crees tú eso. Lo que no está correcto es que los hombres se sienten, con las pupilas saltonas, a ver a las señoras en paños menores. Yo, en el vestuario del club de tenis, me visto y desvisto delante de otras chicas, porque es lo normal y ni fu ni fa.

—Las que actúan en el «Peach» no son jugadoras de tenis.

—Hombre, ya lo sé... Cantan o bailan y luego hay también una comedieta graciosa, donde dicen que abunda la sal. Quiero ir al «Peach».

—Mira, tu padre te mima mucho y no me parece mal. Pero, si querías ir al «burlesk», habérselo dicho a él. Allí hay un teléfono. Llámale y si él dice que bueno, pues bueno.

—No hay derecho, caimán. Sabes que dirá que no. Total, yo...

—¡Maldición! ¡Agáchate! —y Amalfi empujó brutalmente por la nuca a Laura—: ¡No te muevas, quieta y no te asomes!

Amalfi alzó los dos cristales del coche blindado. Laura se había encorvado, repentinamente asustada.

El «Buick» negro se detuvo en el otro parquímetro, a la derecha. Silabeó Amalfi:

—Bajo, Laura, y no te mueves. Si pego con el tacón, metes marcha y a casita. ¡Callando! ¡Harás lo que te digo!

Bajó Amalfi por su lado, contorneó el radiador y vino a respaldarse en la ventanilla, tras cuyo cristal, asomaron su borde inferior un mechón rubio y dos pupilas inquietas.

En el otro coche, el del volante era el imberbe y sombrío Guido Evans. Atrás se sentaba Janis Reynolds.

El que desahogó fue Nat Orland, impecable en su *smoking*. Bajo de estatura y ancho de hombros, caminaba con aplomo. Dio la vuelta al radiador del «Buick» y se detuvo frente a Amalfi, a dos pasos.

—¿Qué tal Tony?

—Tirando. ¿Y tú, Nat?

—Viviendo. Tienes influencia con Rocky. Nos podrías hacer un favor a los dos: a él y a mí. ¿Qué opinas?

—Hace tiempo que no opino. Escucho.

—Él quiere que me vaya de la ciudad. Yo voy a retirar la línea que le molestó. Como ves, le podrás decir a Rocky que demuestro sentido común.

—Le diré a Rocky que demuestras sentido común y que retiras la línea.

—¿Crees que mañana por la tarde puedes darme una respuesta?

—Es posible.

Nat Orland miró hacia la ventanilla. Laura Spada le devolvió la mirada con curiosidad.

—Bonita la chiquilla. Tú me conoces, Tonio... Si tuviese que irme de la ciudad, perdería lo que me ha costado años de trabajo, Tonio.

—Cobras las rentas desde lejos, Natale. Te das la gran vida por Europa, donde elijas.

Frunció Orland las cejas:

—El caballo no engorda sin el ojo del patrón, Tony. Bonita la chiquilla y sería una lástima...

Alzó Amalfi una mano crispada. Dirigida hacia la pechera del *smoking*.

Encogió el codo y se deshizo el botón del cuello, aflojando la corbata.

—Repíte, Nat. No capté.

—Es Janis la que pensó en la chiquilla bonita. Las mujeres son complicadas. Tony. Una vez, recuerdo que Janis se enfadó con un sujeto terco. Y no se le ocurrió a ella otra cosa, sino hacer desfigurar a la esposa del terco. Yo nunca haría esto, Tony. Pero las mujeres... ¿verdad?...

—Le daré tu mensaje a Rocky.

—No menciones lo del ácido quemando un rostro de chiquilla bonita. Con razón, se enfadaría.

—No se lo mencionaré ni sé lo que te contestará. Pero sé una cosa. Nat. Si a la chica Spada le toca nadie siquiera una pestaña, vendré a por ti, Nat. A por ti.

—Dirás a por Janis.

—No, ella es una mujer, Nat. Luego quizá iría a por ella. Pero primero a por ti, Nat. Y no me muerdo la uña del pulgar doblado en cruz, Nat. Pero equivale. Todo quedó ya dicho, creo yo.

—Esperaré tu llamada mañana, Tony.

Ambos dieron su rodeo y al sentarse tras el volante, miró Amalfi el retroceso del «Buick» y su alejamiento.

Laura Spada protestó:

—Cerraste las ventanillas y no pude cazar ni media de lo que hablasteis. Tu amigo tenía cara de bestia malvada. ¿Quién era?

—Un competidor que le hizo una jugada poco limpia a Rocky. Ahora quiere hacer un trato. Ya te he explicado que en los transportes, a veces surgen discusiones. Como en el petróleo.

—Un chico me dijo hace algún tiempo que Rocky era... había sido un *gángster*. Le partí la boca con la cartera. Dentro llevaba un diccionario.

—Muy bien hecho, Laura. Rocky tuvo que bregar mucho y entre camioneros no se estilan los buenos modales. Y no vuelvas a decir esta palabra, porque un *gángster* es un tipo que asesina para robar. Tu padre defiende un negocio que le costó muchas privaciones y muchos sudores.

—De acuerdo y ahora vamos al «Peach». Tengo que ir. Es un secreto, Tony. Esta tarde, saliendo de la Universidad, me dieron un papel. Míralo.

Sacó ella del bolsillo del chaquetón una cuartilla doblada y explicó:

—Iba en un sobre que me dio un «messenger». ¿Lo leo? Dice: «A Laura Spada le conviene ir al «Peach» y preguntar por Silvana. No diga nada a Rocky, que le perjudicaría mucho, a él». Está escrito a posta, incorrectamente.

—Vamos a casa, Laura. Ahora mismo.

Puso ella la mano sobre la diestra de Amalfi en torno a la llave del contacto.

—No, Tony, no te lo perdonaré nunca si le dices algo a Rocky. Ya ves lo que escribieron: le perjudicaría mucho, a él.

Cerró ella las pestañas, que fueron humedeciéndose.

Tony Amalfi se pasó la diestra por la cara, lentamente, apretándose los rasgos faciales. Respiró a fondo y dijo:

—Ya sabía yo que a la larga nos ibas a traer problemas, Laura. No es tuya la culpa, ni te acuso. Pero... cuando él quiso mandarte a Suiza, tenías que haber ido.

La voz de Laura sonó algo trémula:

—Si me hubiese ido, habría sido como reconocer que me avergüenzo de Rocky... Y para que te enteres, le quiero con toda mi alma y por esto vivo con vosotros... Y por esto vamos a ir al «Peach» y si tengo que partírla la boca a la Silvana, me ayudas.

—Eres un caso —y rió Amalfi complacido—. Mira, es la primera vez que le voy a jugar sucio a Rocky. Me callaré, pero yo arreglo este asunto. Dame el papel y tú no vas ni irás al «Peach». Lo arreglaré yo. ¡Este es el trato o no hay trato!

—Si te pones farruco y machote... Estás muy avasallador tú. Como dice Rocky, a veces...

—Como dice tu padre...

—Como dice papá, a veces me das la impresión de ser de alivio. Te contaré la película y nos vamos a bailar, ¿quieres?

—No enredes a tu padre. No hemos ido al cine. Y vamos a bailar.

—¿Twist? —y se contoneó ella—. ¿«Bring-ho-bringo»?

—El «bringo» o lo que sea. Para que veas cómo es Rocky, me dijo que te llevara a bailar, como si no fuese él quien pagase la cuenta. Dice que conmigo puedes bailar «twist».

Tony Amalfi procuró agitarse lo mejor que pudo.

Cuando regresaron, en el salón, bajo la pantalla de una mesa, Spada recogió la baraja y Luke Renzio salió, arreglándose satisfecho el escaso cabello despeinado por Laura, que anunció:

—Tony es un bailarín magistral. De espanto... Parecía un canguro con dolor en el ombligo. Lo pasé muy bien, papá. Hasta mañana.

Rocky Spada se quedó mirándola, hasta que desapareció. Sonreía.

Volvió en sí, y preguntó:

—¿Algo nuevo, Tony?

—Me encontré con Nat. Quiso que te dijera que retira la línea que te molesta y que tiene sentido común.

—Lo demuestra tarde. Ya es una cuestión de prestigio y si le dejase tranquilo, otros vendrían a pisarme el terreno. Correría la voz de que me estoy acoquinando y no puedo permitirlo. Nat ha de irse de la ciudad.

—Me pidió que le diese la respuesta mañana por la tarde.

—Ya le di la única respuesta que cabe a Janis. ¿Dónde lo topaste?

—Aparqué. Y vino.

—¿Se enteró Laura?

—Cerré las ventanillas y bajé.

—No te diría solamente que tenía sentido común.

—Lo adornó un poco. Dijo que Janis era complicada como toda mujer de su ralea. Y que no respondía de si Janis perdía la cabeza.

—Te noto remolón. Mírame de frente, como siempre. Si crees que pasaron los tiempos duros y que debemos dejarnos pisar los callos, dímelo. ¡Habla!

—Mañana le digo a Nat que se largue de la ciudad. ¿Plazo?

—Desde ayer ya empezó. Le doy hasta pasado mañana por la noche.

—Tú mandas, Rocky.

—No lo olvides nunca —y miró Spada hacia la parte alta de la puerta. El pulsador manejado por Luke Renzio iluminó la lucecita anunciando «visita peligrosa, no policial».

Tony Amalfi fue a abrir y tras reconocer al visitante, miró a Renzio:

—¿Peligroso este saltamontes, Luke? Dirás jabonoso —y volviendo el rostro, preguntó Amalfi—: ¿Lo echo, Rocky? Es Sterling Ambros.

Aproximándose a la abierta puerta, comentó Spada:

—A veces me da la impresión de que me vuelvo fofo. Ya puedo mirarte sin mucho asco, Ambros. Pero te equivocaste de día. Cuando doy limosna

es el jueves. Hoy no.

Sterling Ambros parecía guiñar un ojo. Un tic extraño en él, que se le presentaba las raras veces que se sentía inquieto.

—Lo pasado feneció, Spada. Lo que interesa es el presente y el futuro.

—Los granujas o se mueren o envejecen. Tú te limitas a envejecer.

—Y como el buen vino, mejoro. Siempre trabajé fielmente para quien me paga y debido a esta cualidad, si en cierta ocasión me crucé en tu camino, Spada, yo...

—¿Lo echo? —pidió Amalfi.

—Si vuelves a citar la faena en que interviniste, Sterling, te pateo. Vete a dormir, Luke. Felices, sueños.

—Lo mismo te deseo, Rocky. A ti también, Tony.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no? —sonrió Ambros, guiñando.

—Pasa adentro —y Spada meneó la cabeza—. Nunca he comprendido por qué no te reventé a pisotones, Sterling.

Sentándose, señaló Spada una silla. Ambros miró de soslayo a Amalfi, antes de tomar asiento.

—No me pisoteaste, porque eres justo y ecuánime, Spada. Supongamos que yo trabajase para ti. Otro me tendría ojeriza. Yo no discuto si soy una babosa o un cisne. Los grandes hombres siempre fuimos calumniados. ¿Me crees inteligente?

—Te defiendes.

—Si consigo poder demostrarte que andan montando el andamiaje para darte una dura costalada en tropiezo definitivo, ¿cuánto cobro?

—Tienes agallas de tiburón, siendo un lenguado. Habla, Tony.

—Este pelirrojo se crió en un picacho del norte entre cabras y reptiles y tiene la cara de hielo, pero como buen milanés, es frío y calculador. Si vino, expuesto a que le zumbases, es que trae buena carga.

—A tu lado, el muchacho ha hecho progresos constantes, Spada. Adivino que vas a decirme que si juego sucio contigo, el picacho milanés perderá a su hijo más preclaro. Mi menda. Me quiero mucho, no quiero suicidarme, y no voy a emplear ninguna maña con vosotros.

—Estás vivo porque Tony me convenció de que el placer de aplastar una oruga no compensaba el riesgo de verme ante un fiscal. Hazme tu oferta y pagaré. Juega sucio y cobrarás lo atrasado, lo que quedó pendiente.

—Mi ilusión estriba en construir un hotel en Portofino, la mejor playa del orbe y alrededores. Necesito cincuenta mil dólares. Tú me los das.

Rió Spada ruidosamente. Amalfi hizo una rápida señal de la cruz.

—Los sicilianos se acuerdan del Nombre del Padre cuando oyen a un loco —sonrió el detective.

—No estás chiflado ni mucho menos, pero lo que dijiste es una memez.

—Desde tu sillón te lo parece. Desde mi silla, es el Evangelio.

—Recítalo.

—Pido dos condiciones. Una, que Amalfi no me agarre de las solapas, oiga lo que oiga.

—A ti no te toco yo ni con la punta de un plumero.

—Segunda: no me chilles, hasta que no termine de exponer mis datos, Spada.

—¡Habla ya, charlatán!

—Tengo la vaga idea de que van encajando piezas, tornillos y planchas, para que de un momento a otro te endilguen a ti el secuestro de Fausta Felina y el asesinato del teniente Trevor Duncan.

El silencio que siguió se fue prolongando y empezó a resultarle opresivo al muy poco impresionable detective privado.

CAPITULO V

Fausta Felina, con pasos y expresión de sonámbula, entre bruscos despertares de su letargo, había recorrido aquella estancia, buscando en vano una salida.

Cuando alzó la lona de la tienda de campaña, encontró lozas sanitarias.

En otro recorrido, comprobó que las bocas de las horrendas máscaras, eran aberturas en una pared, dejando filtrar el aire exterior. Gritó a través de la cilíndrica hendidura.

Primero en petición de auxilio. Después, imprecando y desfogándose en pintorescas frases, donde se mezclaban a partes iguales su bravío carácter y su temor ante lo inexplicable.

El esfuerzo hizo resurgir el vértigo y volvió a tambalearse.

La voz acariciante, que una vez le habló en italiano, no había vuelto a oírla. Pero resonó varias veces la risita aguda y femenina.

El pebetero siguió exhalando su densa voluta que producía la neblina mental. El tiempo perdió su condición de lapsos horarios, convirtiéndose para la actriz en un alternado sopor, breves despertares acuciantes y nuevos torpores sin medición.

En determinado momento, su naricita vibró, halagada por un aroma apetitoso. Abrió los ojos, mirando hacia el pebetero. No veía ya arabescos de humo gris.

Sobre una piel de leopardo había un plato hondo, de plástico. Contenía arroz guisado con especias, trocitos de carne y queso rallado.

La napolitana se abalanzó como una fiera hambrienta.

Y, sentada, miró en torno, agresiva. Fue comiendo con voracidad, empleando los dedos por cubierto.

Saciada el hambre, arrojó con furia el plato rebañado y reluciente contra una máscara.

De sus ojazos brotaron lagrimones, resbalando lentamente por sus mejillas. Ya no era la diosa artificial creada por el cine. Era la sincera y buena napolitana que, íntimamente, se preguntaba ahora cómo era posible que existiese alguien tan malvado para someterla a aquella humillante pesadilla.

Una de las máscaras emitió la risita femenina, hiriente y maligna.

El silencio se le hacía ya insoportable al pelirrojo detective, cuando habló Spada, lentamente:

—Desde que me senté, Ambros, puse un contacto y lo que has dicho quedó registrado en una grabadora.

—Lo registrado nos ata por un igual, Spada. Si tú decides que debo informar a la policía, no me quedará otro remedio, pero juzgué más rentable tratar de ganarme una honrada tajada, trabajando a tu favor.

—Vayamos por partes y muy poco a poco, milanés. Dices que Trevor Duncan fue asesinado. ¿Quién lo mató?

—No tengo la menor idea, por ahora.

—¿Cuándo murió?

—Esta mañana, a las diez y cuatro minutos.

—La Prensa no habla de ello.

—Carencia de testigos y ocultamiento del cuerpo del delito. Demostrado por el silencio de la Prensa. Los únicos testigos fuimos yo y los que suprimieron de la nómina policial a Duncan.

—Cuéntame a tu modo.

—Esta mañana, a las nueve y pico, andaba yo examinando el truco para poder entrar en la mansión de las hermanas Dolfin. Sobre el mismo terreno, desde fuera. Tienen muros con voltaje, dogos coléricos, un japonés campeón de lucha y dos criados malteses con cara de malteses. A las diez menos cuarto, persistía en mi estudio visual de la fortaleza, cuando vi salir de la propiedad Dolfin al teniente.

—¿Qué se te ha perdido en casa de las Dolfin?

—Allí se alojó Fausta. Quiero ver si las Dolfin me dicen algo que me conduzca a encontrarla, rescatarla y ser aclamado por las masas.

—¿Tanta simpatía le tienes a Fausta?

—Dicen que si es altiva, dominante y chillona. Esta gente del cine te agarran a un fraile y lo convierten en un verdugo chino, si tiene las cejas oblicuas. Los pocos que conocen bien a Fausta, saben que es una muchacha de fondo tímido, de gran corazón y generosa. Cualquier estropicio que hagan con ella, me indignaría. Y hay otro impulso sentimental en mi anhelo: si doy con una pista firme, me gano un fortunón.

—Sigue. Duncan salió.

—Traté de sondearle, pero ni media. Siguió su camino y yo me dispuse a imitarle. Paré de pronto y me encaramé en un talud. Habían sido dos balazos de rifle. Uno reventando un caucho y el otro taladrándole la cabeza a Duncan. Seguía en su «Corsair», echado el busto por fuera de la ventanilla. En un sendero lateral había un «van» (^{1}). Dos cadenas atraían por su parachoques delantero al «Corsair» que quedó dentro del «van». Yo

estaba camuflado, espionando, a un centenar de metros. El «van» se fue. No vi a nadie. No tenía cartelones. Era un «MC» y maldije el día en que empené mis prismáticos. No seguí al «MC».

—Abstención extraña en ti, que no eres ningún cobarde y naciste más que fisgón, comadre y curioso.

—Pero sin vocación de héroe. Para mí, y entre nosotros, que maten a un policía o que se caiga un albañil del andamio, es lo mismo. Riesgos del oficio.

—¿Cuántos «MC» tenemos, Tony?

—Tres...

Sterling Ambros alzó un dedo:

—Permiso, caballeros. No, no pregunto por el excusado. Quiero especificar que si por un solo instante, más o menos largo, pienso yo que en la veloz desaparición de Duncan había la más leve impronta de tu pulgar, no te estaría hablando cara a cara, Spada. Te hubiese mandado una nota, pidiéndote cien mil dólares, a cambio de mi mudez. Jugándome el físico, pero a distancia. No aquí dentro. Soy valiente, pero no temerario.

—Habrá quien pueda pretextar que yo tenía un motivo para acabar con Duncan.

—Lo habrá, lo habrá —afirmó el pelirrojo—. Podrían decir que Duncan sabía que ha vuelto Bianca... Podrían decir que Duncan cortejaba a Laura...

Tony Amalfi alargó una mano engarfiada. Ambros ladeó la cabeza, apartando el busto, mirándole con repentino guiño. Spada dijo secamente:

—Ven acá, Tony. Aléjate del milanés. ¿No ves que es un hombre de negocios? Dime, detective de mis entretelas, ¿sabía Duncan que Bianca regresó?

—Me dijo que pensaba ir al «Peach». Esta noche debuta una atracción nueva: Silvana.

—Por mí que se pudra la tal Silvana. Lo que tú tienes que aclararme es dónde encajo yo con Duncan muerto y Fausta secuestrada.

—Somos bastantes en saber que tienes un capricho platónico o trepidante por Fausta. Tienes en propiedad varias copias de fragmentos de películas tuyas. Yo soy inteligente, ¿de acuerdo todos? Pero imagínate unos cuantos jumentos convencidos de que son geniales y solo son policías. Casi los oigo comentar, mientras se afeitan: «Fausta desaparece. Duncan no aparece. Fausta es la obsesión particular de Spada. Duncan empieza a ser la obsesión familiar de Spada». Los jumentos se cortan el cutis al exclamar: «¡Eureka! Tengo ya los motivos, voy a por las pruebas».

—Te voy a hacer caso, Sterling. Yo haré mis indagaciones y haz tú las tuyas. Dame una pista que me entregue al que mató a Duncan y te has ganado veinticinco mil.

—Soy testigo de que te pedí cincuenta. No me partas por la mitad.

—No te hagas el gato y no me tomes por un canario. Te diste cuenta de que has de vértelas con una organización. El secuestro de Fausta y la muerte de Duncan, son obra de la misma organización. Vieron que Duncan andaba tras una pista de Fausta, bastante aproximada, y se lo cargaron. Tú, a solas, no puedes contra ellos. Viniste para que te ayude, ayudándome. Veinticinco papiros cuando me des el hilo que me lleve al asesino de Duncan. Los otros veinticinco cuando des con la pista del sitio en que está Fausta.

—Por este dato mañana darán ya primas por un total de 200 mil.

—Dame el dato primero a mí. Cobras mis veinticinco. Yo no hago uso directo de tu dato. Vas y cobras los doscientos de primas, y yo quiero estar presente en la operación de liberar a Fausta. Es mi capricho. ¿Conformes?

—Soy tu asalariado acreedor.

—Tendrás ya algún barrunto, pálpito o corazonada.

—Entre barruntos, palpitaciones y latidos, se murió mi abuelo.

—¿Qué le pasó, pues?

—Naufragó con un amigo y nadaron hacia una isla. Mi abuelo afirmó que tenía el pálpito de que el caimán que estaba en la playa, si bien gordo, estaba muerto. Su amigo se quedó un poco atrás. Y mi abuelo murió. Le falló el pálpito. Se dio cuenta en la barriga del saurio.

—Recuérdame que me ría luego, Tony. ¿Quieres algún anticipo, milanés?

—Yo me fío de ti. Tu palabra es oro de cincuenta quilates.

—Comunícame, a la hora que sea, cualquier indicio.

—Descuida.

—No te descuides tú. Si retrasas algunos minutos tus informes, pensaría que no eres un fiel y honesto asalariado. Buenas noches. Tony te cerrará la puerta de fuera. Con buenos modales, Tony. El pelirrojo ya forma parte de la nómina.

Al abrir la tercera puerta, dando a la alameda, dijo Amalfi:

—No pegues un resbalón. Te partirías el cogote.

—Soy jabonoso, pero llevo zapatos y así no me patinan las plantas de los pies.

—No te vayas a morir antes de haber cobrado los cincuenta papiros.

Al regresar Amalfi, escuchó atentamente:

—Contigo no ando con tiquismiquis. Me mandaron un anónimo, notificándome que la tal Silvana es Bianca. Mi trato con ella, ya lo conoces. Si la vuelvo a ver, no sé si besaría su cuello o la estrangularía. Me tenía muy preso en las redes carnales, Tonio, porque posee una carnalidad impresionante. Es una mujer muy mujer.

—Lo que es, es una tipa que merece escarmiento.

—Yo no se lo di. ¿Quién eres tú para dárselo? A veces me das la

impresión de que te sientes capaz de iniciativas. Te las tragas. Vas a ver a la tal Silvana, sin testigos. Te apañas para lograrlo. Y le dices que yo le doy cuarenta y ocho horas para salir de estampía. Y que si le parezco blanducho, es porque tengo una hija ya mayorcita. Que seguiré pagándole la pensión, como si nada.

—La contrató Janis.

—Cuando empezó a tener accidentes, Nat. Si Dino, o Janis te piden una respuesta a lo de Nat, todavía no sabes nada.

La diestra de Spada se apoyó un instante en el hombro de su lugarteniente.

—Luke lleva conmigo quince años. Tú, apenas nueve. Y ya ves... No envió a Luke a entrevistarse con la tal Silvana y esto que ella se las trae. Intentará apiadarte y hacerte creer que es una infeliz.

—¿Es tonta? ¿O soy tonto yo?

—A lo mejor, te enteras por qué la trajo Janis, aunque me lo imagino. Y como despedida, hazle su epitafio. A partir de esta medianoche, en la hora cuarenta y nueve, que empiece a rezar si se acuerda. Nada más, Tonio.

Tony Amalfi se dirigía a la puerta y se detuvo al preguntar Spada:

—¿Cuánto llevas encima?

—Siete de cien.

—De mi caja saca mil. Los gastas en flores rojas para Janis, y el resto, champaña del bueno para la tal Silvana. Tendrás que llevarla a un palco.

Mientras Amalfi cogía el dinero, añadió Spada:

—Es posible que Janis pretendiera que la tal Silvana le produjese a Laura algo así como pena, como si yo fuese un ogro...

—Hay una cosa que conviene que sepas, Rocky. El corazón de Laura es pan de tahona, de primera. Todo tuyo. Me consta.

Rocky Spada replicó secamente:

—A veces me das la impresión de que crees que soy cegato. Anda, déjate de tonterías. Vete a lo tuyo.

CAPITULO VI

Sobre el telón azul y en la cornisa del escenario, la pizarra luminosa indicó el nombre de la próxima artista y el título de su canción o baile:

ANTONELA

«Mio cuore sema amore»

El local tenía un doble anfiteatro de palcos y la platea alineaba veinte hileras de sillas, en cuyo respaldo, una estrecha y honda bandeja engarzaba las consumiciones que el espectador debía renovar y pagar a cada hora.

Las artistas efectuaban tres turnos de aparición, a cuyo término, las hileras de sillas eran desocupadas. Un sistema de plataforma descendente hacía desaparecer las sillas, y otra plataforma, deslizante, cubría la oquedad, convirtiendo la planta baja en pista de baile.

La orquesta, situada al fondo del escenario, tras cortinajes, preludió una melodía. El telón azul fue abriendo sus dos divisiones.

Antonela apareció, caminando con menudos pasitos. Vestía de colegiala, con impermeable transparente, capucha y botas. Se retorció una trenza con supuesta timidez.

Su incitante gazmoñería suscitó calurosos comentarios de los habituales y supuestos graciosos.

En el despacho de gerencia, Janis Reynolds emboquilló un cigarrillo y Dino Lambert, gerente del «Peach», ofreció la llamita de su encendedor. En una esquina, Guido Evans, sentado, se contemplaba las punteras de sus lustrosos mocasines.

Grueso y de aspecto monacal, el calvo napolitano era uno de los sólidos puntales del complejo industrial dirigido por Janis Reynolds.

Llamaron a la puerta y una camarera, vestida a usanza de las campesinas napolitanas de folklore, presentó un inmenso ramo de claveles rojos a Janis Reynolds, que señaló la mesa, cogiendo la tarjeta. Leyó:

«Saludos,

«Rocky».

—¿Quién te entregó esto, Lucía?

—Un cliente nuevo. Joven y apuesto —rió la camarera—. Se parece enormemente a Vittorio Gassman. Me dio también una tarjeta para Silvana.

Y entregó la cartulina, que tenía escrito:

«Champaña en el palco ocho.

«Rocky».

—Vuelve a la sala, Lucía, y si el joven apuesto te pregunta, le dices que ya entregaste el ramo y las dos tarjetas.

La oxigenada propietaria, comentó:

—Rocky ha enviado a su favorito: Tony Amalfi.

Se levantó Guido Evans, más sombrío que nunca.

—No quiero el menor incidente, muchachito —silabeó ella.

—Es una espina que tengo clavada hace tiempo, Giana.

—Te la extirparás cuando sea el momento oportuno. Todavía no. Usted, Dino, me responde del impetuoso muchachito.

Janis Reynolds pasó al camerino individual donde la nueva atracción del local iba revistiendo las diversas prendas para su tercera y última actuación de la noche.

Pasó tras el biombo al entrar la patrona.

—Ya te he expuesto, Bianca, que si permanezco constantemente en el despacho, es porque te considero una pieza importante en determinada operación comercial que no acaba de resolverse, entre Spada y yo. Te he garantizado que no tienes nada que temer. Rocky ha madurado y no es un imprudente siciliano, sino un industrial yanqui que todo lo supedita a dos columnas: «Debe» y «Haber».

Bianca Spada tenía una voz pastosa, de ricos matices graves de contralto.

—Vine porque tu oferta era excelente, Gianna. Pero, en mi pacto con Rocco, juré no volver nunca a los Estados Unidos. No es que yo sea melindrosa y asustadiza, pero tampoco voy a ocultarte que tengo cierto temor.

—Por una semana, has cobrado casi lo que le pagan a la Marlene para actuar en Las Vegas. Y aquí, tienes asegurada la protección. En el palco ocho hay un caballero... Bien, es un modo de hablar... Te invita a champaña y le escucharás complaciente.

Por encima del borde del biombo, asomaba la espléndida mata ondulada y negrísima de la esposa de Spada. Un peinado anticuado, pero que ella sabía era un atractivo más de su imponente personalidad. Preguntó:

—¿Quién es el invitante rumboso?

—Tony Amalfi.

—¡Tonio! —exclamó ella, luchando con una cremallera—. El

incorruptible y bronco. Casi le temo más que a Rocco.

—Te considero bastante experta para saber tratar a cualquier hombre, sea un diplomático sesentón o un muchacho bronco. De todos modos, Evans rondará por si lo necesitas, que lo dudo. Tony ha venido simplemente en misión de mensajero.

En el palco ocho, Amalfi sacudió la cabeza, casi apenado, mientras finalizaba su «show» una rubia veneciana que, resultaba evidente, no hacía mucho que había abandonado su aldea natal.

—¿Trajiste la vaca contigo, Tina? —quiso saber un espectador.

La rubia y opulenta Tina, parapetándose torpemente con un abanico y una cestita, rió contenta, agradeciendo con hondas reverencias los aplausos, que se hicieron clamor, al olvidar ella que debía retirarse de frente y no de espaldas.

El telón cayó y el letrero luminoso anunció el último número:

SILVANA
«Sortileggio dal nero»

La orquesta interpreto unos compases lánguidos, desconocidos para muchos espectadores. Otros recordaron la música de la película «Gilda».

El telón se entreabrió en su centro, no a causa del mecanismo, sino porque una mano femenina, enguantada de negro, onduló invitante. El guante llegaba hasta el codo. Apareció la blancura del resto del brazo y de un hombro. El telón se abrió por completo.

Silvana era una prodigiosa estatua, dotada de gran calidad. Esbelta y de blanquísima piel, su estrecho talle ponía de relieve el ánfora de sus caderas y la plenitud del busto.

Por paradoja, era el semblante lo que primeramente atraía la atención. De anchos ojos luminosos, intensamente verdes, el óvalo facial, lechoso, emanaba una honda, natural y primitiva sensualidad.

El vestido de noche, de negro terciopelo, moldeaba la maravillosa anatomía. Un guante cayó. Ella cantaba con perfecta entonación y ritmo. El profundo silencio era la mejor prueba de su dominio.

Otro guante cayó y Silvana se colocó lentamente de perfil. La larga falda tenía una hendidura lateral, desde el talle al tacón. La gasa gris humo y su tensador, pasaron a ser los nuevos imanes. Cada evolución de aquella sabia combinación de blanco y negruras, tenía la cadencia de un rito pagano.

Tony Amalfi se reprochaba mentalmente no poder apartar su mirada. Los verdes ojos de Silvana destellaban a instantes, fulgurando hacia el ocupante del palco número ocho.

Una cremallera se dilató al ceder el botón de presión reteniéndola. El negro vestido cayó, sustituido por encajes. Las manos ahuecaron el largo y

denso cabello alzándolo en la nuca.

Un fornido camionero masculló extasiado:

—*Bombeita, tu ser la dulce mortel*

Silvana parecía una moderna versión para sibaritas de la Venus surgiendo de las espumas. Negras espumas aureolando sus zapatos y tobillos. Recogió los dos guantes que se convirtieron en un simulacro de bikini.

Los frenéticos aplausos, silbidos, piropos de todos calibres e imitaciones de mugidos, los acogió ella con grave serenidad y simples asentimientos. No era una aldeana agradecida, sino una emperadora condescendiente con sus siervos.

Tras el telón cerrado, iba a dirigirse al camerino para vestirse normalmente. Sonrió tenuemente, tendiendo los guantes a un tramoyista. Había cambiado de idea. Se vistió la «ropa de artista», recogiendo prenda por prenda del tapizado.

Por una escalera lateral subió al anfiteatro superior y entró en el palco ocho. Se aproximó lentamente hacia el extremo de la banquetta sofá ocupada por Amalfi.

El señaló hoscamente, con el índice, el otro sofá, enfrente. Entre ellos, había una mesita redonda y baja. Sobre ella el cubo con el frasco de dorado capuchón y dos copas. En los cilíndricos engarces laterales, sobresalían siete capuchones dorados.

—Has cambiado poco, Tonio. Más perfilado y con menos juventud en los ojos.

—Tú más gruesa y más vieja.

Rió ella incontinentemente, disimulando cierta emoción.

—Rocco te paga el descorche hasta ochocientos pavos. Aquí tienes ocho frascos. A este precio, en los palcos altos solo entrarán repulsivos viejos babosos. Has progresado mucho. ¿Tienes hora?

—Mis trapitos de tablado no incluyen reloj.

—Yo te doy la hora. Son las cero y veintidós, y antes de las cero y veintidós de pasado mañana, habrás ahuecado el ala. La hija de Rocky ha crecido y esto influye en que él sea magnánimo. Tú le importas un pepino, pero te largas. Apenas estés de vuelta donde nunca debiste salir, seguirás cobrando tu mensualidad.

Terminó ella de descorchar y vertió en las dos copas, tendiendo una. El denegó con la cabeza.

—A ti no te hice ningún daño, Tonio. ¿Por qué me tienes mala voluntad?

—Una mujer de tu calaña, lo menos que podría tener es lealtad al dinero. La mensualidad que recibes es generosa.

Apuró ella las dos copas, una tras otra. Volvió a escanciar.

—Descubrí mis dotes de cantante...

Emitió Amalfi una doble sílaba en imitación de carcajada.

—¿Te hago gracia, Tonio? Actué en un nocturno de Roma, y me ofrecieron un buen contrato aquí. Le dices a Rocco que firmé por una semana y si no la cumplo debería pagar una crecida indemnización.

—Peor sería que pillases una «broncoplomonía» a partir de la tercera noche.

—No hay corrientes de aire en el escenario.

—Cuando un pelirrojo detective demostró que tú eras una zorra, Rocco tenía derecho a colocarte una lápida, porque eras su propiedad ante la Ley. Y dijo algo que me apunté, a mis efectos. «El hombre que convierte en esposa a una mujer sin moralidad, no debe luego quejarse. Si fue por amor, era un imbécil. Si fue por capricho, peor todavía».

Descorchó ella otro frasco. Añadió Amalfi:

—Aunque no la podrías leer, te sentaría como un tiro, la lápida que dijese: «Bianca, alias Silvana. No pudo descubrir sus talentos a la tercera noche».

—Como dijiste antes, Tonio, he crecido en edad y curvas. Ya no me asusta Rocco... No te vayas, por favor.

Volvió él a sentarse. Ella descruzó las piernas y avanzó el rostro.

—Ya cumpliste lo que te encargó Rocco. Tengo derecho a exponerte mis razones y que las sepa Rocco. Me considero totalmente libre.

En la pista, iluminada por un foco giratorio de diversos colores muy atenuados, varias parejas procedentes de los palcos, evolucionaban.

A un lado de la pista, una rubia, de rostro pintado exageradamente y de grácil cuerpo ceñido en blanco tejido con negras flores estampadas, sopló hacia arriba, apartándose el rebelde mechón.

Iba mirando hacia todos sitios, como buscando a alguien.

—No quiero la mensualidad de Rocco... ¿Por qué no me miras, Tonio? Me halagaría suponer que, como hombre, me tienes miedo.

—Me gustan las mujeres, pero tú solamente me inspiras un vehemente deseo: leer tu lápida.

Se inclinó ella un poco más, susurrando:

—Di la verdad. Hace ya tiempo, pero siempre lo recordé. Tenías miedo de mirarme, para que no pudiera adivinar el deseo brillando en tus ojos. Una mujer en esto no se equivoca nunca. Yo entonces era propiedad de Rocco, como dices. Ya no.

Amalfi no escuchaba. Fruncido el entrecejo, examinaba a la rubia aparatosa, que a un lado de la pista, denegaba las sucesivas invitaciones de índices giratorios. Parecía muy interesada en el palco ocho.

Amalfi se puso en pie:

—Hay un asunto pendiente que casi olvidaba. Espera.

Al salir, vio a Guido Evans a un extremo del pasillo. Empleó la otra escalera. Estaba en misión diplomática.

Pasó ante el escenario donde la orquesta atacaba un «twist». Tocó en el hombro a un individuo de ancha chaqueta a cuadros que bloqueaba a la detonante rubia con sus dos brazos extendidos, apoyadas las manos en el reborde de un palco.

—Permiso —dijo Amalfi.

El interpelado presentó un perfil achatado y replicó:

—Escampa.

Laura Spada rió nerviosamente, diciendo:

—No sea majadero, hombre. Es mi marido.

—¡Cielos, su marido! —exclamó el napolitano. Y, apartándose, empleó un tono confidencial, alcoholizado el aliento—: No la dejes ni un minuto sola, compañero. Es un peligro esta monada.

Se alejó con leve tambaleo. Amalfi tendió los dos brazos, apoyó las manos en el reborde del palco y dijo:

—Colocado así, no puedo hincharte un ojo. Con tanta pintura pareces lo que no eres.

—Anda, pues... Si no me doy varias manos en la fachada, ¿cómo diablos entro aquí? En la puerta hay un cartel: «No apto para menores». Sí, claro que sí, que escuché en el despacho de las grabadoras. Rocky se olvidó de quitar el contacto cuando se quedó a solas contigo. Fui a disfrazarme de mujer de mala vida, que debe ser de rechupete, cogí un taxi y entré al asalto. Y tú no me echas. No he venido a participar en orgías romanas, sino a cantarles las cuarenta y el arrastre a Bianca. Y ya que estamos los dos, vamos allá.

Tony Amalfi apartó un brazo y se pellizcó el labio inferior.

—Medita hasta la extenuación, Tony. Me citaron y quiero que Bianca me oiga.

Amalfi apartó el otro brazo:

—Adelante, pero que conste que se lo cuento todo a Rocky.

—Chivato —sonrió ella, y moviendo el torso al ritmo del «twist», avanzó por entre varias parejas, yendo hacia la escalera.

En el palco, Bianca Spada fingió beber al entrar Laura, que fue a sentarse, frente a su madrastra. Amalfi permaneció en pie, adosándose a la cerrada puerta.

—Salve, Silvana, diosa barata de la voluptuosidad del año de la nana. Y me salió verso. Vi tu cimbreo por las tablas y era un grotesco atentado al pudor. ¿Me conoces? No contestes, sin pensarlo mucho, o te estampo un taconazo en la cresta. ¿Es champaña de verdad, Tony, o es agua con limón y bicarbonato?

—Champaña.

Bianca Spada escanció en la otra copa. Mientras Laura bebía con íntima desazón, dijo:

—Eras muy niña cuando me fui, Lauretta. Sigues siendo una niña, pese

a los tiznajos de tu carita.

—Lo que nos faltaba. Ahora se pone mimosa. Yo no soy un varón sensible y embelesado, sino una mujer. No tan apabullante como tú, pero con la mala uva necesaria llegado el momento, que llegó. ¿Por qué me mandaste un papelito citándome?

Amalfi, aproximándose, alisó una cuartilla sobre el sofá, al lado de Bianca, que leyó y dejó caer el papel.

—Yo no te escribí esto. Tu padre se enfurecerá cuando sepa que viniste a verme, Lauretta. Pero dile que tú no tienes nada que ver en lo nuestro. Dile que no puedo irme.

Laura miró a Amalfi, que expuso:

—Está contratada por una semana y pagaría indemnización si no cumpliera los siete días, dice ella.

Se abrió la puerta y entró Janis Reynolds. Desde fuera cerró Evans.

—Ya estamos todas —comentó Laura—. Vamos a bailar el «cha-cha-cha». ¿Esta dama quién es, Tony?

—Soy Janis Reynolds y fui muy amiga de tu padre, niña.

Amalfi recogió la cuartilla y la presentó a la recién llegada.

Fingió ella leerla por vez primera y arqueó las cejas.

—¿Tú enviaste esto, Bianca?

—No.

—Este anónimo no procede de aquí —mintió Janis—. Déjanos, Bianca. Quiero hablarle a solas a Laura.

Bianca Spada se levantó y al pasar junto a Amalfi, dijo:

—Tengo que hablarte. No te vayas sin verme.

Amalfi cerró la puerta y se adosó en ella. Comentó Janis:

—Este no es sitio para ti, Laura.

—Vine para que sepa la persona que me mandó este papelucho, que si a mi padre le pasa algo, yo poseo una cinta grabada con cuanto le dijo usted. ¡Tome del frasco, sabihonda!

Intervino Amalfi:

—Conviene aclarar este punto, Janis. Rocky no tiene la menor idea de que la chiquilla se dedique a sacar duplicados de grabaciones. Yo me ocuparé de eliminar este duplicado.

—Ya, ya... Lo que pasa es que el duplicado lo he escondido tan bien, que ya no sé si lo encontraré yo misma, si es que lo necesito, que creo que no, porque esta dama ya tiene los suficientes años para no hacer la parvulilla.

—No le haga usted caso, Janis. Es pura polvorilla, pero ya la meterá en cintura Rocky.

—Así lo espero. ¿Te dio la respuesta para Nat?

—Mañana.

—Bianca quiere hablarte, Tony. Mientras le diré algo a esta...

muchachita.

—Dígaselo ya, Janis. Es la hija de mi patrón, ¿o no se dio cuenta aún?

—Ten la cortesía de atender a mi ruego, Tony. Vete.

—Hombre, por una vez no te hará pupa el ser galante,
Tony —sonrió Laura, nerviosamente.

—Nos vamos, Laura. Andando.

—Lo que me pueda decir esta dama, serán capulladas y me las sé: No seas ingenuo, Tony. Yo lo paso bárbaro.

—Tiene temple la chica —sonrió Janis—. Las he conocido parecidas y a la hora de la verdad, se asustaban mucho. Yo no quisiera asustarte, Laura Spada.

—Tan fea no es.

—¿Vienes o te llevo en andas a la cuna? —gruñó Amalfi.

—Mira que eres pelmazo... La temible Janis quiere echar venenito. Déjala. Estoy vacunada.

—Ojalá te sirva de escarmiento —y salió Amalfi. Dejó la puerta entornada, y procuró evitar fijarse en Guido Evans.

Janis Reynolds habló suavemente:

—Tu padre ya no es un hombre acorazado a toda prueba. Tiene un punto débil, que eres tú. Pretende ser el César de los transportes y es una vanidad absurda y peligrosa. Si persiste en ella, si persiste en exigir que Nat Orland se vaya de la ciudad, llorará lágrimas de sangre.

—Sólo lloró al nacer.

—¿Qué sabes tú, mocosa?

—Lo que sé es que se va a pegar usted el gran morrón, abuela.

—Lástima de palizas que no te dieron, niña consentida. Si yo tuviera una hija como tú...

—Yo me convertiría en matricida.

—Deseo que Rocky no cometa un error. Lo lamentaríais los dos. Ya puedes irte.

—Yo estoy la mar de bien aquí. Es un local público y mi padre pagó el champaña.

—Te pasas de rosca —anunció Amalfi entrando.

Dirigiéndose a la puerta, dijo Janis:

—Llévatela cuando puedas, Tony. No hay prisa... Hasta dentro de unas veinte horas, todos tan amigos. Si la mocosa mal educada sigue bebiendo, se achispará.

—Cuando quiera lecciones de empinar el codo con talento, ya la contrataré, abuela.

Palmoteo Laura la banqueta a su lado:

—Siéntate, gran hombre. He cumplido los dieciocho y soy mayor de edad a los efectos pertinentes. Este palco debe ser lo que llaman un antro pecaminoso, pero siempre se exagera. Si te he estropeado un buen plan

con la tal Silvana...

El bofetón de revés restalló sin mucha fuerza en la mejilla femenina.

—Una cosa es bromear y otra muy distinta, ofenderme. La tal Silvana, mal nos pese, sigue llevando el apellido de tu padre.

Laura Spada se absorbió el labio superior. Amalfi, molesto, añadió:

—Se me fue la mano. Ya que no quieres irte, voy a telefonarle a Rocky.

Se levantó ella presurosa:

—Vámonos pitando. ¿Voy a proa o te agarro del brazo?

—Vas delante. Y recto al «Chrysler».

La acompañó hasta el coche y regresó, yendo hacia el pasillo lateral en dirección al despacho de gerencia. Le interceptó el paso Guido Evans. Se miraron en silencio y cabeceó Amalfi en lento giro de cuello.

A su espalda, Dino Lambert habló untuosamente:

—¿Busca usted a alguien, señor Amalfi?

—A Janis, señor Lambert.

—Sígame, se lo ruego.

En el despacho, arrancó Janis un clavel del ramo. Lo prendió en el ojal de la solapa de Amalfi.

—Dáselo a Rocky de mi parte. Lo que vas a decirme, ¿vale la pena? ¿Solucionará algo?

—Si Nat se ausenta solamente un par de semanas, no perjudica en nada el negocio. Dele tiempo al tiempo, Janis. Conste que hablo por mi cuenta.

—Tú tienes sentido común. Rocky no lo tendrá. No te agraviaré ofreciéndote el doble de lo que te paga Rocky.

—Gracias. Me gusta el dinero limpio, no la plata de Judas.

—Le eres demasiado fiel a Rocky. Lo lamentaré, porque no abundan los hombres leales como tú. Rocky debería comprender que los tiempos actuales son distintos a los que vivió a su llegada. Lo que pueda sucederle a Laura... ¿Qué quieres decirme?

—Iba a decirle que busque otro medio. Lamentaría tener que emplear con usted métodos de Chicago año treinta. Pero no se lo diré, salvo que usted me obligue.

Le acarició ella la mejilla:

—Con veinte años menos, creo que te habría elegido como único hombre capaz de mandar en mí, Tonio. Pero en estos negocios actuales, no se mata de cara. Se hiere con maldad y si tengo que herir, lo haré de modo que nadie lo relacione conmigo, ni con mi personal. Nat no se irá, porque así lo he decidido yo.

—Y entre el orgullo de usted y la soberbia de Rocky, van a emparedar... a medio mundo. No dije nada. Buenas noches, Janis.

En el «Chrysler», Laura Spada acabó de limpiarse el rostro con el pañuelo embebido en colonia.

—El «rímel» se queda porque pica. Si le explicas a mi padre... se preocupará. No creas que me importa que me atice una felpa. Es por él mismo. Y no quise complicar nada, sino ver de arreglarlo, y como soy un problema he dado con la solución.

—¿Cuál es?

—Llévame al aeropuerto. Me mandáis ropita y moneda cuando recibáis mi cable. Volveré cuando todo esté solucionado.

—La intención es buena, pero el que decide es Rocky.

Rocky Spada contempló con melancolía a su hija que sonrió asustada.

—Mira, yo...

—Primero que hable él.

—Le di el encargo a Silvana y dice que tiene un contrato por siete noches. Esta flor te la da Janis. Tengo sueño, Rocky.

—Yo también. Te quedas. Te explicas, Laura.

—Pues yo... recibí este mensaje por la tarde y para no preocuparte, le hice jurar a Tony que no te diría nada.

Leyó Spada la cuartilla y la guardó en un cajón.

—¿Te paga ella o yo, Tony? Sigue, Laura.

—Cuando entró Ambros yo estaba en la sala adjunta al despacho de Jack. Y fui oyendo todo. Me puse nerviosa y fui al «Peach». Tony quiso echarme, pero intervino la dueña del local.

—Vete a la cama.

—Escucha, yo quisiera que no me mirases así... Prefiero que me des una tunda, pero... ¡Yo lo hice con la mejor intención!

—No lo pongo en duda. Anda, vete.

Avanzó ella hasta el sillón giratorio y besó en la barbilla al que permaneció erguido. Se fue. Pasaron unos minutos. Habló Spada cansinamente:

—Ella se veía con Duncan y yo sin enterarme. Ella te hizo jurar que no me dirías nada y te callaste. ¿Qué hago contigo? Contesta.

—Tú mandas.

—Lo olvidaste. Envía a buscar tus trastos y donde digas te remitiré el importe de tus pagas por despido. No es arrechucho. Es en firme.

—Por consiguiente a partir de ahora quedo libre de todo compromiso contigo.

—Así es. ¿Te supones víctima de una injusticia mía?

—No, en absoluto. Ya no eres mi patrón, porque es tu derecho decidirlo. Laura quiere pasar una temporada fuera, mientras se soluciona el conflicto.

—¿Qué más?

—Me alojaré en el «Rex». Si algo se te ofrece, por mí...

—Procuraré que mis asuntos sigan su marcha sin ti. Largo. Fuera.

—Eh, eh, cuidado... A mí no me echas tú ni cinco como tú, con malos

modales. No soy un esclavo negro que te robó en la despensa.

Rocky Spada se puso lentamente en pie.

—Tienes razón. No robaste en la cocina. Hiciste algo peor... Te di mi plena confianza y en un asunto en que anda mezclada mi hija, te callas. Buenas noches, Amalfi.

Sin contestar, Amalfi se dirigió a la puerta. Y abandonó la casa en que había vivido ocho años.

A solas, sentándose, Rocky Spada cruzó los antebrazos sobre la mesa y reclinó en ellos la frente. Permaneció así un largo instante. Al levantarse, parecía haber envejecido súbitamente.

CAPITULO VII

Sterling Ambros bebía a lentos sorbos su tercer café, leyendo la Prensa de la mañana. Apartó la vista y al mirar al que se sentaba ante él, en la esquina del restaurante, guiñó un párpado.

Tony Amalfi colocó la bandejita-eléctrica en la mesa, comentando:

—«Sírvasse usted mismo» es un gran hallazgo. Se acabaron los criados.

—No te hacía cliente.

—Debuto hoy. Me hospedo al lado, en el «Rex».

Ambros contempló al que mojaba pan en la yema de los huevos fritos.

—¿Leíste la prensa, Tony?

—Todavía no. Avísame cuando traiga tu esquila.

Ambros siguió leyendo. Cuando terminaba con el último pedazo de tocino frito, cogió Amalfi el vaso de jugo de naranja.

—Haces bien. El jugo ácido ha de caer sobre algo sólido, no directo al buche. Voy a por otro café. ¿Quieres?

—Desde hoy me sirvo solo y a mí mismo.

Al regresar de los extensos mostradores de servicio automático, añadió Ambros el *ticket* al montoncito. Sorbió café, mirando por encima del reborde de la taza, al que echaba «corn flakes» en el tazón de leche.

—¿Pediste un nuevo decorado en tu alcoba, Tony?

—¿Por qué?

—Mientras pintan las paredes... Oye, he pensado un negocio que si me dejan patentarlo, me hago millonario. Goma espuma, esponjosita y acariciante. Se recorta en siluetas, tamaño natural. Plantificas encima una ampliación ídem de la artista que elijas. Yo escojo a Claudia Cardinale. ¿Y tú?

—Silvana... Mangano.

—Ya que estamos en confidencias, ¿te molesta decirme si pintan tu dormitorio allá en casa Spada?

—Anochecí esclavo, amanecí liberto.

—¿No?

—Sí. Me liquidó Rocky la cuenta.

—Vaya, vaya... Llevabas tiempo con Spada.

—Casi ocho tacos de calendario. La flor de mi juventud.

—Encontrarás empleo rápido.

—Es posible. Yo estuve siempre cortado en mis iniciativas, porque no quería tomarlas, para evitar comprometer al patrón. Ahora, otro gallo canta. Estoy pensando en hacerte la competencia. Sí, a ti. ¿Cuánto suma lo que dan por Fausta?

—Ciento ochenta papiros.

—Con este dinero monto yo una fábrica de tapizados goma-espuma «Sírvase usted mismo». Voy a por los ciento ochenta, para entretener mis ocios.

—¿Compraste un pico y una pala? Para ir abriendo hoyos por la sexta colina Forrest en un perímetro de varias millas.

—Yo solo excavaré si me nombras tu albacea enterrador.

—Te pones tétrico para ocultar el cariño que me tienes. Si no excavas, no darás con Fausta.

—Te empeñas en que está bajo tierra.

—Tiene que estarlo. Donde esconden el «van» y los fiambres de Edwin Keller y Trevor Duncan.

—Anoche dijiste que Duncan salió de casa de las Dolfin y le balearon. Vete a casa de las Dolfin, y si cuando sales, te balean, ya tengo la primera pista. Gastaré noventa papiros en crisantemos y dalias sobre tu tumba yerta y fría.

—Tu afectuosa lógica es asombrosa. Las Dolfin son de una casta que no tratamos: señoras.

—No es señora la que insulta a nuestra raza, milanés. Mal me pese somos de la misma casta. La Mabel Dolfin dijo perrerías de los «macaroni».

—Sí, pero yo soy un «tallarini» impermeable. ¿O es que tú crees que la madre del cordero es Mabel, porque Duncan palmó saliendo de visitarla?

—Ella no será el número uno, pero puede ser cómplice. Según tú, le quieren endilgar a Rocky el secuestro y la muerte. Entonces, encajan las declaraciones de Mabel atrayendo los puntos de mira sobre los «spaguetti».

—Me siento paternal contigo, novato. Si las Dolfin tuvieran nada que ver con el rapto de Fausta «tutti-fruti», la casa estaría invadida de sabuesos, no de dogos.

—Yo no soy un cerebro privilegiado como tú. Pero todo el misterio se resuelve con una pregunta.

—Me tienes pendiente de tu labio mágico.

Recogiendo los *tickets*, fueron a abonar a la caja, y salieron.

—Necesito cuatro ruedas, Milán. Recomiéndame al menos ladrón de los que revenden cacharros.

—Te llevo en mi carroza.

En el «Nash», conduciendo, expuso Ambros:

—Junto a la cantina de los camioneros de la dieciséis, en el solar con la pancarta del Honesto Jim, no regatees con Jim porque el medio honesto es

Joe. Fortingo garantizado por tres meses. Te lo cambian por otro a la primera avería seria. ¿Cuál es la pregunta mágica?

—Es de sentido común. Haces una lista de los enemigos de Rocky, ya que según tu teoría, quieren hundirle sin tocarle. Hundirle indirectamente. De la lista borras a los ineptos y a los escasos de organización.

—La idea es muy potable.

Una hora después, Tony Amalfi al volante de un «Pontiac», estacionó ante el «Rex». En su casilla encontró una nota:

«Te espero en el bar,

«*Jack Driscob*».

En el bar, el consejero legal de la empresa «Flighter», ostentaba una expresión preocupada. Al sentarse Amalfi, le dijo:

—Supe por Luke que te alojabas aquí. Spada me soltó una filípica a propósito de mí supuesta incapacidad. Según él, si en mi ausencia alguien entra en la sala de grabadoras, yo soy el responsable. Pero como el acceso es libre para las personas de la casa, lo arguyo como eximente de mi responsabilidad. Vengo a consultarte.

—¿Tú a mí?

—Deseo saber el motivo de tu cese en la empresa.

—Una responsabilidad sin eximente. Un papel que llegó a manos de Laura, y cuyo contenido no le repetí a Rocky.

—En este caso, no querrás ayudarme.

—Depende.

—Tenemos que convencer a Spada de que no pueden emplearse hoy sistemas periclitados y en desuso. Tú conmigo, quizá le convenceremos.

—Si él me llama, voy. Pero por mi pie, no voy.

—Me lo suponía. Todos vosotros tenéis un orgullo que os perjudica. Bien, voy al caso. Spada decreta la expulsión de Orland. En caso de incumplimiento supone pena de muerte. Si Spada lleva a efecto su amenaza, irá a presidio. Hoy no se compran policías y jueces.

—Rocky tratará de darle su merecido a quién sea, sin dejar rastro.

—No es el método lo que me preocupa, sino la tácita aprobación.

—Olvida que eres universitario, Jack, y habla más claro.

—Orland no se irá, porque lo respalda Janis, y es ya una cuestión de puntillo, amor propio y orgullo entre Spada y Janis. Si yo sigo siendo el consejero legal de Spada, incurro en encubrimiento, si muere Orland. Los accidentes en los camiones de Orland-Janis y los despidos del personal atemorizado, pueden calificarse como ardides comerciales. Ahora bien, una muerte violenta, tiene otro cariz. Resumiendo: o Spada abandona su actitud intolerante o yo le presento mi renuncia.

—Cuéntaselo a él. No a mí. Yo no soy tu patrón.

—Quise que no interpretases como cobardía moral abandonar a Spada, estando tú despedido.

—Cuando ascendiste a secretario de Rocky, dejaste bien sentado que nunca aprobarías un ardid comercial que supusiera un cadáver entre el personal de la competencia. Ni te rajas ni desertas.

—Puesto en claro este aspecto, le presentaré a Spada mi posición: o renuncia a suprimir a Orland, o renuncio yo a mi empleo.

—Puedes sugerirle otra componenda. Rocky no quiere que nadie piense que perdió agallas. Ya tuvo ofertas de consorcios, comprándole a buen precio su negocio. Que venda y queda intacto su amor propio.

Levantándose, comentó Driscoll:

—Ya se lo propuse, y replicó que venderá cuando Orland lleve seis meses fuera de los Estados Unidos.

—Entonces, allá él.

—Luke me dijo que le esperases aquí a las once. Trae tus cosas.

—Hasta otra, Jack.

Esperó Amalfi leyendo la Prensa y fingió indiferencia al sentarse a su lado Luke Renzio.

—¿Qué tal, viejo?

—A disgusto, pichón. Un maletero llevó a tu nido tu ajuar de soltero empedernido. Este sobre me lo dio abierto Rocky. Más o menos, ¿cuánto te tocaba en caso de despido?

—Diez mil.

—Ahí van treinta. Ya sabes cómo es. No quiso escribir nada, pero quiere que te lo repita, aunque simuló decírmelo para mí solo. Vino a decirnos, que sigue apreciándote, pero que fallaste al anteponer caprichos de cría a un pacto entre hombres.

—Si él cree que es un capricho de cría pretender, como quiso Laura, evitarle disgustos, yo no entiendo ya ni cómo me llamo.

—Él te aprecia. Pero ya sabes cómo es. Un endemoniado terco. Yo le canté las mías. Que te echase, no era asunto mío, pero hay algo que quiso que supiera. Está dispuesto a todo y yo le arrimo el hombro. Pero no debió echarte a ti, porque hoy ya no se encuentran tipos leales como tú.

Aplicó Amalfi la llama de su encendedor al extremo del retorcido cigarro que Renzio removía de un lado a otro de la boca.

—Vamos al grano, viejo. Le devuelves el sobre con los veinte que sobran. Me tocan diez. A mí, limosnas, no.

—Pichón... Siempre serás un endemoniado pichón. Estos veinte mil de extra, son como reconocimiento de tus buenos servicios.

—Si él se aterra a un pacto con una rigidez de presidente de tribunal militar, yo le imito. El pacto de despido, suma diez, no treinta. Y hablemos de otra cosa, viejo.

—La chica anda mustia y ha sido un duro golpe para ella. Se considera culpable de tu marcha.

—Ya se le pasará. Yo con ella iba a terminar mal.

—¿Sí? —y Renzio entornó los párpados, muy interesado.

—Anoche ya tuve que darle un mojicón. Conste que es una gran muchacha, pero tiene una lengua muy suelta.

—¿Le digo algo de tu parte?

—Que no se mortifique.

—Es que se mortifica.

—Explícaselo para que lo entienda. Si un crío me pide una ametralladora cargada y se la doy, el culpable seré yo, no el crío.

—Cierto. Lo que me gusta en ti, es que eres imparcial. Si das un patinazo, no dices que el suelo resbalaba, sino que patinaste.

—Puede que Jack presente su renuncia.

—Como una rata.

—No, viejo. Ya avisó que él no se mezclaba en asuntos que huelan a cadaverina.

—¿Qué piensas hacer?

—Reposar. Luego, puede que vuelva al terruño. No acabo de encontrarme a gusto en este país donde los negocios se complican mucho.

—De vez en cuando te llamo, y nos vamos viendo.

—Hazlo, viejo.

En el despacho de los garajes de la empresa, Renzio devolvió el sobre con los veinte mil sobrantes.

—¿Esto qué es? —masculló Spada—. ¿Qué significa este desprecio?

—El pichón tiene el mismo derecho que tú a guiarse por lo pactado. Lo echaste con derecho. El, con derecho, acepta lo que se ganó a pulso, ni un centavo más.

—A veces me das la impresión de estar pensando que hice mal en echar a Tonio.

—Claro que hiciste mal. Patinó, de acuerdo. Hace ver que está de vacaciones. Pero voy a decirte una cosa que es como el Evangelio. El pichón no vuelve a tu lado nunca más, salvo... en el preciso instante en que pueda respaldarte a plomo limpio.

—El perito leguleyo presentó su renuncia. Nos hemos quedado solos, Luke. Debo perder facultades...

Luke Renzio sacó una tagarnina de su bolsillo. Volvió a guardarla.

—He tomado una decisión, Luke. Dentro de seis meses, liquido y nos vamos.

—Me place.

—Puede que sea antes, en el caso de que Natale Orland se empeñe en estercolar tierra de California. ¿De acuerdo?

—La pregunta sobra. ¿Admites un comentario? Natale está ansiando

largarse, pero Janis no le deja. Cárgate a Janis.

—Un hombre que se deja dominar por una hembra, en asuntos de esta clase, lleva las de perder siempre. Ahora bien, según se mueva Janis, se salvará Natale. Esta tarde llevas a Laura al aeropuerto de Madison. Cogerá el avión de las cuatro. Encargué el pasaje. Vuelo a Berna.

—Tú mandas —sonrió Renzio por vez primera.

—Perderá un curso, pero ya lo recuperará. La mando a un pensionado suizo de categoría. No iré a comer a casa. Díselo a Laura. Ella ya sabe que no me agradan las despedidas.

Laura Spada, al entrar Renzio, cerraba una maleta.

—¿Viste a Tony?

—Le vi.

—¿Dónde se esconde?

—Donde le da la gana.

—Podrías ser más educado, ¿no?

—Edúcate tú, que te hace mucha más falta.

—Estás resentido conmigo, porque yo fui la culpable de que Tony...

—Contigo no, paloma. Él me dijo que no te mortificases. Y tú eres tonta. Ya que estás enamorada de él, habérselo dicho primero a tu padre, y luego a él.

—¿Tanto se me nota?

—No. Pero yo soy un veterano con pupila. A las cuatro te dejo en el avión. Dentro de dos horas, en el coche.

—De aquí al aeropuerto, no hay ni veinte minutos.

—Es que no te llevo al de Los Ángeles, sino más al sur. Rocky no viene a comer, porque le revientan las despedidas.

Luke Renzio vio a Laura Spada dirigirse a la escalerilla del avión. No aguardó más porque se sentía como resfriado.

CAPITULO VIII

Después de almorzar, Tony Amalfi subió al medio apartamento, independiente, que ocupaba en el «Rex». Introducía la llave, cuando oyó el taconeó. Abrió la puerta y la que se acercaba dijo:

—Lo que tengo que decirte es grave, Tonio.

Y Bianca Spada, entrando en la antesala, fue a sentarse en un sillón.

—Tienes aspecto de viuda.

—El sortilegio del negro es mi canción. Tengo sed, Tonio.

—En aquel estante hay un frigo, vasos y frascos. ¿Cómo diste con mi dirección?

—Desde anoche, hay vigilantes pagados por Giana. Llevan nota de todo movimiento y comunican.

Mezclaba ella jugo de limón al anisado. Realmente, era toda una mujer, meditó Amalfi.

Ella siguió en pie, hasta beber la primera copa. Se preparó otra y fue a sentarse, cruzando con naturalidad las piernas. También era muy natural en ella el hondo escote.

—Por curiosidad, Tonio, me agradecería saber por qué te separaste de Rocco.

—Me separó él. Nimiedades y bagatelas que no te importan.

—Si crees que estoy aquí, enviada por Giana, te equivocas. He venido por mi propio impulso. Ella se imagina que hay gato encerrado en vuestra separación. Pero yo os conozco a los dos. No hay simulación.

—Si vigilan, te vieron entrar.

—Tu vigilante no me vio.

—¿Quién es?

—Lucía.

—¿Mujeres ahora de sombra?

—Ha de seguirte y comunicar por dónde andas. ¿La conoces?

—Ni idea.

—La camarera a la que le diste la tarjeta para mí. Vestida de calle, cambia mucho.

—Estaba apetitosa.

Volvió ella a levantarse y, manipulando en el estante, declaró:

—El anisado me encanta. ¿Quieres beber algo, Tonio?

—No. Desembucha ya tu grave noticia.

—¿Por qué crees que volví a Los Ángeles?

—Porque Janis te pagó lo suficiente para que te atrevieses.

—¿Y por nada más?

—Por ganas de seguir incordiando a Rocky.

—En parte, sí. Me trató con tanto desprecio, que hubiese preferido... yo que sé... Rocco no entiende de mujeres. Hay dos clases de temperamento femenino: la que desdeñada, se hace más sumisa, porque es masoquista, y la que en iguales circunstancias, no para hasta hallar la oportunidad de vengarse.

Rió Amalfi, asombrado.

—Lo que acabas de decir es de un cinismo que tumba de espalda. Conste que como ya no soy del personal de Rocky, puedo despacharme a gusto y sin cortapisas. Durante ocho años fui un autómatas y ya vuelvo a ser un hombre libre.

—Lo celebro —musitó ella, sentándose.

Los revuelos de encajes y los contrastes satinados, eran inherente al modo de respirar de Bianca. Sin forzamientos. Casi con vital necesidad.

—Aparte de preciosa, tu cara es de cemento, Bianca. Hagamos historia. Rocky se pasaba el día y gran parte de la noche, bregando con los camiones. Tú te aburrías. Decías que ibas de tiendas, al cine, al teatro y a las marionetas. Hasta que un pelirrojo fisgón vino a descubrir que salías mucho con un matachicas.

—¿Con un qué? —rió ella.

—Con un tipo que las enamora, sin darse él cuenta.

—Me creerás o no, me da igual. Pero Mario Perkins no fue mi amante.

—Ibais los dos a pasear por el parque, cogidos de la mano. Lo que quizá no sepas es que Mario también cobra una pensión. De mutilado. Lo recogieron con las manos trituradas.

—¡Maldito Rocco, puerco bestia!

—Dirás que fue un borrico. Yo le respeté ocho años, pero ahora ya puedo decir que en tu caso, fue un borrico.

—¿Qué hubieses hecho tú en su lugar?

—Felizmente, no lo estuve. Pero puede que algún día, tropiece y me case. Sin derecho a divorcio, que es como lo entendió Rocco y como lo entiendo. El metió el remo hasta el corvejón, al elegirme por esposa. Si yo meto el remo y mi mujer me sale rana y va a recoger margaritas con un Mario... Bueno, ¿qué importa?

—Curiosidad, Tonio —rogó ella.

—Si me pasase esto, yo no la dejaba suelta por ahí, para que haga la cabra trasquilándose como tú, en un escenario. La guardo cerradita en casa, y en su vida vuelve a ir por margaritas.

—¿Por qué?

—Una mujer bonita o no, rapada al cero y sin dientes, podría ponerse una peluca y una dentadura, pero con una pierna más corta que otra, no le gustaría ya triscar por la hierba.

—¿Cuántas mujeres has amado, Tonio?

—No tengo lápiz a mano. Más o menos unas novecientas.

Rió ella con alborozo, titilante el busto libre bajo la seda.

—Eres guapo, pero no tanto... ¿Novecientas mujeres?

—Una distinta cada martes y cada viernes. A veces dos o tres tandas semanales, la misma. Pero cortando, y así no dejan huella.

—Yo aludía a mujeres amadas, no alquiladas.

—Desde los dieciocho, ninguna. Mi única novia, allá en Taormina, echó una moneda a cara o cruz, porque amaba a dos: a mí y a un muchacho que pensaba hacerse cura. Ganó el otro y hubo un cura menos. Bueno, aparte tu explosiva presencia, ¿dónde está lo grave?

—Cuando yo me entrevistaba con Mario, el pelirrojo detective llamado Sterling Ambros, me siguió y dio su informe. Nunca se supo quién le pagó y él no quiso revelarlo pese a las amenazas. Yo me enteré. La que le pagó fue Janis.

—¿Sí?

—Janis siempre consideró una ofensa que Rocco me eligiese a mí. Ella quería casarse con él, pero esperó inútilmente a que él viniese a declararse. El maldito orgullo, Tonio... que yo no tengo. Janis pagó a Ambros y así Rocco recibió la hoja mecanografiada del informe de Ambros. Janis no tiene la menor idea de que me he enterado.

—¿Cómo?

—Ambros vino a Roma por una pesquisa y un periódico le mencionó como el gran detective de Los Ángeles. Fui a verle y le saqué la verdad.

—¿Cómo?

—No es por dónde apuntas. Desde la faena que me hizo, le cogí mucho asco al milanés. Le saqué la verdad por el mejor medio: dólares. Un día, le escribí a Janis, muy cariñosamente, rogándole que si en alguna oportunidad ella sabía de un nocturno donde yo pudiera actuar, que me lo comunicase. Pasó el tiempo y me envió una oferta magnífica.

—¿A Silvana o a Bianca?

—A las dos. Ella quiere sacar de quicio a Rocco, pero yo no soy ya la cordera dispuesta al sacrificio. Yo quería a Rocco, con pasión. Con tanta pasión, como le odio ahora. Una lenta carcoma, Tonio... Lo risible, porque yo ya no sé llorar, es que Mario Perkins, que fue novio mío cuando apenas andábamos a gatas, era un romántico completo. Se contentaba con besar mi mano. Si Rocco pensó otra cosa, como así sucedió... él mismo se impuso el peor castigo. ¿Me crees, Tonio?

Había sincera ansiedad en el semblante voluptuoso.

—Andando de por medio mujeres, todo es posible, Bianca.

—Rocco no quiso creermelo, y me habló como a una prostituta. Entonces, jugué en el terreno que me puso.

Y dije que Mario era mi amante. Me despidió como a una criada para todo. Tanto por mes y no vuelvas. Adiós, mala mujer... No vuelvas nunca, perra desgraciada... Como un ridículo esposo de serial radiofónico. Lo peor es que le tenía afecto yo a la pequeña. Era hija de otra, pero le empecé a coger cariño.

—Cambia el disco o te van a contagiar tus mentiras.

—Si miento, que me niegue mi madre y me escupan los míos. Y que nunca mi alma halle reposo.

Tony Amalfi se pellizcó el labio inferior. Ella fue al estante.

—Sigue así y vas a pillar una melopea.

—El anisado me sienta bien. Ya sé que para ti, sigo siendo una mujer indigna que traicionó a un hombre. Una malvada sin alma... Si lo soy, entonces Janis comparada conmigo, debería echar azufre por los ojos y asustar al propio Satanás.

—Tú serás suelta de cascos, pero no creo que seas mala hasta el punto de no tener un alma buena.

—Gracias. Casi suena a madrigal, dicho por ti. Janis no quiere ver muerto a Rocco. Quiere verle humillado, sufriendo... A través de mí, en pequeña escala. A través de Laura, definitivamente.

—¿Y tú, qué te propones?

—Lo que pueda sufrir Rocco por mí intermedio, me deleitará y me sabrá a muy poco... Pero, no consentiré, si puedo evitarlo, que la pequeña pague culpas ajenas.

—Si te dije alguna grosería, borrón y cuenta nueva. De todos modos, Rocky sabrá poner a Laura a salvo.

—Lo dudo.

—¿Sabes algo?

—Todavía no, positivo. ¿Hacemos un trato, Tonio?

Se aproximó ella. Amalfi la miró receloso.

—Primero me besas, Tonio.

—¡Cómo no!

Tendió ella los labios. Él la besó en una mejilla.

—Ya está. ¿Cuál es el trato?

—Ya eres libre, Tonio. No le debes ningún respeto a Rocco.

—Pero a mí, sí. Y a ti también, aunque intentes lo contrario. ¡Vamos, siéntate!

Obedeció ella, extrañada.

—¿Acaso te piensas que soy de madera? Me gustas con delirio, mujer. Pero sin amor... pasarías a ser una mujer del martes o del viernes. Y yo, ahora, sé distinguir.

Cerró ella los párpados.

—Te hacía incapaz de tanta delicadeza, Tonio.

—Yo soy el primer sorprendido. Vamos al asunto, guapaza. ¿Cuál es el trato?

—Sí, como me temo, Janis quiere emplear a Laura a modo de argumento en su poder, yo sola poco podré hacer para evitarlo. Llámame al «Peach» cada dos horas. De parte de Mario, dirás... Nunca lo he vuelto a ver.

—Se casó con una enfermera y fueron al sur.

—Si te pido que vengas a verme, ven enseguida, muy prevenido. Es que sabré dónde esconden a Laura. Casi le inspirarás confianza a Janis, ya que le diré que es cierto que rompiste con Rocco. Y que te conquisté, para saciar mi rencor hacia Rocco, trocando tu desdén en deseo satisfecho. Ella cree que si me lo propongo, ningún hombre se me resiste. Casi podría empezar a pensar a quererte con el corazón, Tonio.

—Demos tiempo al tiempo. De momento, somos compañeros. Cuando se resuelva este asunto, volveremos a hablar, mano a mano, tranquilamente.

Se levantó ella, aproximándose de nuevo.

—Rocco dijo que yo había muerto para él. Puedes besar a una muerta.

El carácter de Tony Amalfi era fuerte. Pero tenía un límite humano: Besó. Y con gran esfuerzo, la apartó, al entrecortarse su respiración.

—Un beso que me resucitó, Tonio.

Fue ella misma a mirarse al espejo, moviendo los labios:

—Carmín líquido. Excelente y de verdad indeleble, Tonio.

—Voy a pasarme por entero a tu bando. ¿Tienes idea de quién secuestró a la «Fogosa»?

—Si lo supiera... Ofrecen ya doscientos mil dólares.

—Lo que intriga es que no han pedido todavía rescate.

—Lo pedirán y Fausta baraja millones. Sus apoderados, pagarán.

—A lo mejor, Janis anda en el asunto.

—Janis es rica y no tocaría negocios de secuestro. Si ahora hace lo que hace es por vengarse de Rocco, no ya por lo de Natale, aunque no le agrade perder unos billetes.

—Esta noche me daré una vuelta por tu palco. Ya soy un hombre libre.

—Quiero que sepas que una «stripper» es tan artista como las del cine, que hacen «trips», aunque luego la censura corte. Anoche me mirabas con malos ojos.

—En una noche cambian mucho las cosas y las personas. Si la gente hablase sin falsas vergüenzas y a su tiempo, otro gallo cantaría. Debiste hablarme como lo has hecho hoy, hace ocho años. Bueno, si quieres te acompaño. Conviene que Lucietta nos vea. Así Janis quedará convencida de que me has puesto el collar.

Conduciendo el «Pontiac» avisó Amalfi:

—Vete con tiento con Janis. Es una pantera de alivio.

—Sí, pero se cree superior, y para ella, yo soy como una bestezuela hermosa y sin seso. Para ella solo sirvo para encender lujurias y embrutecer a los hombres. Y esto es lo que me molesta... Tengo un alma, ¿sabes?

—Yo no dije lo contrario.

—¿Por qué no me llevas de paseo?

—Hoy no toca. Tengo la mente embrollada. Un día de estos, cuando todo haya quedado resuelto, te llevaré al parque o a la montaña. No me gustan las margaritas, pero a lo mejor, me bastará con agarrarte de una mano y sentirme casi feliz. ¡Quieta, tú! Besitos ahora, no. Una cosa es ponerse tierna y otra que te pongas empalagosa, ¿estamos?

—Estamos —asintió ella sonriente.

—Luego te llamo.

—No olvides. De parte de Mario.

Tendió ella le mejilla al pararse el coche. Besó él maquinalmente.

Y viéndola alejarse, pensó que cabían varias posibilidades: Bianca, viuda; Bianca, difunta; Bianca, su novia...

CAPITULO IX

El jardinero japonés abrió la verja. El perro dogo examinó al conductor del coche que ascendía por la alameda interior. Sus rojos ojillos rebosaron de recelo.

Cuando el coche llegó a un cruce de la alameda, un criado maltés, saludó y su atezada diestra señaló hacia su izquierda.

El coche se detuvo junto a un seto, y el hombre que se apeó, contempló la monumental piscina, los parasoles y la mujer que estaba esperando.

Mabel Dolfin persistía en el empleo de altísimos tacones y del ligero jersey color carne. Había variado su pantalón, que seguía siendo muy ceñido, pero de tejido imitando la piel de leopardo.

Continuó en pie, reclinada contra el borde de la mesa, bajo el parasol, detallando al hombre que iba aproximándose.

—Buenas tardes, señora. Me dijo usted a las tres en punto.

—Lo son. Puede sentarse, y así quedaremos a nivel. Mi hermana Brenda está ausente. Por teléfono soltó usted una impertinencia.

Sentándose, el visitante se abanicó con el *Borsalino* gris.

—No la recuerdo.

—Dijo que quería hablar con la hermana Dolfin menos alocada. Yo le contesté que usted hablaba con Mabel. Y usted replicó: «No importa. Me conformo». Yo soy Mabel.

—Tanto gusto. Deseo que me oiga como si oyera al teniente Duncan.

—¿Le envía él?

—Me envió yo.

—Usted mencionó por teléfono al teniente Duncan, cuando recogió su primera llamada Robin.

—¿Quién es Robin?

—El mayordomo maltés que le señaló la dirección. ¿Es usted ayudante del teniente?

—Él me dijo que si deseaba hablar con las hermanas Dolfin, le mencionase. Sería el salvoconducto contra el voltaje, los dogos, el nipón y los malteses.

—Ya entró y le escucho. Le hago saber que hoy estoy de mala luna. Tengo mis fases.

—Como la luna, pero usted gana. Usted tiene una fase más.

—Su ojeada es insolente.

—Sincera.

—Demuéstrelo.

—La leve telilla que envuelve su perímetro bifásico, es impropia de una señora honesta.

Rió ella complacida.

—Por esto la llevo y luzco. Deseo disimular que soy señora y honesta.

—Al revés de otras que hacen todo lo contrario.

—¿Le son antipáticos los italianos?

—Prefiero las peponas gorditas; aunque sean yanquis.

—Usted habla como un sujeto manicomiable.

—Me esmero en adaptarme a su estilo.

—Dijo llamarse Sterling Ambros. Es imposible que sea usted policía.

—Ni lo soy.

—Acepté recibirle porque mencionó al teniente Duncan. Pensé que usted era un colega. Ahora, ya es lo de menos. ¿A qué ha venido? Dijo que era muy importante el motivo de su visita, cuando solicitó puerta franca.

—Soy investigador muy privado.

—Todo lo que declaré, en la Prensa está.

—Menos lo que le declaró a Duncan.

—¿Y qué fue?

—Usted lo sabrá. No he podido preguntárselo a Duncan, porque hace tiempo que no lo veo. Exactamente desde ayer por la mañana, a las diez y pico.

—Mire aquel dogo, Ambros.

El corpulento can husmeaba el pie de un arbusto a unos diez pasos.

—El pobre, busca un farol, para levantar la pata.

—Se llama «Hit», y si grito en determinada forma, «Hit» le salta al cuello.

—Entonces es que es hembra.

—¿Presuntuoso también?

—Si «Hit» fuese macho le saltaría al cuello a usted, señora. Y a todo esto, investiguemos porque estamos liados en discusión sobre el sexo de sus canelos.

—Porque si fuese cierto lo que sospecho, me agradaría que «Hit» le arrastrase por el césped, hincados los colmillos en su garganta.

—Tiene usted unos pasatiempos de «wingwam», más conocidas como pieles rojas femeninas.

—Quiero ver su documentación, Ambros.

—Yo estacioné donde me señaló el siniestro Robin. Nada de multas ahora.

Se envaró ella.

—Deje de hablarme como si fuese una demente.

—Entonces, coordinemos y hable en cristiano.

—Usted no es descendiente de piel roja, sino italiano. Esta corbata, lisa, con escudo, no está fabricada en los Estados.

—Comprada en «Worth», sección caballeros, con género londinense, parisiense y milanés.

Rió ella ácidamente:

—Yo no me avergüenzo de mí nacionalidad.

—Si tiene motivos para avergonzarse, tanto da que sea californiana como patagónica o enana.

—¡Asomó el rufián italiano! Grosero, pero no se atreve a declarar dónde nació.

—En Buonavera, pueblo de montaña, al norte de la provincia de Milán, donde nos enseñan a ser correctos con quienes nunca nos insultaron.

—Empleó una falsa identidad para introducirse en mi casa.

—Su maltés Robin, debe tener el oído atravesado como sus ojos. Ni dije ser policía ni esquimal.

Miró ella hacia el sitio donde «Hit», medio tendido, daba zarpazos a un tallo de hierba.

—Quiero ver lo que hará cuando yo llame al dogo.

—Allá en mi comarca hay lobos. Peligrosos de noche. Pero a las tres y pico de la tarde y estando uno prevenido, ningún lobo le hinca el colmillo a un montañero.

—¿Qué hacen?

—Se lo explicaré al dogo si persiste en llamarlo.

—Me intriga su visita. ¿Usted es de la Mafia?

—¿Usted es del Kükuxclan?

—Posiblemente le enviaron a amenazarme.

—Si hubiera Mafia por aquí, le enviarían a una mujer.

—Muy interesante... ¿Y qué diría esta mujer?

—¿Dónde está Fausta Felina?

La transformación que se operó en Mabel Dolphin asombró al detective. El rostro de muñeca se convirtió en máscara cruel. La garganta emitió una risita aguda, prolongada, que se truncó en llamada estridente:

—¡«Hit»!

El dogo se abalanzó en varios brincos y se proyectó en salto hacia Sterling Ambros, que en pie, presentó la silla, como un domador. Una pata de la silla se introdujo en las fauces abiertas, y al impacto, el dogo salió rebotado hacia atrás. Se agachó, preparándose a otro salto, gruñendo lastimeramente.

—Si no lo aquieta, se queda sin perro, Mabel.

Acudían el jardinero japonés y los dos malteses, que rondaban cerca.

—Otro brinco y le hundo la silla hasta el buche. El pobre animal no lo

sabe. Usted sí.

—¡Quito, «Hit»! ¡Llévatelo, Osaka!

A las imperiosas señales, se retiraron los dos malteses y Osaka se llevó el dogo, encadenado por el collar.

—Mi odio contra su raza, es casi irracional.

—Lo que la sacó de juicio fue mi mención de Fausta Felina.

—Porque estoy harta de ser interrogada... Reveses de fortuna me obligaron a alquilar esta casa. Siempre fui respetada. Viene una artista italiana y empiezan los sinsabores. Yo residí en Italia en varias ocasiones. Allí me sucedió lo que nunca podré borrar de mi mente.

—Si me limpian la cartera en Filadelfia, no odiaré a todos los yanquis. Y soy de pueblo. Le repetiré lo que el tonto de mi pueblo decía: «Franceses, suecos o yanquis, todos iguales. Unos dan propina y otros no. Los franceses dan pocas propinas. Él no los llamaba tacaños. Y era el tonto de mm pueblo. Beso su mano, señora.

Cuando ya estaba junto al coche, se interpuso ella. Volvía a ser, aparentemente, la frívola muñeca.

—Me apenaría separarnos así. Admito que fui necia. Por tonterías que declaré, no debe usted sentirse aludido.

—Ya que insiste, óigame. Usted tiene mal corazón. El perro tendrá fiebre durante días y no podrá tragar. La mala acción no fue azuzarme el perro, sino quedarse usted tan indiferente. ¿O es que «Hit» es italiano?

La apartó, subiendo al coche. Ella se sentó a su lado.

—¿Qué nuevo pasatiempo está fraguando, gordita?

—Le pido excusas.

—Yo a usted. Apéese.

—No me trate como a una campesina de su tierra.

—Ah... Entonces la trataré distinto. Las campesinas de por allá le darían a usted clases de sensibilidad. Ninguna declararía en la Prensa que los extranjeros son todos unos mugrientos rufianes sucios. Y ya me produce malestar su presencia, gordita pepona deslenguada, conato de mujer.

Conducía Ambros hacia la verja.

—¡No vuelva nunca por mi casa! ¿Me oyó, sucio rufián mugriento?

Osaka abrió la verja.

Aceleró Ambros inesperadamente y el coche atravesando el umbral abierto, viró por la alameda exterior.

Engarfiadas las manos, avanzó ella las largas uñas. Frenó Ambros en seco y ella salió proyectada hacia el parabrisas, cabeceando involuntariamente. El golpe entumeció sus sentidos y volvió a quedar sentada, semiinconsciente, contra el hombro del detective.

—Fue al estilo piel roja, pero en legítima defensa, Mabel. Si me oyes, te enorgullecerás de saber que me acordaré mucho de ti. En mis pesadillas. Voy encajando las piezas. Tu marido, Lester Corbet, minió en la selva

africana, en un safari, pero...

Se interrumpió él, gimiendo encorvado.

El agudo dolor en su costado, se repitió nuevamente con hiriente perforación un poco más alto, entre sus costillas.

La acerada hoja, esgrimida por una atezada mano, se clavó dos veces más.

Y el pelirrojo milanés cesó en sus estremecimientos agónicos.

Mabel Dolfin bajó del coche. La mano atezada empujó al muerto y el «Nash» virando, retomó al interior de la mansión de las hermanas Dolfin.

* * *

Fausta Felina se sentía inmensamente débil y un oscuro terror reptaba por sus fibras, filtrándose en su mente enturbiada.

Sus medias enrolladas en los tobillos, la suciedad de su vestido y el desgreñado cabello, la devolvían a su pasado de pobreza. Un pasado en el que había sido más feliz.

La máscara de ojos amarillentos habló. No era la voz del maltés Robin, hablando en acariciante italiano. Era una voz femenina, chirriando en asperezas desagradables:

—Por ti murió un hombre superior. Aspiraba a tu posesión. Le rechazaste y aquel hombre, que era mi única dicha, buscó la muerte.

Fausta se puso en pie, atraída por el vaho oloroso que desprendía una cacerola. Anduvo con titubeos de debilidad.

—El leopardo es la única fiera que mata sin tener hambre, Fausta. Tú eres como el leopardo. Mataste y seguiste enloqueciendo a otros...

Tambaleándose, la actriz cayó de rodillas. Ni oía ni deseaba otra cosa sino llegar al sitio donde el vapor aromático le hablaba con primitiva emanación a su estómago dolorido por el hambre.

Llegó a gatas y comió vorazmente.

—Si te vieran tus admiradores... El mito destruido...
Mabel Dolfin dejó oír su peculiar risita, que se truncó en estertor similar a un sollozo.

CAPITULO X

Laura Spada dirigiéndose a la escalerilla del avión, formaba maquinalmente en la cola en tresbolillo. A su espalda, una voz femenina, comentó:

—Dentro de cinco horas sale otro, señorita.

Volvió ella la cabeza, sorprendida. No conocía a la esbelta joven que tenía aspecto cándido y que añadía:

—Tony me encomendó que velase por usted.

Se detuvo Laura y siguieron adelante los demás viajeros.

—¿Quién es usted?

—Antonela. Puede anular este vuelo, pagando sobretasa.

—No acabo de fiarme... ¿Por qué no vino Tony en persona?

—Ignora que usted está a punto de salir hacia Europa. Llámeme por teléfono.

Laura Spada se decidió y dirigiéndose al pie de la escalerilla, habló con la azafata que tachó y anotó en la hojilla que recogió otro empleado.

Antonela vestía con sencillez, casi con modestia. Parecía una gazmoña colegiala. Caminando hacia el vestíbulo, indagó Laura:

—¿Es amigo de Tony?

—Le conozco.

—¿Dónde reside Tony?

—En el «Rex».

Laura pasó a una cabina telefónica, y la recepción del «Rex» le informó que el señor Amalfi estaba ausente, pero que dejó encargado tomasen nota de las llamadas.

No dio ella su identidad y colgó. Saliendo de la cabina, dijo:

—Muchas gracias, Antonela. Voy al «Rex».

—Puedo llevarla en mi coche.

Un resto de desconfianza le hizo replicar:

—No lo tome a mal, pero iré en taxi. Ocurren cosas que me obligan a ser prudente.

—Ya me contó algo Tony. Buenas tardes.

Y Antonela, bien aleccionada, fingió irse hacia el aparcamiento. La alcanzó Laura.

—Voy con usted.

Antonela se instaló tras el volante. Y puso en marcha.

—No me gustaba irme sin poderme despedir de Tony. Viéndola, comprendo que sea lógico que él no me hablase nunca de usted.

—Mi novio Cósimo es buen amigo de Tony.

El coche iba desfilando por entre parajes despoblados, cuando Antonela, pasó a la pista de media velocidad, comentando:

—Falla el carburador.

El coche pasó a la pista arrimada al bordillo de taludes. Deteniéndose tras otro coche parado.

Antonela, en silencio, descendió, yendo al volante del otro coche.

Guido Evans y Dino Lambert estaban ya a cada lado de las ventanillas entre las que Laura Spada maldecía en voz baja.

Sentándose atrás, dijo Lambert amablemente:

—No tema ningún daño, señorita Spada.

El otro coche, conducido por Antonela, se alejó velozmente.

Evans puso en marcha y Lambert tocó en un hombro a Laura.

—No me obligue a usar la matraca. Soy enemigo de toda violencia.

La diestra de Laura en el bolsín, tocaba ya una palanca.

En su coronilla se abatió la matraca secamente.

* * *

La mujer que examinaba las revistas de un kiosko, respingó.

—Hola, Lucietta.

Lucía Hilton miró sin desconcertarse al que acababa de saludarla.

—No me digas que siga mi camino y no te moleste. Seguimos el mismo camino y sabes quién soy.

—El que anoche me dio flores y tarjetas para otras dos mujeres.

—Anoche, de granjera postiza, estabas linda. No es que ahora estés feúcha, pero una mujer pierde mujerío, espiando y siguiendo. Tú eres la que debe provocar acechos y que te sigan.

Pronunció ella varios improperios en su lengua natal, añadió:

—Ya dije yo que usted me reconocería. No es que yo sea un portento de belleza, pero tengo lo mío, y ayer me miró usted lo suficiente para

comprobarlo y recordarme.

—Dile a Janis que pasaré a verla.

—Yo no quiero saber nada. Ella me dijo que te siguiera, y te sigo.

—Ahórrate el taxi, Lucietta. Sube a mi cacharro.

Se contoneó ella, denegando con el índice:

—A mí tú no me haces pasar por el aro, Tony. Dicen que eres peligroso y yo cumplo lo que me ordenan. Tengo que seguirte y te sigo.

—¿Dónde mejor que a mi vera? Por cierto que hoy es martes.

—Sí, es martes. ¿Y qué?

—Es mi día cariñoso, además del viernes. Yo no sé qué me sigues. Te he encontrado por la calle, y como anoche me fijé en lo tuyo, que me cayó bien, te invito a lo que quieras. Pastelillos, cine o playa. Hoy cobré billetes de los grandes.

Lucía Hilton cerró un ojo, haciendo cálculos. Dijo por fin:

—También es verdad. Así se lo explicaré a Janis. Me ahorro el taxi. Tú me encontraste y me invitaste a pasear.

Sentada en el «Pontiach» añadió:

—¿No me taconeará tu novia?

—No vuelve hasta el viernes. Te invito porque tengo que dejar pasar unas horas... Las que preceden a la tormenta.

—La tarde es de primavera y no veo tormenta. Una cosa, Tony, sí que quiero que veas. Yo no soy una gandula. Trabajo de camarera, precisamente porque quiero ganarme la mantequilla, con el sudor de mí frente. O sea que si me invitas con ideas equivocadas, te pongo los puntos sobre las letras. Yo sirvo en los palcos las bebidas, pero no entro en los palcos como consumidora. ¿Me entiendes?

—Das más rodeos que una gallina en torno a un bicho raro. Eres una chica honesta y yo soy un hombre tranquilo.

—Ya, ya...

—Hoy es martes y es mi día amable y cariñoso. Vamos a la playa a comer mariscos frescos.

Un coche patrulla se adelantó y un brazo uniformado ondeó señalando la acera. Murmuró Lucía:

—La policía. Yo no sé nada de tus cosas. Yo... quiero irme.

Amalfi arrimó y detuvo el «Pontiac».

Del coche patrulla descendió un individuo de paisano. Pequeño y rechoncho, desaliñado y de rostro caballuno.

—Es el inspector Boreli. Se las trae... —y Lucía volvió a repetir en cantinela—. Yo quiero irme...

El inspector Boreli habló en italiano:

—Yo no me opongo a que te vayas, Lucietta. ¿Y usted, Amalfi?

—Ella decidirá.

Lucía Hilton dijo apresuradamente:

—Luego nos volveremos a ver, Tony. ¿Me voy, inspector?

—Te vas y es una pena.

Mantuvo Boreli la puerta abierta y bajando, ella se alejó hacia la parada de taxis.

Instalándose en el «Pontiac» dijo el policía:



Un revólver apuntaba hacia ella

—Sale perdiendo con el cambio, Amalfi. Me llamo Boreli. Luigi, allá. Lewis, acá —y movió la diestra agitando hacia delante los dedos.

El coche patrulla se alejó.

—Dijo Lucía que usted era inspector.

—No mintió. Lamento estropearle la varonil intención.

—No había tal intención. Íbamos a la playa, a comer mariscos.

—Sana idea que sin desdoro pueden compartir dos varones. Cada cual pagará su ración. Hay un vinillo blanco delicioso en el «Chari».

—Allí pensaba ir precisamente.

Amalfi pisó el acelerador y Boreli se arrellanó.

—Nunca me he ocupado en asuntos de secuestro. Es mi primer caso y me requirieron como técnico en mentalidades complicadas. Dicen que es lo que tenemos bajo el pelo los descendientes de Nerón. Soy romano, aunque haga ya treinta años que vine en busca del dólar. Este mediodía hablé con Ambros. Un milanés escurridizo y listo como la suegra del diablo. ¿Es cierto lo que me contó confidencialmente?

—Cualquiera sabe.

—Spada le despidió. ¿Por qué?

—Libre uso de su derecho de patrón.

—¿Riñeron?

—No.

—¿Discreparon sobre algo?

—Yo quiero comer mariscos. ¿O estoy obligado a contestarle?

—Por ahora no. Yo soy muy tolerante y comprensivo. Nunca me sentaron bien los preguntones, pero la vida es cruel y Luigi Boreli que vendía helados sin licencia, maldecía de los policías. Pero la televisión es la pérdida de la gente virtuosa. Quise comprarle un «Zenith» a mi costilla, y me encontré convertido en Lewis Boreli, policía. Desde que desapareció la divina Fausta... Por cierto, no se llama Fausta ni Felina, que suena a fosfatina, pero acaricia el paladar, Se llama... No lo repito. Es una buena muchacha y no hubo derecho en bautizarla como hicieron con ella. Hay cerca de un millar de policías buscando a Fausta.

Suspiró Boreli sacando una libreta del bolsillo:

—Apunto todo lo que mis colegas insinúan sobre el complicado clan italiano. Por ejemplo... —y mojando el índice, deslizó una página, leyendo —: «Hilo gris y un Gorgonzola tierno...» Me equivoqué de página. Era un encargo de mi costilla —y cerró la libreta—. Lo que buscaba está aquí —y se palmeó la frente.

Amalfi aminoró la velocidad al llegar al cruce de pistas.

—Spada le encomendó al teniente Duncan, en licencia, que indagase sobre el secuestro. Spada le encargó a Ambros que indagase lo mismo. Spada no le haría ascos a un millón redondo y sonante.

—¿Un millón?

—¿Tiene lepra Spada?

Amalfi cambió de marcha. Conocía el estilo «complicado».

—Cuando yo me despedí, estaba muy sano.

—Se va su favorito guardaespaldas. Se despide su consejero legal. Encargó un pasaje en avión para su hija. ¿Qué ha hecho Rocco Spadaro? ¿En qué tenebroso negocio se deslizó? El productor indígena de California que contrató a Fausta, ha recibido una factura. Escrita a máquina y anunciando que Fausta, si bien algo alterado el genio, disfruta de buena salud. Piden un millón quinientos mil por el rescate. El medio millón debe ser para el personal auxiliar.

—Rocky posee suficiente fortuna y secuestrar a una mujer es un negocio cobarde y peligroso.

—Dicen que Spadaro arde como el Vesubio cuando contempla el celuloide de recortes de censura.

—Yo también, pero no por eso me voy a meter en un lío que pondrá, como ha puesto, a un millar de policías en actividad.

—¿Tacho a Spada de mi lista de presuntos?

—La lista es de usted. No mía.

Boreli trazó en el aire una raya:

—Tachado. El millar de policías van condensando datos. Intervino un camión de cuatro toneladas. Hallaron huellas por un sendero lateral de la sexta colina Forrest. Midieron, calcularon, perdieron la pista, pero sacaron en limpio que un «van» aspiró como una ventosa el coche con Fausta y Keller. Dejaron a Gordon, el chófer, para que la Prensa pregonase el secuestro.

—Un camión no significa que los secuestradores tengan que ser camioneros.

—Esto me recuerda la infiel astuta que dice que va al cine y su marido la busca por el parque: Resulta que está, en el cine.

Amalfi miró de soslayo a Boreli, que le contempló inocentemente.

—¿Dije algo incorrecto? Supongamos que soy un canadiense y secuestro a Fausta. No emplearé raquetas ni pieles. Trataré que busquen a un mejicano y dejaré huellas de guitarra y sombrero ancho. No lo repita a nadie, Amalfi. Es mi teoría personal. Pero si la proclamo, pensarían que no hay manera de quitarme el pelo de la dehesa romana. Spada convocó al chófer Bert Gordon, el del «Cadillac» en que iba Fausta.

Amalfi conducía por la gran avenida bordeando la extensa playa.

—Un colega interrogó hábilmente a Gordon, con varios puntapiés y codazos muy hábiles. Pero yo saco una conclusión opuesta a la de mis hábiles colegas. Si Spada hubiese secuestrado ni habría rastros de camión ni hubiera convocado al chófer... Pero como somos tan complicados, mis colegas dicen que precisamente es la pantalla de Spada. Fingir interés

sentimental en rescatar a Fausta.

El coche penetró en la explanada playera y playero era el atuendo de las que llevaban bandejas a los coches, encajándolas en las ventanillas.

Poco después, Boreli sorbía ostras con fruición y Amalfi pinchaba rodajas de langosta. El vino blanco chispeaba en los altos y estrechos vasos. Paladearon en silencio, brindando mudamente. Remojándose los dedos en el lavamanos, dijo Boreli:

—El fósforo marino nutre el cerebelo. ¿Cómo no solicitó trocar el Amalfi por Malfing? A mí me propusieron Bornell, pero me sonó a gallina ponedora. Y hablando de gallinas, en el «Peach» las hay de todo plumaje. Desde la aldeana Tina a la turbadora Silvana. ¿Está enojado Spada? Dice que no. Le interrogué amistosamente. Ha tomado una decisión sensata. Ya que Lauretta se ausentó, le importa muy poco que Bianca... digo, Silvana, deleite las pupilas de sus paisanos.

—¿Otra ración, inspector Boreli? Invito yo. Sin cumplidos.

—No es desprecio, sino medida. Mi estómago ya no es el que fue. Se estropeó con tanta nevera y lata de conservas. Pero usted hártese, Tony. El problema con Spada es que no evoluciona mucho. Aparentemente es un ítalo yanqui, pero no logra ahogar su fondo hosco y orgulloso. No admite que está en el año sesenta y tres de la Era Atómica. En fin, son problemas íntimos, ajenos al rapto de Europa. Digo de Fausta.

La camarera cambió de bandeja y recogió el dinero. Boreli contempló con agrado las esbeltas piernas y la bronceada espalda.

—Puede hacerme un favor, Tony. Si mi lista de enemigos de Spada es correcta, tal vez se halle entre ellos quien secuestró. Esto que le pido no es chivatería, Tony. Además, al estar usted reñido con Spada, será más sincero, por lealtad. El asegura que no tiene enemigos y que se ha vuelto un requesón. ¿Dino Lambert?

—No tiene mando.

—¿Guido Evans?

—Es un marisco con una letra menos y otra más.

—¿Bianca, alias Silvana?

—Yo no soy policía, y opino como particular. No. Bianca, no.

—Tiene motivos para no apreciar a Spada.

—Y Spada para menospreciarla.

—Al día siguiente de llegar Fausta, Bianca vino en avión, procedente de Roma.

—Contratada por Janis Reynolds.

—¿Nat Orland?

—Le basta y sobra con los quebraderos de su negocio de transportes. No es enemigo de Spada, sino competidor en el negocio. Es distinto.

—Secuestrar no es muy difícil. Lo peliagudo, es cobrar. Billetes marcados, dificultad en recogerlos... Esta vez, el método es ingenioso.

La bañista en seco recogió el dinero y se fue con la bandeja.

—Podemos regresar al centro, Tony. Junto a la factura, hay un plano y una explicación. En un punto del litoral, esta misma noche, entre las once y las doce, una canoa llevará un saco pesado, que dejará caer al fondo del mar, a unos trescientos metros de la playa. El saco metido en una red de hierro. La red amarrada a un largo cable, de unos treinta metros, en cuyo otro extremo, habrá flotadores de señalización.

Amalfi, conduciendo, escuchaba con interés.

—Dentro del saco, lingotes de oro, «Washingtons» y «Lincolns». Lingotes de joyero que se adquieren y venden sin más requisitos. Solamente llevan una marca: la contraseña de oro. Si se les añadiese otra, bastaría fundir y remodelar. En la nota, advierten que comprobarán los quilates, antes de dejar libre a Fausta. Las monedas con la efigie patricia, en oro, se cotizan libremente a cien dólares. ¿Ingenioso?

—Hasta aquí, sí. ¿Y cómo se recoge el saco, sin que ustedes metan en el saco al pescador?

—Han advertido que cualquier foco iluminado o embarcación, rondando, anula el intercambio. Se quedan sin oro y nos quedamos sin Fausta. Resumiendo, Toni: Vine a charlar con usted, para puntualizar que si en mi opinión de policía, creo que no es un clan ítalo el que organizó el secuestro, mis primeras indagaciones me condujeron a una sirena y a otros peces. Spada dice que Bianca ya no representa nada para él, por más que se exhiba a poca distancia. ¿Hay tirantez entre Nat Orland y Spada?

—Incidencias del negocio que ya se resolverán.

—¿Por el método económico *business* o por el arcaico siciliano?

—Dele tiempo al tiempo.

—Déjeme por aquí mismo. Celebro haberle tratado, Tony.

—Igualmente.

Prosiguió Amalfi hacia el «Rex», y cuando iba a entrar en su apartamento, oyó un rápido taconeo. Lucía Hilton exhaló un hondo respiro:

—Por fin.

Y ante la sonrisa de Amalfi, añadió:

—Entendámonos... Me refiero a que por fin le puedo comunicar a Janis que ya estás de regreso.

Señaló Amalfi el interior:

—Adelante. Ahí tienes teléfono.

—Júrame que no intentarás nada, porque yo no... Palabra que no.

—No soy un hombre de las cavernas. No te voy a arrastrar por el cabello. Abajo tienes teléfono.

—Bueno, entro, pero... queda convenido que yo soy honrada.

Entró y sentándose, marcó números. Aguardó, mirando de vez en cuando con nerviosismo lo que hacía Tony.

—... Lucía al habla. Ya regresó al hotel —y escuchó largo tiempo, diciendo al fin—: Sí, bien... Lo intentaré... Claro, algún día tenía que ser... Gracias.

Ahorquilló y sin mirar, dijo:

—Vaya compromiso... Pero Janis me ha prometido una buena recompensa... El caso es que debo procurar no perderte de vista.

—Me tienes a mano.

—Hace calor, ¿verdad? Quisiera beber algo fresquito.

—Ahí tienes frío, vasos y frascos.

Ella fue al estante y eligió *whisky*. Bebió a sorbitos golosos. Las expertas decían que el *whisky* quitaba los complejos anticuados.

Tony Amalfi buscó una emisora que no hablase. Y la música le pareció a Lucía un buen pretexto, al girar Amalfi el índice hacia el suelo.

Bailando, se dijo ella que iba a ser difícil sonsacarle a su pareja lo que había conversado con el inspector Boreli. «Como sea», había exigido Janis.

—No te arrugues más la frente, muchacha.

—Estaba pensando y no acierto a ver claro.

—Al remplazarte Boreli se lo comunicaste a Janis. Y ahora ella quiere que yo me sienta confidente contigo.

—¿Te sientes confidente?

—No.

—Ayúdame, Tony —susurró ella.

—A ello. Cada frase importante, tiene premio. Un beso.

—Un beso sin más.

—Un beso sin más. Primera frase: Boreli sabe que hay tirantez entre Natale y Rocco.

—Tengo que apuntarlo — y se desprendió ella del abrazo. La atrajo él nuevamente.

—Así vamos a estar hasta que anochezca.

El beso fue suave. Ella, sonrojada, abrió el bolso y en una tarjeta apuntó en el dorso la frase que a su espalda repetía Amalfi.

El beso en la nuca, la hizo respingar.

—Apunta otra. Boreli sigue la pista de un «van» de cuatro toneladas.

La letra le fue saliendo temblona a Lucía Hilton. Y la tarde del martes se fundió en un delicioso anochecer.

CAPITULO XI

La sala olía a café, puro, licor y tabaco negro. Eran los espectadores de sobrecena. En el escenario, una rubia platino aseguraba que era escandinava y se desprendía de pieles de conejo teñido.

Lucía Hilton iba distribuyendo consumiciones. Esquivaba con arte y con empujones rudos y sinceros.

Sintió algo similar a lo que las expertas llamaban «primer hombre», cuando vio enmarcarse en la entrada a Tony Amalfi. Acudió, sonrojada. Presión sanguínea le había dicho un médico, uno de sus amoríos primerizos.

—¿Vas al palco, Tony?

Se alejó ante el ademán de Lambert, que untuoso, señaló a su izquierda:

—Janis le invita a café, señor Amalfi.

El despacho era espacioso, tapizado y con espesos cortinajes. Insonorizado. En un rincón, Evans se contemplaba los lustrosos mocasines. Tras la mesa, Janis dedicó una mueca amable al visitante.

—Hola, Tony. Ya conoces a Nat.

En un sillón, Orland agitó los dedos.

—Vuelve a la sala, Dino. ¿Café, Tony?

Señaló ella la cafetera express del bar esquinado. Amalfi manipuló como un experto *barman*.

—Tuvimos respuesta de Rocky —afirmó ella.

Amalfi contempló el chorrito espumoso y apretó más la palanca. Iba a necesitar estar muy despierto. Colocó la tacita sobre el mostrador en herradura. Echó un terrón, removió y dijo:

—A mí me borráis de vuestras negociaciones... Desde primera hora de esta mañana, soy un ciudadano libre, independiente y de vacaciones.

—Has venido aquí.

—No soy menor de edad.

—No puedes zafarte.

Bebió Amalfi el humeante «moka» legítimo.

—¿Zafarme de quién o de qué?

—Estás con Spada o estás con nosotros.

—Estoy conmigo y me sobra.

Janis barajaba unas tarjetas, escritas en el dorso. Cogió una, leyó y arqueó las cejas:

—Boreli tuvo que preguntarte por qué no estás ya en la «Flighter».

—No era asunto suyo, ni la Ley me obligaba a contestarle.

—Siéntate, Tony.

—Luego me hartaré de estar sentado en un palco. Abreviemos, Janis. Personalmente, me tiene sin cuidado que compréis, vendáis o liquidéis por derribo y defunción.

—Nat no quiere abandonar la ciudad.

—Ya le veo.

—Rocky dice que la última oferta que recibió era de un millón doscientos mil al contado, en efectivo, y un dos por ciento anual de beneficios.

—Me consta.

Abrió ella una carpeta y mostró varios pliegos cosidos.

—Un contrato por triplicado, que será legal cuando hayan firmado las partes contratantes y dos testigos. Yo le compro a Rocky su empresa, a condición de que ha de abandonar California. Consta en el contrato. Si regresa, ha de pagar una indemnización por el doble de lo que perciba. Le doy la misma cantidad en efectivo, sin el porcentaje, naturalmente.

—Todos estos detalles a mí no me benefician ni me perjudican.

—He contratado a un procurador por toda la noche. Está en la sala. A cualquier hora y ante él, Rocky puede firmar, conmigo, este contrato.

—Tiene usted un hermoso aparato al codo. Llámeme.

—Ya lo hice. Contestó que posiblemente vendría a verme... aquí. Y por esto quiero prevenirte. O estás de su lado, o estás conmigo. Si no tomas partido, no sigas en este local.

—No tomo partido y me voy al palco ocho —y Amalfi mordió las palabras—. Estamos todos fichados por Boreli. Nadie de uno ni otro bando se atreve a gatillar, pero si uno enciende la mecha, el contrato será papel mojado. Y yo no entro ni salgo.

—Cuando venga Rocky sabremos a qué atenernos. Comprendo tu alusión. No podemos ni queremos emplear violencias. ¿Piensa lo mismo Rocky? Creo que sí. Si no... hay casos de legítima defensa. Y tengo buenos abogados. Estoy en mi despacho, en mi local industrial. Rocky, si viene, tendrá que ser en plan comercial. No tiene otro recurso. ¿Me permites que compruebe si llevas algo que no debes?

—Aunque tengo licencia, ser palpado por usted es un honor.

Extendió Amalfi los brazos. Janis cacheó con destreza. Y sonrió:

—Siempre pensé que eras un muchacho listo, Tony — y acariciándole la mejilla, añadió—: Diviértete. No pienses en otra cosa. Deja a los demás que resuelvan sus negocios. La casa invita.

En el palco ocho esperaba Bianca Spada. Descorchó, mientras Amalfi se sentaba frente a ella.

—Una noche que se anuncia agradable —dijo él—. La casa invita. Dame una copa.

Los ojos verdes expresaban inquietud. Bebieron en silencio y al dejar la copa vacía, señaló ella una de los engarces, cubierto con una servilleta. Dijo:

—No supe nada de Laura. Al parecer, se fue a Europa.

La diestra masculina tanteó el hondo engarce. No contenía frasco, sino una automática. Volvió a colocar la servilleta.

—Supongo que no tuviste dificultad alguna.

Levantándose, vino ella a sentarse a su lado y bajó la voz:

—Green que te he convertido en otro pelele. Cuando me telefoneaste, diciendo que, cuando tú llegaras, recogiese yo algo bajo el asiento delantero de tu «Pontiac», nadie más que yo se enteró. Pude quitar la conexión de supletorios. Janis, Dino y Guido estaban ausentes. No comprendo, Tonio, pero sé que Janis juega el todo por el todo, esta misma noche. No comprendo...

—Ni yo por ahora. Pero preferí cuidarme, porque en realidad, ya está declarado el estado de guerra. Debes volver a tu banqueta, Bianca.

—¿Por qué?

—Es posible que venga Rocky.

—No me importa que me vea contigo.

—Pero a distancia, mientras yo aclare lo que sucede.

—Como quieras.

Pasó ella al otro sofá banqueta y añadió:

—De todos modos, si viene, no nos verá.

—Janis ya se encargará de decirle que tú y yo estamos aquí. Cree que así se le nublará el seso a Rocky. Si disparase aquí dentro, Janis estaría muy satisfecha.

—Me dolería, que por mi culpa, peleases con Rocco.

—Ni él es un estudiante impetuoso ni yo un poeta.

—Sois violentos... Quisiera ir a mudarme —y señaló ella el atuendo de escenario.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—No se te quitará poniéndote más ropas encima. Además, así estás preciosa. El sortilegio del negro. Color de luto para unas, color de tentación para otras.

Miró ella hacia la entrada principal, y susurró:

—Luke.

En la entrada, Luke Renzio encendía una tagarnina. Se aproximó Dino Lambert, obsequioso y cordial:

—Bienvenido, Lucca.

Renzio sopló una densa humareda y tosió Lambert, delicadamente.

—Pulmones infectados, Dino. Si fumases como los varones, te quedarías nuevo.

—Deseo que sepas que no es nada personal, pero las ordenanzas municipales, exigen que se deje en guardarropía las armas, aún las provistas de licencia.

—Yo no entro en el local. Me quedo en esta puerta.

—¿Te molestará que te cachee?

—Mucho.

—Es rutina, Lucca.

—A mí, solamente me palpará un tío cuando esté yo amojamado, y será el de las pompas fúnebres. Con tanto cacheo, este local debe tener muy mala fama. Cuando llegue Rocky cuéntale lo de las ordenanzas y la guardarropía. Aquí está.

Giró Lambert sobre los tacones. Rocky Spada, de *smoking*, rió ruidosamente acercándose.

—Hola, Dino. Ten presente que Luke no se mueve de la puerta, porque espera un aviso mío, para irse a casa. Si quieres cachearme, Dino, no me niego.

—La orden no va contigo, Spada —rió Lambert—. Janis...

—Sigue en la puerta, Luke. Voy al palco ocho. ¿Por dónde cae, Dino? Sin acompañarme.

—Esta escalera, y a tu izquierda, cuarta puerta.

Rocky Spada al empujar la puerta del palco ocho, distendió las facciones.

—Hola, Tony. ¿Podemos hablar?

—Cómo no, Rocky.

—Tú, fuera —ordenó Spada, sin mirar a su esposa.

—Tú, quédate —dijo Amalfi—. Se llama Silvana, es artista de la casa, y si tú quieres charlar en otro sitio, vamos allá, Rocky. Pero ella está en el sitio en que tú la pusiste.

—¿Y tú estás en tu sitio? —sonrió Spada lívido.

—Ni te debo cuentas ni me debes. Me pagaste.

Murmuró ella:

—Yo me voy, porque no he cenado.

Rió Spada ruidosamente, sentándose junto a su esposa.

—Un pretexto ridículo, Silvana.

—¿Quieres beber, Rocky? Es champaña del bueno. La casa paga.

—Si paga la casa, duro y a ello. ¿De qué vas disfrazada, Silvana?

Ella, de perfil, pugnaba por no mirar al que a su lado, al prolongarse el silencio, agregó:

—Vas vestida adecuadamente, aunque indecorosa, diría un puritano.

Tendió Amalfi una copa llena y al cogerla, brindó Spada:

—A mi salud y a la tuya, Tony. Parece una viuda —y apurando la copa de un solo trago, añadió—: Quién sabe si te sales con la tuya y te ahorras comprarte el luto. Recibí tu larga declaración escrita, Silvana. Según declaras, todo lo que le contaste a Tony es la verdad, jurada ante tus muertos y por la salvación de tus vivos. No voy a entrar en polémicas, porque después de ocho años, lo tuyo es un delito ya proscrito. ¿Tú crees que te contó la verdad, Tony?

—Sí.

—A mí me contó algo muy distinto. ¿Por qué, mujer?

—Porque apenas te dije que no hubo nada entre Mario y yo, me insultaste de un modo imperdonable y decidí hacerte daño. Tanto daño como me estabas haciendo —y ella hablaba con voz apasionada, brillantes los verdes ojos—. Y juro que solo vivo pensando en verte hundido, en verte humi...

—¡Te callas! —atajó Amalfi.

—No te pedí ayuda —silabeó Spada.

—Ni nada puedes pedirme, sino quiero dártelo porque me salga del alma. Es que de pronto, ahora mismo, he comprendido algo, porque huelo a esto que llaman horas decisivas. Horas en que no caben tapujos y hay que hablar liso y llano. Dejad ya vuestra rencilla, que no tiene arreglo. Ahueca, Silvana.

—Todavía, no. ¿No dijiste que ella está en su sitio? Tú también te dejaste embaucar oyéndola, Tony. Tiene una voz cálida, que emociona y mirarla, aturde. No abras más el pico, Silvana. Podrías aterrizar en la pista. Un día te casarás, Tony. Es fatal. Ni el hombre más listo del mundo escapa de esposa y tumba. Aquí está, delante tuyo, la que fue mi primera tumba en vida.

—Melodramas, no, Rocco —bisbiseó ella—. ¡Anda, pégame si te atreves!

Rocky Spada contempló el techo del palco. Deglutió y dijo:

—A veces me da la impresión de que esta mujer no tiene valor para suicidarse y quiere que yo cargue con la muerta. Tengo otra en la cartera, y no eres tú. Decíamos que un día te casas, y tu esposa tropieza casualmente con su ex novio. Un tal Mario, muy romántico. Cortaba rositas, las prensaba entre libros de poemas, y se limitaba a asirle la mano a tu esposa, Tony. Y tú que eres un hombre poco refinado, no lo entiendes. Ella es tu esposa, y para el caso tanto da que se estrujen, como que se contenten con leer poesías, cogidos castamente de la mano. Ella no deja de ser una zorra. Quizá peor, Tony, porque tú, de tu esposa, no querrás solamente la carne, sino el corazón y que respete el hogar que le das. Nada más, Tony, ni nada menos.

Amalfi llevaba un instante, pellizcándose el labio inferior. Lo soltó con

fuerza y dijo:

—Visto así, me callo, Rocky.

—Yo no creí que mis entrevistas con Mario... Me callo, Tonio.

—Pasemos ahora a lo que importa de verdad. ¿Hablaste con Janis, Tony?

—Sí. Quiere saber si estoy con ella o contigo.

—¿Contestaste?

—Estoy conmigo. Me habló de un contrato.

—Lo firmaré. El procurador está en la sala. Vino a saludarme, en el pasillo. Le rogué que comprobase con sus propias manos que no llevo arma alguna, y que soy un comerciante, algo fastidiado, pero dispuesto a firmar legalmente. Comprobó. Luego se llevará el contrato firmado por mí.

—Ah...

—El pobre Luke dejó a Laura yendo hacia la escalerilla del avión. No esperó a verla desaparecer dentro. Es un sentimental y moqueó, se sonó, me dijo que estaba resfriado y creyó que había cumplido. No le he dicho nada. Se llevaría el peor disgusto de su vida y ya está viejo.

Tony Amalfi volvió a pellizcarse el labio inferior.

—Janis me llamó por teléfono. Me dijo que la pequeña estaba bien, que nadie la rozó y que apenas yo firme el contrato, la niña vuelve a casa. Y firmado el contrato, yo debo coger el primer avión que salga de California. O sea que el procurador mira mi firma, y se lleva el contrato. Yo me llevo a Laura. No hay que preocuparse, Tony. Me la devolverán intacta. Es infalible, Janis cumple los tratos.

—Para la firma necesitas un testigo. ¿Sirvo?

—Vaya que sí. Andando.

Levantándose, se dirigió Spada a la puerta. Volvió la cabeza al oír un extraño rumor. Cubriéndose el rostro con las manos, Bianca Spada sollozaba.

—Hacen juego: lágrimas y luto. Ambas cosas hace ocho años que las llevo yo muy adentro, mujer — y Spada abandonó el palco.

Amalfi recogió la automática, introduciéndola entre cinto y camisa.

En el pasillo, acompasó su zancada.

—Me dejé cachear, Rocky.

—Como debe ser. Tu futura mujer, no será ni la hija de un «gángster» ni la esposa de un pistolero. Recuérdalo, si ahora no lo entiendes.

Bajando la escalera, comentó Amalfi:

—Los cuatro podríamos ir al terruño, Rocky. Tú, Laura, Luke y yo.

—Vosotros tres, sí. Yo no tengo ya ilusión.

—Tu hija.

—A veces me das la impresión de que te metes mucho en lo que yo soy el único juez.

Guido Evans y Dino Lambert seguían a unos pasos.

En el escenario, Antonela imitaba una colegiala tímida.

—Tú sigues aquí en la puerta, Luke. Viene Tony conmigo —y Spada aplicó la diestra en el hombro de Renzio—: Escucha bien, Luke. Cuando te indiquen dónde está un maletín y compruebe Tony, que todo está en orden, pitando al hangar tres. Sin rechistar, viejo.

—Tú mandas.

En el despacho, Orland se puso en pie, al entrar Spada. A un lado de la mesa, saludó Janis:

—Buenas noches, Rocky. ¿Cómo te va?

—Algo fastidiado. Reúma. Bueno, nos conocemos todos. Adelante.

El procurador se ajustó los lentes.

Lambert volvió a la sala. Evans se apoyó junto a la puerta. Amalfi pasó tras el mostrador en herradura, preparándose un café.

—Procedo a la lectura, señor Spada.

—No hace falta. Recibí una copia y estoy conforme.

Diga dónde ha de firmar mi testigo. Ven acá, Tonio. Echa tu mejor letra. La de los domingos.

Amalfi firmó donde señalaba el procurador. Por triplicado.

—Nat —invitó Janis.

Firmó Orland y firmó Janis. El procurador tendió la pluma a Spada.

—Falta un pequeño detalle, Janis. ¿Recuerdas? Lo convenido.

—Sí. Sabes que siempre soy leal a mi firma. Nat, le indicas dónde está lo convenido a quién diga Rocky.

—Vete con el otro testigo, Tonio. Si todo está en orden, como tengo la certeza, te vas con lo convenido. Luego nos veremos, Tonio.

—Vuelvo para que firmes tranquilo, Rocky.

—Si te empeñas...

En el pasillo, expuso Orland:

—El maletín con el dinero y la pequeña, están en la furgoneta del patio —y ya en la puerta, señaló—: Allá. La pequeña está dormida.

Se aproximó Renzio. Abrió Amalfi la portezuela. Laura Spada dormía plácidamente, con suaves suspiros. A su lado, había un maletín. Lo abrió Amalfi. Los fajos de billetes, estaban bien ordenados.

—¡No es hora de enfadarse, viejo! Llévate a Laura y el maletín.

En el despacho, Janis miró a Amalfi que dijo:

—Puedes firmar, Rocky. Todo en orden.

Firmó Spada por tres veces. El procurador recogió el original, y entregó una copia a cada contratante. Se despidió.

Y apenas hubo salido, dijo Spada:

—Adiós, Tonio. Andando, tú.

—Soy hombre libre. Voy y vengo. He venido y me quedo.

Spada, en pie, rompió su copia del contrato en cuatro pedazos, y los

dejó sobre la mesa.

—¿Quieres comprobar si llevo nada violento encima, Janis?

—No, hombre... Ya todo terminó.

—Tonio... Aún estás a tiempo de irte.

—Tú también. Y no te vas.

Spada fue señalando con el dedo:

—Janis, tienes herramienta y sabes usarla. Nat, lo mismo. Evans, queda por demostrar. Has perdido facultades con los años, Janis. ¿Es que te creíste de veras que ya todo estaba terminado a tu gusto? No, mujer. Terminará como quiera yo. Como mande yo.

—Cuidado. No cometas una torpeza.

—¿Tus abogados invocando legítima defensa? Verás cómo no... Uno de los tres tiene que empezar a disparar. O los dos que están a mí espalda, o tú, Janis. Porque a ti, Natale, te voy a romper el pecho a patadas. Después — y hablaba Spada siempre dando frente a Janis— iré a por ti, Evans. Y tú serás la principal inculpada porque eres la jefa de estos mentecatos.

—¡Quieto, Evans! ¡Vete, Nat! ¡No te muevas, Rocky... o te sales con la tuya! —y Janis Reynolds encañonó.

Orland abandonó rápidamente el despacho. Rió Spada:

—Tenías razón, Tonio. Este de atrás no es hombre para disparar. ¿Cómo le llamaste aquella vez?

Lo repitió Amalfi. Y dijo Spada:

—Cierto, cierto. Si no gatilleas tú, Janis, tendré que quitarte ese precioso juguete. El contrato que yo te doy a firmar, supone la indiscutible desaparición de una de las dos partes contratantes, Janis: tú o yo.

CAPITULO XII

La canoa surcó el mar y a trescientos metros de la playa solitaria, se detuvo, bamboleándose. En la oscuridad de la noche, un hombre se inclinó por la borda, echando un pesado saco.

Se formaron remolinos y la canoa se alejó, de regreso a la playa.

Donde hubo remolinos, quedaron flotando varios corchos sosteniendo el cable que se unía al fondo con el pesado saco envuelto en malla férrea.

En una gruta donde el mar cantaba su dócil resaca prisionera, Brenda Dolphin se ajustó la mascarilla. El ceñido traje de caucho la envolvía desde la cabeza a los pies. A la espalda, el cilindro de oxígeno y en torno a la cintura, un cable muy fino de acero trenzado, ciñéndose en muchas vueltas. Brenda Dolphin buceó y bajo el agua estuvo caminando hasta que tuvo que vencer el impulso que pretendía empujarla hacia arriba. Nadó a ras de arena, dio varios sondeos y tocó el cable vertical colgando de los flotadores y asido a la red. Lo soltó y el extremo del cable reposó en la arena.

Ella tanteó en su talle, hasta extraer el triple garfio remachado a un extremo del cable delgado. Insertó los garfios en la red. Se alejó nadando en vueltas sobre sí misma.

El cable se desenroscaba formando como un tenso reptil entre su cintura y la malla del saco conteniendo lingotes y monedas por valor de un millón y medio de dólares.

Brenda Dolphin emergió en la gruta y en la plataforma rocosa, enrolló el resto del cable en el gancho de un tomo. Fue girando la manivela y los engranajes fueron arrastrando hacia la gruta, por el fondo del mar, el precio del rescate de Fausta Felina.

Cuando el saco chorreante en su malla metálica, apareció sobre las quietas aguas de la gruta, Mabel Dolphin acudió desde el fondo y ayudó a su hermana a transportar el saco, en unas angarillas.

Instantes después, por el laberinto de grutas llegaron al boscoso paraje donde aguardaba un coche. Izaron el saco con esfuerzo en el asiento posterior.

Brenda Dolphin revistió un abrigo. Y el coche se alejó.

Janis Reynolds retrocedió, encañonando. Miraba con fiereza, al que parecía estar dominado por una fiebre que enrojecía sus ojos.

—Te diste cuenta, Janis. Si aparezco con plomo en la espalda, no puedes alegar la legítima defensa. Por esto no quieres que tu mentecato afeminado, dispare.

Amalfi observaba de vez en cuando a Evans, que llevaba largo tiempo, esgrimiendo su revólver, sin atreverse a usarlo.

—¿Doy la vuelta a tu mesa, Giana?

—No te muevas o disparo.

—Perra que ladra, no muerde. ¿Recuerdas aquel amoroso mordisco? Te dejó huella. Debiste decirme que estabas loca por mí y a lo mejor...

Empezó Spada a contornear la mesa.

Y ella efectuó dos disparos.

Pero cuando su índice, que era lo único que miraba Spada, pulsó, el cuerpo que avanzaba dio un rápido giro. Luego, dos sobresaltos. Sincronizando con los dos balazos que penetraron entre los dorsales.

El estampido contagió a Evans y dirigió su punto de mira hacia Amalfi. Este apretó el gatillo por dos veces.

Evans encogió hacia arriba los dos antebrazos, y disparó al techo. Taladrados los dos bíceps. Cayó de bruces, gimiendo, antes de desvanecerse.

Rocky Spada, siguió erguido, de espaldas. Janis Reynolds apretaba en vano el gatillo, encañonando hacia donde dos puntos rojizos iban dilatándose.

El gatillo repercutía con seco ruido de fallo, encasquillada la tercera bala.

La puerta se abrió y apareció Bianca.

Amalfi sostenía a Spada con su hombro bajo la axila del herido.

Dijo Amalfi:

—Ella te baleó por la espalda, Rocco. Es testigo Bianca. Y lo he sido yo. Así lo quisiste. Creo que ya le impusiste tu contrato a Janis.

—Llévame a casa, Tonio.

Pasando ante Bianca, murmuró Spada:

—Llama a Boreli. Dile que Tonio y yo hemos vuelto a nuestra casa.

En el escenario una rolliza morena bailaba una desenfrenada tarantela, coreada por todos. Dino Lambert se alejó al aproximarse los dos hombres hacia la salida. Enlazados por los hombros como un bebedor mareado, uno, y el otro, su amigo en soporte afectuoso.

Nat Orland seguía en el palco con dos artistas. Su coartada.

Tras dejar a Spada en el asiento del «Pontiac», Amalfi dio la vuelta y empuñó el volante:

—Laura y Luke están en el hangar.

—Dije a casa.

—Tú mandas.

—Nunca debiste olvidarlo. Más lento, Tonio.

Vio Amalfi el gran globo rojo con la blanca cruz. A unos seiscientos metros de la recta avenida. La sexta manzana.

—A mí, salvo mi madre, ninguna mujer me mandó... firmar... Me dijo Luke, que Laura está enamorada de ti.

Se irguió un poco Spada. Turbia la mirada. Volvió a reposar la nuca en el respaldo.

—Dije a casa, Tonio. Fallé en todo. No supe ser marido, ni padre, ni patrón... Y encima, me iba a pisar el terreno una...

El globo señalando la clínica de urgencia, distaba dos manzanas. Una luz roja se encendió y varios camiones pasaron por la transversal. Frenó Amalfi.

—Luke ingresará el dinero en un Banco de Palermo, en renta mensual para la pequeña. Nada de despilfarros. Que estudie. Si llego a casa, me traes un médico... No llego... Laura será una buena esposa, Tonio. Contesta.

—Será la mejor de las esposas, Rocco.

Suspiró Spada y cerró los ojos.

Amalfi colocó el índice en la sien. Lo dejó un largo minuto.

El «Pontiac» pasó de largo ante la clínica de urgencia.

* * *

Osaka, el jardinero japonés, abrió la verja, para dar paso al «Oldsmobile» conducido por Brenda Dolfín. Varios hombres irrumpieron, surgiendo de la oscuridad, al otro lado de la alameda exterior.

Actuaron con gran precisión. Uno aplicó un culatazo a Osaka, otros saltaron al estribo del coche. Un criado maltés acudía con un rifle de caza. Lo soltó al recibir el disparo de un policía.

Las hermanas Dolfín, esposadas, se comportaban de distinto modo. Brenda, silenciosa y abatida. Mabel, gritando, riendo y gimiendo.

Los encadenados perros ladraban furiosos.

El registro fue largo, hasta encontrar el invernadero en cuyo interior, Fausta Felina dormía profundamente.

En un sótano, el hedor atrajo a los policías. Mal enterrados bajo una capa de cal, estaban los cadáveres de Edwin Keller, Trevor Duncan y Sterling Ambros.

El inspector Boreli miró melancólicamente al que abría la puerta.

—Hola, Tony. Bianca hizo una declaración como testigo. Guido Evans estaba asustado y declaró toda la verdad, nada más que la verdad. Janis disparó sin que Rocco llevase armas.

Le precedía Amalfi hacia un dormitorio.

—Pasó algo inesperado. Bianca ató a Janis y las huellas siguen en el revólver. Bastará comprobar el calibre...

Se calló Boreli, quitándose el sombrero.

Tendido en su cama, Spada parecía dormir. Quietas las facciones.

—Murió al poco de salir del despacho de Janis —dijo Amalfi.

—Con permiso, Rocco —murmuró Boreli y ladeó el cuerpo muerto con esfuerzo. Volvió a dejarlo boca arriba con lentitud—. Sí, por la espalda. Bianca, un testigo muy imparcial y enemiga de Rocco, expuso el motivo por el cual hubo firma de contrato. Secuestro de Laura. Los dos balazos que encajó Evans, estuvieron oportunos, Tony. Evitó usted una matanza. Evans denunció a Dino y a Natale, como cómplices del secuestro de Laura. Con permiso. Telefonaré al forense y al equipo.

Lo hizo, y después siguió explicando:

—Las hermanas Dolfín secuestraron a Fausta. Brenda por el dinero, Mabel por venganza de loca. Su marido Lester se enamoró de Fausta, sin que esta tuviera la menor responsabilidad. Somos muchos los enamorados de estrellas. Pero Mabel cuando en un safari murió Lester, entre las garras de un leopardo, se obsesionó pensando que Lester se suicidó en la selva, por su pasión que no podía saciar. Sabían ellas que Fausta, en sus desplazamientos, exigía una casa señorial y tranquila. Ofrecieron la suya a las agencias. Y llegó Fausta. Un maltés robó un «van», donde ocultaron el «Cadillac» con Fausta atada y Keller muerto. Unas alusiones de Duncan, alertaron a Mabel y a Brenda. El maltés volvió a disparar. Otras alusiones de Ambros, le causaron la muerte.

Tony Amalfi bebía con ansia.

—En el saco con los lingotes y monedas, había un lingote hueco. Contenía un circuito «Liliput» emitiendo una señal de sintonía que fueron captando varios coches policiales. Se anticiparon a las hermanas Dolfín y la redada fue completa. No beba tanto, Tony. Aunque se emborrache, no por ello resucitará Rocco.

Fausta Felina se removió en un amplio lecho mullido y perfumado. La

alcoba era suntuosa. El camión, un modelo exclusivo. Una doctora habló en tono persuasivo:

—Sufrió una crisis que no dejará huellas.

—Una horrorosa caverna —musitó la actriz aún adormilada.

Al entrar la luz del sol y el aire fresco en la alcoba, Fausta Felina ya conocía la versión completa de su secuestro.

El sol y el aire le parecían dones divinos, recién descubiertos. Y el desayuno tenía sabor de hallazgo, de novedad, como la golosina que una criatura prueba por vez primera.

* * *

Tony Amalfi llevaba tres días con sus noches encerrado en la habitación de un hotel. Bebía y comía, sin salir de allí.

Bebía más que comía.

Llamaron a la puerta y entró Luke Renzio, fumando una tagarnina.

—Ya era hora que diera contigo. Apesta aquí, pichón.

—Es tu matamicrobios, viejo.

—¿Leíste los periódicos?

—Poco importa lo que dicen. Rocco se mató ante mis ojos. Y no lo impedí.

—Porque él era dueño de su vida. Después de Dios, naturalmente. No te mortifiques. Si yo espero a que el avión se levante con Laura dentro, tal vez Rocco...

—No tienes nada que ver. Igual hubiera terminado. Ya era una cuestión de prestigio frente a él mismo.

—Aféitate.

—¿Por qué? ¿Me vas a besar?

—Tienes que ir a ver a Laura. Por cierto, no le aticé, porque me dio pena. Le dijeron que tú la esperabas. Una tal Antonela. La enchiqueraron también. Boreli empezó a meter gente en la jaula con entusiasmo.

—Vino a verme varias veces. Declaré y firmé.

—Aféitate.

Pasó Amalfi al cuarto de baño y, ante el espejo, enchufó la maquinilla.

—Le dije a Laura que tú no te le declarabas por respeto a Rocco.

—Bórrame de este proyecto, viejo. ¿Cómo me voy a casar yo con esta cría? Si la vi crecer... Casi como si fuera mi hija. Le dije a Rocco cuando... vi que se iba... que sí, que Laura sería una buena esposa. Pero a mí, Laura no me inspira amor, sino afecto o como se llame. Díselo así.

—Ella está enamorada de ti.

—Como creyó estarlo de Duncan, del aviador Randolph, del lechuguino actor... Tengo treinta tacos de calendario y no me caso. Aguantaré hasta

que pueda. Le dices a Laura que no me encontraste. Y que te has enterado que me fui a Palermo.

—Bien. Así me la llevo allá como quería Rocco. Quizá tienes razón. Si Laura deja de verte, se le pasará. Cuando vengas por allá, nos veremos. Adiós, Tonio.

—Adiós, Lucca.

Siguió Amalfi afeitándose. Poco después oyó un taconeó. Llamaron y entró Bianca. El silencio se prolongó y sentada dijo ella:

—Hoy es viernes, Tonio.

—Vuelve mañana.

—Lo que quieras decirme mañana, dímelo ahora.

—Siempre estaría Rocco de por medio. Ni te culpo ni quiero que te mortifiques.

—Yo conseguí que Janis pagase la cuenta. Me gustaría quedarme contigo, como fuese. A la larga, podrías quererme.

—Dale tiempo al tiempo. ¿Quién sabe? ¿Dónde vivirás?

—Con los míos. En Vialegetto. Allí puedo esperarte. Déjame quedarme contigo.

El denegó. Ella, levantándose, no logró sonreír, por más que se esforzó.

—Allá te esperaré, Tonio, siempre.

La besó él en la mejilla, y dando media vuelta se sentó en la cama y abrió una pequeña agenda. Iba recorriendo nombres.

Ella permanecía en pie, suplicantes los ojos.

Amalfi fue marcando números en el disco giratorio.

Bianca seguía anhelante, incapaz de irse.

Por el teléfono, dijo Amalfi:

—... Hola, guapaza. Hoy es viernes. Te recojo a las cinco —y colgó.

Sin mirar hacia la que, lentamente, abandonaba la habitación, Tonio Amalfi se tendió en la cama, boca arriba. Cerrados los ojos, crispadas las mandíbulas.

Y cuando cesó el eco del taconeó, cuando quedó, como siempre, solo, dijo:

—Tu mandas, Rocco.

* * *

Pero pasó un año, salió del colegio y Laura seguía tan enamorada de él como antes.

Tonio, a pesar de sus esfuerzos, tampoco dejó de pensar en ella.

Así que olvidó todos sus prejuicios y decidió unir su vida a la de la muchacha.



LA BANDA FANTASMA

por Clark Gable

El inspector se inclinó sobre el cuerpo sin vida y no pudo evitar un estremecimiento de horror.

Jamás, en los anales del crimen, se había enfrentado la Ley con un poder tan diabólico como aquel.

Una mente poderosa y maligna gobernaba el hampa. Una mente que había logrado la prodigiosa facultad de exterminar a distancia, cuando lo exigían sus implacables designios.

Aparecerá la próxima semana en la colección PUNTO ROJO * * * * *

Supere su timidez



La timidez es la más cruel de las prisiones.

Nos encierra en nosotros mismos, nos obliga a presenciar encadenados cómo el éxito, el amor, el dinero y los mejores dones de la vida, desfilan más allá de nuestro alcance.

¿Por qué someternos a semejante tortura?

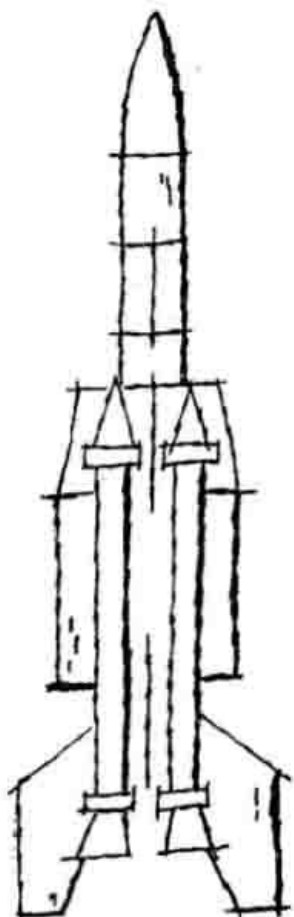
En pocas páginas, poniendo en juego los enormes recursos de la sicología moderna, y sin apenas esfuerzo por nuestra parte, este volumen nos traerá una nueva y embriagadora libertad.

MARABU

ZAS

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

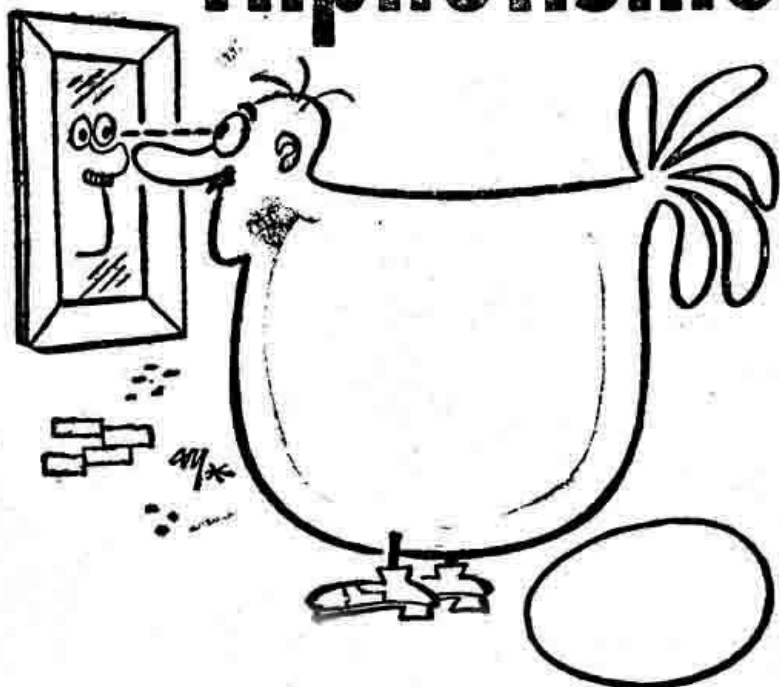
Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 846/60 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-41
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 11
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



veterano
tiene eso
un veterano
sabor

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COÑAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

{1} *Camión de mudanzas, de gran capacidad*